ANDONI UNZALU

MOMENTOS ESTELARES DE LA HISTORIA DEL SOCIALISMO

ANDONI UNZALU

MOMENTOS ESTELARES DE LA HISTORIA DEL SOCIALISMO

ANDONI UNZALU GARAIGORDOBIL

Nació en Abadiano, Vizcaya, en 1956. De origen nacionalista, se distanció del PNV en tiempos de Ibarretxe para vincularse al colectivo Aldaketa (Cambio) presidido por el antiguo dirigente del PNV y exconsejero de Cultura vasco, Joseba Arregi, que abogaba por una nueva forma de hacer política en Euskadi y por la necesidad de una alternativa al nacionalismo vasco. Más tarde, se acercó al PSE como independiente y fue elegido diputado en la Cámara de Vitoria. Sobre él recayó el peso de la política comunicativa de Patxi López al frente del Gobierno Vasco (2009-2012). También fue secretario general de Lehendakaritza durante el Gobierno socialista y, posteriormente, asesor de López en su etapa como presidente del Congreso de los Diputados. En la actualidad es jefe de gabinete del consejero socialista de Turismo, Comercio y Consumo del Gobierno Vasco. Su anterior libro es Ideas o Creencias. Conversaciones con un nacionalista (2018).

Andoni Unzalu Garaigordobil

Momentos estelares de la historia del socialismo

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© ANDONI UNZALU GARAIGORDOBIL, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

MOMENTOS ESTELARES DE LA HISTORIA DEL SOCIALISMO

ISBNE: 978-84-9097-692-0
ISBN: 978-84-9097-678-4
DEPÓSITO LEGAL: M-12534-2019
IBIC: JPFF

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

AVISO AL LECTOR

Se afirma de forma reiterada que el socialismo tiene argumentos racionales y que el nacionalismo se basa en emociones, y, por tanto, es muy difícil competir con ellos en el relato. Yo no estoy de acuerdo: la lucha por la igualdad ha movido a millones de corazones y ha vertido torrentes de lágrimas. La emoción ha acompañado muchas veces a la pugna por los valores socialistas. Utilizo la palabra *socialista* en el más amplio sentido.

He querido recoger en este libro hitos diversos que no tienen nada que ver entre sí y que, seguramente, al menos la mayoría, son olvidados o desconocidos para el gran público. Yo los he querido rescatar del olvido y reivindicar a sus autores, personas que dedicaron toda su vida a defender principios y valores con enorme pasión.

A la hora de elegir los momentos, he buscado la diversidad, más que pretender un relato histórico del movimiento socialista. Este no es un libro de historia, es un homenaje a los millones de individuos que durante los últimos ciento cincuenta años han luchado por la igualdad de todas las personas. Y afirmo que la idea de igualdad sigue siendo una fuerza poderosa.

"La gran huelga minera de 1890" recupera la vida miserable de los obreros de finales del siglo XIX, pero también la visión casi sacerdotal de los promotores del primer socialismo. Más que ideología, tenían fe, una fe inquebrantable que los impulsó a liberar a los trabajadores de la brutal explotación a la que se veían sometidos.

"Emiliano Zapata: la revolución de los campesinos" rescata del olvido a las grandes desterradas de la épica revolucionaria: las revueltas agrarias. Han sido consideradas como reacciones primarias y violentas, pero estos campesinos en rebeldía habían sufrido unas condiciones de explotación incluso peores que las de los obreros.

“Jaurès: apóstol de la paz, defensor de los obreros” pretende recordar el momento trágico en el que la izquierda perdió el internacionalismo como valor fundamental de la solidaridad entre trabajadores. Aún hoy, la izquierda es incapaz de recuperar tan elemental valor. Jean Jaurès era consciente de que había perdido la batalla entre los suyos, pero esto solo convierte en trágica su defensa de la paz.

“Viena la Roja: un techo para soñar” busca ser un homenaje a los trabajadores de finales del XIX y del primer tercio del XX que vivieron en miserables condiciones. La vivienda era un gran problema de las sociedades europeas que iniciaban la industrialización. Pero en este momento, acuciados por crisis de todo tipo, los socialistas vieneses fueron capaces de buscar una solución decente y eficaz al problema, supieron construir viviendas para trabajadores desde un planteamiento institucional, sin revoluciones violentas. Hoy, que la falta de vivienda vuelve a ser un problema para las generaciones de jóvenes sin futuro, este debiera ser un ejemplo político.

“*Delenda est Monarchia* (La proclamación de la II República en Éibar)” se acerca a los hechos históricos más importantes de la España del último siglo: la caída de la dictadura de Primo de Rivera y el advenimiento de la II República, un ensayo de modernidad que el franquismo ahogó en sangre. Y lo he hecho desde la visión de unos socialistas especiales, diferentes, de un pequeño pueblo de Guipúzcoa, Éibar. Los socialistas eibarreses llegaron a tener una enorme influencia política en su pueblo, un pueblo en el que no había grandes fábricas, sino pequeños talleres. Su historia expresa de forma clara la enorme importancia que los primeros movimientos de trabajadores daban al acceso al conocimiento y a la cultura.

“Clement Attlee: un revolucionario con alma de contable” es una reivindicación del mayor invento de la historia, el mejor esfuerzo colectivo para lograr reducir la desigualdad y, a la vez, buscar el progreso: el estado de bienestar, que en estos días se nos está debilitando, cuenta con muchos enemigos que pretenden abatirlo. Con este capítulo manifiesto mi total defensa al estado del bienestar, el que en ningún caso es resultado de una revolución violenta, sino fruto de la constancia, la organización y el pacto social.

“Jacek Kuroń: la utopía inalcanzable” indaga en la lucha por los valores socialistas dentro del estado socialista oficial. Algo que, con seguridad, es totalmente desconocido para la mayoría de españoles. La izquierda *bon vivant* de la Europa occidental dividía el mundo entre el comunismo soviético y el capitalismo feroz. Pero en los países de Centroeuropa, desde 1945 hasta 1989, hubo una generación entera que siempre defendió los mismos valores, primero como marxistas, luego como críticos del marxismo, y, al final, como enemigos del comunismo. En la historia de Jacek Kuroń se puede ver la imposibilidad radical de defender los valores socialistas de libertad e igualdad en un Estado soviético y, también, la inhumanidad del capitalismo salvaje que hoy tiene más adeptos que nunca.

Finalmente, “Utøya: la fragilidad de las sociedades libres” resalta el precio de la libertad y la fortaleza de las sociedades democráticas. Ahora que estamos regresando con furia al orden estricto, al miedo a la libertad y a la búsqueda de la solución mediante un estado policial, vemos que las sociedades libres son sistemas frágiles y complejos que confían por igual en las instituciones y en los ciudadanos. El salvaje asesinato de los jóvenes laboristas dejó patente la fragilidad del sistema democrático, pero el no haberse refugiado en un estado policial demuestra aún más la fortaleza de una sociedad libre y democrática.

Espero que disfruten con la lectura de este libro, y que sirva como recuerdo del esfuerzo y del sacrificio que hicieron millones de personas para que nosotros podamos disfrutar de la libertad y del progreso.

LA GRAN HUELGA MINERA DE 1890

Ene bizkaiko meatze gorri
zauri zarae mendi hezian
Aurpegi balzdun meatzarioi
Hator pikotxa lepo-ganian.
Lepo-ganian pikotx zorrotza
eguzki-diz-diz ta mendiz behera.
Hator bideskaz, —goxa sorbaldan
kezko zeruba yaukon olera.
Minas rojas de mi Vizcaya
Sois heridas en los montes verdes
Tú, minero de ennegrecida cara
Ven con tu pico al hombro
Al hombro tu afilado pico
Con el sol brillante montaña abajo
Ven por los senderos —con el amanecer a la espalda—
A la fábrica que tiene el cielo de humo.

LAUAXETA

El día 20 de mayo de 1890, Bilbao y la zona minera amanecieron empapelados con el decreto firmado por el capitán general Loma en el que se ordenaba a los mineros volver al trabajo y a los empresarios aceptar las reivindicaciones principales de los huelguistas. El general Loma tenía poder suficiente para ello. El día 14 por la tarde, el gobernador civil, el presidente de la diputación, el alcalde de Bilbao y el juez de primera instancia se reunieron en el despacho del primero. Allí acordaron, superados por el asombro y el miedo, dejar en manos del ejército todo el poder, y declararon el estado de sitio.

Este bando militar ponía fin a dieciséis días que cambiaron la historia de Vizcaya. Los mineros y obreros, por primera vez, impusieron su presencia masiva en Bilbao. Los socialistas, un grupo de unos cincuenta afiliados en esa fecha, conquistaron todas las portadas de los periódicos. Y ganaron. Ya nada sería igual.

Para entender lo que pasó durante esos dieciséis días es necesario conocer la situación de los mineros: el acuerdo tomado en el Congreso Obrero Socialista en París el año anterior; el error del gobernador civil,

asustado por la convocatoria del primer 1 de Mayo; la reacción burda de los propietarios de la mina Orconera, resultado del pánico, y la decisión de un hombre de barba poblada, voluntad de hierro y afilada voz que surge de las sombras: Facundo Perezagua.

Esta es la historia de lo que pasó.

LOS MINEROS

Desde el fin de la última guerra carlista (1872-1876), los acontecimientos se desarrollaron a una velocidad vertiginosa en Bilbao y en toda la margen izquierda. Veinte años que lo cambiaron todo. Fue, en principio, una revolución silenciosa. Los artesanos de siempre se fueron integrando en pequeños talleres a la vez que se creaban otros nuevos que contrataban más obreros. Y se crearon los astilleros y las grandes fábricas —la principal, conocida como "La Fábrica", fue la de Altos Hornos—.

Se abrieron nuevos comercios, pequeños capitales, que, junto a los de los grandes empresarios, se organizaron en bancos propios fundados en los años cincuenta, que acumularon fondos suficientes para financiar nuevos proyectos y comenzar a participar, mediante acciones, en proyectos empresariales o sociedades.

En 1876, el Consejo de Ministros había aprobado los planes del Ensanche de Bilbao. Todo eran obras y nuevos edificios: el nuevo ayuntamiento (que se inauguró en 1892), el nuevo Teatro Arriaga (que se abrió once días después del fin de la huelga, el 31 de mayo de 1890), la Gran Vía (con sus treinta metros de ancho), la plaza Moyúa, etc.

Los obreros comenzaron a organizarse en asociaciones según sus oficios. No eran sindicatos modernos, eran asociaciones de socorro mutuo en las que se pagaba una pequeña cuota para hacer frente a enfermedades y accidentes, y que regulaban, de algún modo, las contrataciones de su oficio. En 1890 aún no estaban generalizadas, pero ya eran importantes. Las huelgas eran prácticamente desconocidas. La Bilbao liberal estaba orgullosa y soñaba con un progreso ininterrumpido. Lejos quedaban las guerras civiles entre liberales y carlistas.

Pero las minas eran otra cosa. Constituían un mundo aparte, construido

en los montes y prácticamente aislado. También eran un mundo cerrado. Los mineros proveían de mineral a Inglaterra, a Holanda o a las fábricas del país, pero pertenecían a otra realidad.

Los obreros mineros formaban un conglomerado variopinto: solo un tercio eran oriundos del país y casi todos trabajaban de oficiales o en multitud de trabajos auxiliares (carpinteros, transportistas, constructores, etc.). Muchos otros eran temporeros que compaginaban las labores del campo y de la mina, siempre jóvenes y solteros.

Algunos acudían a las minas con la decisión de trabajar un año o dos para ahorrar dinero y luego regresar a sus lugares de origen. Habían oído hablar de que las minas de Vizcaya eran "la sucursal de América", pero con frecuencia se quedaban amarrados a su miseria: nunca llegaban a ahorrar lo suficiente para volver. La mayoría provenían de La Rioja, Navarra, Cantabria o Galicia. Al llegar a la mina con su macuto a cuestas se encontraban con la dura realidad: montes agujereados de color rojizo y barracones miserables para vivir, o, mejor dicho, malvivir. Los barracones eran construcciones improvisadas, hechas en gran parte de madera. Siempre estaban muy cerca de la propia mina y eran provisionales, para poder trasladarlos cuando se ampliaba la zona de extracción. Entre los mineros eran conocidos como "cuarteles", prácticamente establos de animales. Por aquella época, en las casas de hospedaje de los obreros que trabajaban a turnos en las fábricas, se hicieron populares las "camas calientes". Y se llamaban así porque cuando un obrero salía para cubrir su turno, otro, que regresaba de trabajar, ocupaba su misma cama. En las minas no era así: en el mismo camastro dormían de forma simultánea dos o tres mineros.

Estos barracones eran de los capataces de la mina, y para que un obrero fuese contratado era obligatorio que alquilase su media cama correspondiente. Los mineros, cuando querían trabajo, nunca preguntaban al capataz si lo había, simplemente preguntaban: "¿Hay cama?". También estaban las cantinas, propiedad igualmente de los capataces, donde los trabajadores tenían obligación de comprar.

El dinero era prácticamente inexistente. El procedimiento resultaba simple: el capataz le daba al minero una cartilla en la que se apuntaban las compras que este hacía en la cantina obligatoria, y, a final de mes, se

sumaba lo comprado y el alquiler de la media cama, y dicha suma se descontaba del sueldo, por lo que al obrero le correspondían tan solo unas pocas monedas. A veces, ni siquiera llegaba a saldar la deuda, y el capataz apuntaba el saldo negativo para el mes siguiente.

La comida habitual y monótona en la mina consistía en garbanzos, patatas, pan, algo de tocino americano y pequeños trozos de tasajo salado argentino. El minero colocaba unos clavos en su barraca, y allí colgaba la poca ropa que tenía y algunos trozos del tocino rancio y amarillento, o el tasajo duro como la piedra. Era una queja recurrente el excesivo precio de la comida en las cantinas. Según los datos de la época, la comida era entre un 30 y un 40 por ciento más cara que en los comercios de Bilbao. Y luego estaba la mala calidad de los alimentos. Es sistemático que todos los informes hablen de "subsistencias averiadas".

Trabajaban trece horas al día y cobraban el sueldo por día trabajado. El salario no llegaba al 60 por ciento del sueldo de un obrero de Altos Hornos, pero, además, tenían otro problema: como más del 80 por ciento eran a cielo abierto, los días de lluvia no se trabajaba, y, por tanto, tampoco se cobraba.

Las minas eran un mundo encerrado en sí mismo. De él solo partían las vagonetas de mineral rumbo a los cargaderos de la costa. Pero no era lo único que salía de los montes: el sufrimiento de los mineros fue poco a poco conquistando la opinión pública de Bilbao. En informes variados, especialmente del doctor Areilza, un liberal humanista de gran prestigio, director de los hospitales mineros, se denunciaban una y otra vez las condiciones inhumanas en las que trabajaban estos obreros. En sus escritos, el médico señala que los traumatismos por accidentes de la mina eran peores que los de guerra. Para 1890, la opinión pública era casi unánime en la creencia de que los mineros vivían en condiciones inhumanas y eran especialmente maltratados.

El cónsul inglés, no muy amante de los mineros y celoso defensor del transporte entre su país y Bilbao —todos los días llegaban de ocho a diez buques ingleses para cargar el mineral—, decía en uno de sus informes diarios al Gobierno inglés durante la huelga de 1890: "Probablemente hay pocos sitios donde la clase trabajadora viva en mejores condiciones que en

Bilbao, y sus quejas, si es que tienen alguna, no tienen nada en común con las muy patentes de los mineros, que están plenamente justificadas".

Y luego estaban los que se denominaban a sí mismos "los comerciantes libres", aquellos que tenían vedado el acceso al sustancial mercado minero y esperaban ansiosos acceder a él. Durante esta huelga eran una voz encubierta que alentaba a los mineros. Trece años más tarde, en el paro de 1903, dieron la cara y firmaron un manifiesto paralelo al de los mineros, apoyando la reivindicación de abolir las cantinas obligatorias, decían que "por razones humanitarias", decían.

Solo así se entiende la enorme solidaridad que lograron los mineros en huelga en el año 1890.

Ese era el paisaje de las minas: montes agujereados de color rojo, con pequeñas construcciones y los "cuarteles" de los mineros. Pocos años antes, en 1874, las batallas entre carlistas y liberales habían teñido de sangre estos montes. Hoy en día es un lugar de un verde fulgurante, donde los campos de golf han cubierto con olvido los sufrimientos de los mineros del siglo XIX.

EL CONGRESO INTERNACIONAL OBRERO SOCIALISTA DE PARÍS DEL AÑO 1889

Ese año París era el centro del mundo. El Gobierno francés había organizado la Gran Exposición Universal, una exhibición en la que el entusiasmo por el progreso y el avance técnico asombraron a los visitantes. El Gobierno decidió organizarla coincidiendo con el primer centenario de la Revolución francesa, incluso se construyó una réplica de la Bastilla, tomada el 14 de julio de 1789. Pero, realmente, con la reivindicación de la revolución de 1789 pretendían olvidar la revolución de la Comuna de París de 1871. París se convirtió en una enorme fiesta de modernidad burguesa, y todo el mundo estaba allí. Hasta Buffalo Bill se presentó en la exposición con su espectáculo del oeste.

El lugar central de la exposición era el Campo de Marte, el mismo donde se celebró el 14 de julio de 1790, la Fiesta de las Federaciones. Robespierre, en 1793, también organizó allí una fiesta en su propio honor.

También fue el lugar donde guillotinaron de forma infame a Bailly, el primero que juró en el Juramento del Juego de la Pelota, inicio real de la revolución.

Al recinto se entraba por debajo de un gran arco de hierro, criticado y alabado en igual medida en su tiempo. Era lo que todos conocemos como la Torre Eiffel. Otras instalaciones de gran éxito fueron la Sala de Máquinas y el Pabellón Argentino, edificio que ganó el primer premio. Los tres eran enormes estructuras de hierro; el hierro pasó de las máquinas a los edificios.

Pero hubo otro espectáculo, que hoy nos asombra y repugna en igual medida, Le Village Nègre ('El pueblo negro'): en la explanada de Los Inválidos se reprodujeron supuestas aldeas del Congo y Senegal para albergar a unos cuatrocientos negros que estaban expuestos al público, como si fueran animales de un zoo, cercados por alambradas que les separaban de los visitantes. Fue el gran éxito de la exposición. Era París en plena orgía de progreso.

Ese año de 1889 los socialistas no dudaron en eligir París para su congreso, y comenzaron sus reuniones el 14 de julio, recordando la Revolución francesa en un sentido muy diferente del de los organizadores de la exposición. Participaron 391 delegados de dieciséis países, de los que la mayoría (221) eran franceses. Del Partido Socialista de España acudieron Pablo Iglesias y Francisco Diego. Y se fundó la Segunda Internacional. Pero, sobre todo, se marcaron para siempre las líneas germinales del socialismo.

Aprobaron, además, en contra de la tradición anarquista y la posterior propuesta comunista, impulsar lo que se llamó la "legislación social", lo que se convirtió en la marca de identidad del socialismo: buscar progesos graduales en la legislación que mejoren las condiciones de los obreros. Esto supondrá un punto de desencuentro con los anarquistas y con los comunistas posteriores.

Acordaron un programa simple que, 120 años después, sigue vigente: ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, ocho horas de educación. Y adoptaron un acuerdo que tuvo una enorme repercusión en la creación de partidos socialistas en toda Europa: la declararon del 1 de mayo como el Día Internacional del Trabajador. Propusieron que el mismo día, en todas

las ciudades, se realizaran manifestaciones pacíficas para demostrar la fuerza obrera. Y acordaron que fuera el año siguiente, 1890, cuando se organizaran por primera vez. La decisión de impulsar la "legislación social" y las manifestaciones del 1º de Mayo fueron las semillas de las que surgieron todos los partidos socialistas de Europa.

FACUNDO PEREZAGUA

El 20 de abril de 1885, Facundo Perezagua llegó a Bilbao. Traía poco equipaje, un papel con una dirección "Sociedad Recreativa La Artesana, calle Jardines", un carné del partido Socialista envuelto en tela y un encargo de Pablo Iglesias: organizar el Partido Socialista en Vizcaya. Cuando Perezagua bajó del tren en Bilbao, nadie lo conocía y nadie se fijó en él. Era un obrero anónimo más que se perdía entre la gente. Tenía 25 años y un fuego interior que le abrasaba. Cinco años después, su voz metálica retumbaría por la cuenca minera de Vizcaya.

Perezagua nació en Toledo y comenzó trabajando de fundidor. Al perder el trabajo, viajó a Madrid y se hizo socialista. Era de los primeros apóstoles: su carné del Partido Socialista llevaba el número 19. Aquellos primeros socialistas tenían una forma muy personal de entender la política, de hecho, no eran políticos, eran creyentes de una nueva fe: la justicia social para los débiles. Y dedicaron, incansables, su vida al sacerdocio de divulgar la nueva doctrina. Llevaron una vida llena de penalidades y persecución, sin que se quebrantara nunca su fe. El 4 de mayo de 1890, Perezaguales anunciaba a los mineros que "en este siglo morirá el capitalismo", y lo creía. No era de muchos libros, pero el fuego de su fe le bastaba para otorgar a su discurso una fuerza extraordinaria, de tal modo que los obreros de toda Vizcaya terminaron profesándole un respeto casi religioso. Toribio Etxebarria, socialista ejemplar de Éibar de la siguiente generación, denominaba a este primer tiempo socialista como "la época heroica". Tenía razón. Lo que definía a los primeros socialistas no eran las grandes batallas, sino la soledad, una soledad preñada de esperanza que supieron soportar hasta lograr organizar el Partido Socialista con huestes numerosas para salir con fuerza a la plaza pública.

Esta primera generación de socialistas eran verdaderos apóstoles de la nueva doctrina, les impelía a ello no teorías políticas sino un imperativo moral. Los políticos vendrían en la siguiente generación, pero fueron ellos los que dejaron grabada para siempre la ética socialista.

A Perezagua le costó un año conseguir nuevos adeptos; el 20 de junio de 1886 fundó la primera agrupación de Bilbao. Eran cinco: José Solano, Miguel Lapresa, Federico Ferreirós, Leodegario Herboso y él mismo; "los cinco primeros", como luego les llamarían.

Y así empezó la obra de Facundo Perezagua. Cuando murió, el 29 de abril de 1935, sus amigos más cercanos ocultaron un día su fallecimiento para hacer coincidir su funeral con el 1 de mayo, en honor a la primera gran movilización obrera que él organizó el año 1890.

EL 1º DE MAYO QUE SE CELEBRÓ EL 4 DE MAYO

Los socialistas de todo el mundo llevaban un año preparando la gran demostración obrera del 1º de Mayo. Los socialistas españoles acordaron trasladarlo al siguiente domingo, día 4, para no dar ningún motivo de violencia ni apariencia de huelga. Querían una gran demostración pacífica de fuerza obrera.

Se acordaban de la Comuna de París del año 1871. La revista *El Socialista* llevaba casi dos años publicando por capítulos la dolorosa historia de *La Commune*, como por aquel entonces se denominaba. Honraban a los mártires de París, a los 30.000 fusilados por el ejército de Thiers. En los números de 1889 y 1890, la revista incluía noticias de actos conmemorativos. En una reseña de 1890, desde un pueblo de Portugal, decían que el año anterior habían sido solo cuatro los que participaron en la celebración, y que en ese año ya eran cincuenta. Al leer esta noticia, más de 120 años después, uno desea ponerles cara a los cuatro reunidos, quiere imaginar su pasión al enfrentarse a todos, quiere imaginar la soledad y la fuerza interior de esos cuatro que tuvieron el valor de conmemorar a los mártires de París.

En Bilbao lo celebraron en el Teatro Romea, con una comida el 18 de marzo 1890 en la que participaron setenta comensales vigilados desde fuera

por la fuerza pública y desde dentro por un policía censor. Se acordaban de la Comuna parisina, pero tenían grabado a fuego que, cuando hay violencia, los muertos siempre están son del mismo lado. Hacía tan solo dos años, el 4 de febrero de 1888, que el ejército había disparado a bocajarro sobre mineros y vecinos de Zalamea que estaban en la plaza de Riotinto, asesinando a unos cincuenta e hiriendo a más de trescientos. Por eso, durante todo un año de preparación, reivindican de forma obsesiva la no violencia, que no se respondiera a las provocaciones.

Según se acerca el día, aumentan los nervios de todos, de los obreros que no saben si van a tener éxito, y de los comerciantes y liberales que temen una nueva comuna en todas las ciudades. El gobernador se pone nervioso, prohíbe un mitin que habían convocado los socialistas el 13 de abril en Gallarta para preparar la manifestación del día 4 y manda a la Guardia Civil a disolverlos. La reunión termina sin incidentes: los socialistas no quieren caer en la provocación. Y esta fue su mejor propaganda.

Domingo, día 4. Ha llegado el gran día. Desde primera hora, Bilbao está tomada por las fuerzas del orden: Guardia Civil, forales (policía específica de la Diputación de Vizcaya) y soldados. El gobernador militar con previsión ha suspendido la corrida de toros anunciada para ese domingo. El día ha amanecido gris, encapotado. Cinco o seis miembros de la agrupación socialista de La Arboleda se encuentran en medio de la plaza. Aquí es la cita. Durante meses se han preparado para este día. Hoy están inquietos, mirando a todos lados para ver si vienen los mineros. Poco a poco, como gotas solitarias, comienzan a aparecer algunos. Son ya unos ciento cincuenta. Ya no pueden esperar más. Los responsables de la agrupación se juntan en corro. Su jefe, Perezagua, les ha prohibido reconocer su militancia socialista y salir a luz —excepto a los miembros del Comité—, para evitar represalias por despidos. Hasta hoy. Hoy sí pueden, se han juntado todos y les acompañan simpatizantes. Rodeado de los dirigentes de su agrupación, Facundo Alonso, que comparte nombre con Perezagua y es el secretario, comienza un ritual casi religioso. Se desabrocha su chaqueta y saca un bulto envuelto en lona. Días atrás han comprado un trozo grande de seda roja y letras doradas que se usan para los lazos de las coronas fúnebres. Con

reverencia abre el bulto y pone en el suelo su bandera. En ella puede leerse: “PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL. AGRUPACIÓN DE LA ARBOLEDA. 8 HORAS DE TRABAJO, 8 HORAS DE DESCANSO, 8 HORAS DE EDUCACIÓN”.

Cogen un mástil de madera y la amarran. Es la primera bandera roja que se ve en estos montes. Facundo Alonso abraza el mástil con fuerza contra el pecho, respira hondo y comienzan todos a caminar, ladera abajo, hacia Bilbao.

Por el camino se va juntando más gente. La mayoría que los ve pasar los mira con sorpresa, asombrados al ver su bandera roja e intentando leer las letras doradas. Al llegar a Bilbao suben por la calle Bailén hacia la plaza de la Cantera, el lugar de la “gran cita”. Aquí tendrá lugar el mitin y comenzará la manifestación. Ya hay miles de obreros esperando. Facundo Alonso agarra con más fuerza el mástil y levanta un poco la bandera roja socialista, caminando delante de sus mineros. De repente, una voz grita: “¡Viva el Partido Socialista!”, y un atronador “¡Viva!” es la respuesta. Y casi seguido una enorme tromba de agua cae sobre Bilbao y sobre los obreros congregados. Es la primera vez que los mineros socialistas entran juntos en Bilbao, pero no va a ser la última.

Después del mitin, todos juntos, los mineros, los obreros de las fábricas de la ría y los de Bilbao se organizan detrás de diez banderas socialistas e inician la manifestación. Llegan sin un solo incidente a la plaza Moyúa y entregan al gobernador civil sus peticiones, las acordadas en el Congreso Obrero de París el año anterior. El gobernador les recibe, y luego sale al balcón para hablar a los obreros, les agradece que toda la manifestación se haya hecho sin ningún incidente y se compromete a intentar que las cosas mejoren.

Y así se disolvió pacíficamente la mayor manifestación obrera hasta ese día, unos 12.000 asistentes. Una enorme masa que asombró a todos (Bilbao en esa fecha tenía unos 40.000 habitantes). Y los primeros asombrados fueron ellos mismos, los obreros que habían caminado juntos por Bilbao. Comprobaron, por primera vez, la fuerza de la unión. El enorme poder obrero mostrado cuando todas las manos se unen y todos los pies caminan en la misma dirección.

Por la tarde celebraron un mitin en Gallarta al que acudieron alrededor de 4.000 mineros. Y así terminó el día que inaugura las grandes concentraciones obreras, sin un incidente, sin ninguna violencia. Todos regresaron a sus casas y a los barracones, incrédulos aún, comentando lo ocurrido.

Por la noche, de vuelta del mitin de Gallarta, Perezagua se acordó del día en que bajó del tren, solo, y se le iluminaron los ojos. Luego, en una reunión con los más cercanos, todos sintieron, extasiados, que la mecha socialista había prendido para siempre en Vizcaya.

LA HUELGA

Los empresarios mineros se habían asustado. Sobre todo les assutaban los socialistas que, surgiendo de la nada, habían logrado movilizar a tantos miles de mineros y obreros. Hasta la fecha en Vizcaya apenas se conocían las huelgas. Había habido una de los canteros de Bilbao, otra de las cigarreras, y, en enero de 1890, una en Altos Hornos, con la que consiguieron rebajar la jornada treinta minutos, de once a diez horas y media. Los representantes de Altos Hornos habían puesto un requisito algo extraño: "Terminad la huelga primero, y después aceptaremos vuestra demanda". Hubo un debate que zanjó Perezagua: "A nosotros no nos interesa el espectáculo de la victoria, nos interesa la victoria en sí". Y aceptaron; la empresa cumplió. Pero sería la última vez. Los mineros nunca aceptaron ese trato con sus empresarios, no se fían. Y mucho menos de sus capataces.

No era solo miedo lo que experimentaron entonces los empresarios mineros; sobre todo les molestaba la ambigüedad de los gobiernos liberales, que, en parte, entendían las reivindicaciones de los mineros. Y peor: parecía que el gobernador civil reconocía la representación obrera de los socialistas. Los empresarios querían forzar al Gobierno y al Ejército a dar un paso decidido a su favor. Y para eso necesitaban sangre.

En esa época, las empresas mineras daban unos enormes beneficios. La Orconera estaba repartiendo dividendos del 30 y del 40 por ciento anuales. Y fue la primera en atacar. El día 12 de mayo fueron despedidos de sus

minas los dirigentes socialistas de La Arboleda: Facundo Alonso, Epifanio Guerra, Nicolás Pascual, Anastasio Lobo y Fermín Vicario. Los despidieron por, como argumentaban, "haberse significado en la organización de la manifestación del día 4 en sentido socialista". Ya habían encendido la mecha.

Esa noche se reunieron en casa de Alonso y acordaron hacer una petición de readmisión. Si les contestaban que no, convocarían una huelga en todas las minas. Tenían en sus manos el último número de *El Socialista*. Este tenía un formato diferente, solo publicaba cartas de pueblos y agrupaciones informando de las manifestaciones del domingo anterior: Madrid, Barcelona, Burgos… La reseña de Bilbao era muy breve: "Celebradas manifestaciones en Bilbao y La Arboleda. A la primera acudieron 14.000; a la segunda 4.000". Y añadían recalcando: "Orden completo". Estaban en una nube de euforia y se sentían fuertes después de la manifestación del día 4.

Esa misma noche, emisarios socialistas recorrieron los montes mineros con la consigna para el día siguiente. Naturalmente, la empresa se negó a la readmisión. Había comenzado la huelga. A primera hora de la mañana se formó un pelotón de 125 mineros al que se fue agregando más gente. Había un destacamento de forales compuesto por un sargento y cinco números. La primera medida inmediata que adoptaron fue la de detener a Facundo Alonso y a los otros cuatro que se encontraban en el grupo.

Los mineros no se asustaron, eran ya unos seiscientos y rodearon a los forales, obligándoles a liberar a los detenidos. No hubo violencia. Los forales se retiraron y eso les infundió un enorme ánimo, y comenzaron a recorrer las minas cerrándolas una a una: Orconera, Lejana, Precavida, Paquita…

La huelga fue provocada por los empresarios. Los mineros tuvieron que improvisar y comenzaron sin programa ni peticiones previas. Pero ya en esos primeros momentos se formó de manera natural la tabla de reivindicaciones: "Fuera los cuarteles", "Abajo las cantinas", "Ocho horas" y "Readmisión". Eran los lemas que, de forma espontánea, gritaban los grupos que iban cerrando las minas una tras otra, y terminaban con un "Viva la huelga".

Las reivindicaciones fueron las más primarias y elementales: acabar con la esclavitud de los barracones y las cantinas obligatorias, y reducir la jornada. De salarios no pidieron nada.

Al mediodía, por orden del gobernador civil, el delegado de vigilancia Marsal, personaje especialmente represor, reunió en Bilbao a los guardias civiles, a los forales y a todos los miembros del orden público que pudieron y salieron para Matamoros, en la zona de La Arboleda. Lo mismo hicieron las dos compañías de línea del Ejército que se encontraban en Portugalete. Ya estaban involucrados de lleno en la huelga el Gobierno civil y el Ejército. Los empresarios mineros estaban contentos, pensaban que ya había ganado la partida.

Los mineros siguieron su recorrido, pasando por las minas: Carmen, Julia, Adela y otras que encontraron en el camino. Todas fueron cerradas. Por la tarde, cuando llegaron a Ortuella, eran ya 3.700 mineros. Se reunieron frente a la iglesia, un dirigente les pidió que se disolvieran y les convocó para el día siguiente a las 7 de la mañana en La Arboleda. De nuevo recorrerían las minas, cerrarían las fábricas y continuarían hacia Bilbao.

Hasta ahí llegó la huelga el primer día. No hubo violencia. Los promotores se vieron sobrepasados por el éxito y al llegar a Ortuella pararon. En menos de diez horas, todas las minas de los montes habían dejado de trabajar. No se lo podían creer. No sabían cómo seguir y por eso pararon. Decidieron comenzar de nuevo al día siguiente.

Amanece el segundo día de huelga. Grupos de mineros recorren todas las minas y se aseguran de que se cierren. Luego se juntan y comienzan a bajar; quieren ir a las fábricas para pedir solidaridad y cerrarlas también. Son casi 6.000 pero al llegar a Ortuella se encuentran con las fuerzas que habían salido la víspera, la Guardia Civil y el Ejército. Desplegado en guerrilla, el Ejército les cierra el paso, y, con la amenaza de disparar sobre los huelguistas, mantiene una actitud de firme amenaza. Los obreros se disuelven y comienzan las detenciones. Marsal, con sus guardias civiles, arresta a los cinco liberados el día anterior. A partir de aquí, las detenciones serán constantes en cada encuentro de los obreros con las fuerzas del orden. Al final de la huelga, se habrán encarcelado a unos doscientos huelguistas.

A las ocho de la mañana embarcan en Bilbao tropas de Garellano, de Bilbao, y los de Llerena, venidos de Orduña, y se dirigen a Desierto y a la parte de las fábricas. Comienza la militarización de toda la zona. Luego vendrán más: el batallón de caballería de Arlabán, de Vitoria, que hace noche en Villaro, y las tropas que traerá consigo el capitán general Loma. En tres días, Vizcaya tendrá más tropas que en la última campaña contra los carlistas.

Aunque el Ejército no deja pasar, un grupo de unos 150 mineros no desiste, sube a los montes y, dando un rodeo por Nocedal, consigue bajar a las fábricas. Llegan a La Vizcaya y quieren pararla, pero encuentran una fuerte reacción de los guardias jurados. Estos reciben la ayuda de la Guardia Civil, y los mineros se disuelven. Se vuelven a agrupar en torno a Astilleros del Nervión. Aquí trabajan 2.000 obreros que se suman a la huelga. Ya son un gran grupo. Se dirigen a Altos Hornos y a la Sociedad Aurrera. Sus trabajadores también se suman: son ya unos 4.000 obreros y deciden volver a La Vizcaya. Para ello se dividen en dos grupos: 1.500 irán por la zona del mar y 2.500 por el interior. En la fábrica, además de los guardas jurados, hay un pelotón de doce guardias civiles al mando de Mallo. Y vuelven a hacer frente a los huelguistas. Esta vez los obreros no se acobardan y se enfrentan a la fuerza. Gritos, golpes y pedradas. Al final, tiros de la Guardia Civil. Pablo Castillo, dueño de una tienda de Sestao, que pasaba a caballo por la cercanía, recibe un tiro en el pecho y muere en pocos minutos. Será el único muerto de la huelga, aunque hubo heridos: un obrero con un tiro en la pierna, y gran número de golpeados. Pero todas las grandes fábricas están en huelga. Entre mineros y obreros son ya más de veinte mil.

Alarmado por estas noticias, el gobernador civil convoca una reunión a la que acuden el presidente de la Diputación, el fiscal de la Audiencia, el juez de primera instancia y el alcalde de Bilbao. A las seis de la tarde comienza a colocarse el bando por las calles de Bilbao y un piquete de soldados del cuartel de San Francisco recorre la ciudad a toque de corneta, anunciando el estado de sitio.

El capitán general Loma ha anunciado con un telegrama que irá a Bilbao al día siguiente. El gobernador civil respira con alivio, la huelga ya no es su problema. El gobernador militar, por precaución, ha suspendido la

corrida de toros anunciada para ese día, igual que hizo el día 4.

Por la mañana, Facundo Perezagua había salido de Bilbao para entrevistarse con los obreros. A las diez estaba en Desierto, pasó a Portugalete y luego se unió a los huelguistas. Volvió a su casa tarde, a las 12 de la noche. La Guardia Civil lo estaba esperando, lo detuvieron y se lo llevaron. Pero las órdenes estaban ya dadas: aguantar con la huelga en las minas y extender la huelga general solidaria a todas las fábricas y talleres hasta Bilbao, y no caer en la provocación. Especialmente no enfrentarse al Ejército. Su detención no cambió las cosas.

En los días siguientes, la Guardia Civil y el Ejército estaban por todas partes. Las minas mantenían su huelga, la mayoría de las grandes fábricas también, pero había intentos diarios de abrir las fábricas y los pequeños talleres. Los piquetes las recorrían todas, en una especie de juego del ratón y el gato con las fuerzas de orden. Se abría un taller y al cabo de una hora se cerraba de nuevo. En el momento álgido había 30.000 mineros y obreros en huelga. Y no hubo incidentes graves.

Los días 15 y 16 *El Diario de Bilbao* abría portada con un gran titular "La huelga de los mineros", pero, ya en el suplemento de la tarde del mismo día 16, el titular había cambiado: "La huelga de los obreros". Y este sería el titular hasta el final. Ya nadie tenía dudas: la huelga minera se había convertido en huelga general.

Para los días 16 y 17 la huelga se estaba agotando. Los obreros no sabían qué más hacer. No tenían ninguna vía de negociación con los empresarios mineros, El Círculo Minero. Para los empresarios lo que realmente estaba en juego era el reconocimiento de la representación socialista de los obreros. Por eso provocaron la huelga.

La huelga minera se basaba enteramente en la voluntad y el entusiasmo. No tenían apenas organización sindical ni podían aguantar mucho. No había cajas de resistencia. Tenían dos opciones: terminar la huelga o pasar a la violencia, como hicieron trece años más tarde cuando asaltaron Bilbao. Pero llegó el general Loma y los salvó.

El general Loma llegó a Bilbao a las 7 de la mañana del día 15, en un tren especial. Lo acompañaban sus tropas. Inmediatamente se dirigió al Hotel Antonia para reunirse con el gobernador militar. Dio una orden

tajante: “No quiero carnicerías con los mineros”. Después se reunió con las autoridades civiles.

El general Loma era un liberal de los de entonces. Nacido en Salinas de Añana, Álava, había luchado en las dos guerras civiles contra los reaccionarios carlistas, defendiendo con su espada al Gobierno liberal. Había participado, también, en la batalla de Somorrostro, en el año 1874, en la zona minera, donde fue herido. No estaba dispuesto a pasar a la historia como el militar que había masacrado a los mineros. El Gobierno estaba de acuerdo con él; Sagasta, debilitado por luchas políticas, ya tenía suficientes problemas sin esa huelga minera, y envió un mensaje claro: “Terminar con la huelga lo antes posible”.

A las 4 de la tarde, Loma mandó poner una proclama recordando el estado de guerra y pidiendo orden. Todo normal. A la misma hora llegaba en tren, procedente de Vitoria, el batallón de cazadores de Estella. Además, unos cien números de la Guardia Civil, procedentes de Navarra, Logroño, Guipuzcoa y Álava, se estaban concentrando en Bilbao. Casi no cabían más militares en Vizcaya.

El día 17, sábado, a la 1 de la tarde, el general Loma coge un tren especial y visita las grandes fábricas. Luego regresa a Bilbao. El 18, domingo, el general y su séquito, a las 12 en punto, cogen el tren para Luchana. Allí se montan en un tren minero de la Orconera y llegan a La Arboleda, donde el general Loma recibe a una comisión de cinco mineros. Estos le exponen sus reivindicaciones: no a los cuarteles y a las cantinas obligatorias y reducción de la jornada. Luego recorre las instalaciones y entra a un barracón de mineros. Al salir, mirando al suelo con desprecio y enfado musita: “Ni los cerdos se merecen esto”. Con esta frase ha sentenciado el fin de la huelga. Coge un caballo para bajar a Gallarta. Está rodeado por una muchedumbre de mineros que, al verlo salir, abren paso y se quitan la boina en señal de respeto. En Gallarta le esperan el gobernador civil, el alcalde de Bilbao y 6.000 mineros.

De nuevo se junta con una comisión obrera y les jura por su honor que prohibirá los cuarteles y las cantinas obligatorias. Ordena al gobernador y al alcalde de Bilbao que salgan al balcón y pidan a los mineros que se apacigüen y que confíen en la palabra del general. Después coge el tren y

vuelve a Bilbao.

Al día siguiente, el 19, el general Loma convoca al Círculo Minero (la asociación de los empresarios de las minas). A las siete de la tarde, los miembros de la asociación de empresarios de las minas se juntan para preparar la reunión 9 a la que han sido convocados en el Gobierno militar. Ellos insisten: "No reconocemos la representación socialista. La relación de los obreros con el empresario es, y debe ser, individual". No transigen y se mantienen firmes. No están dispuestos a negociar con los mineros. El general se enfada y les dice: "Si no queréis negociar con los mineros lo vais a hacer conmigo, y si tampoco queréis, retiraré el Ejército de Vizcaya".

Después de un primer momento de pánico, los empresarios mineros comprenden que han perdido. Llegan a un acuerdo (lo que luego se llamó el Pacto Loma): se prohíben los barracones y las cantinas obligatorias. Además, dividen el año en tres cuatrimestres: durante el invierno se trabajará nueve horas, en otoño, diez, y en verano, once. De esta forma, se consigue la media de diez horas que habían pedido los mineros.

A continuación se da la orden a los alcaldes para que impriman el bando que se colocará el día siguiente en todos los municipios en huelga. La revista *El Socialista*, en su número del día 23, publica en la sección de última hora un breve telegrama urgente remitido por la agrupación socialista de Bilbao: "Ha cesado la huelga. La victoria ha sido de los trabajadores".

Desde que Francisco I. Madero cruzó por primera vez el río Grande, el 22 de noviembre de 1910, sin éxito, para volver otra vez a territorio americano, la palabra *revolución* adquiere el valor de mito polivalente, utilizado una y otra vez por personajes de lo más variopintos, en sentidos diferentes y muchas veces enfrentados entre sí. Entre las revoluciones de Francisco I. Madero, Pancho Villa, Venustiano Carranza o Pascual Orozco, es difícil entender, desde la actualidad, la trayectoria rara y constante de Emiliano Zapata. México, durante esos años, se convirtió en un escenario de revoluciones solapadas y contrarrevoluciones sangrientas.

Emiliano Zapata nunca se apartó de la defensa de la tierra y de las comunidades. La suya era una revolución muy primaria en un momento en el que en México se estaba construyendo el Estado moderno. Un Estado que no entraba en la cabeza de Zapata. Para él, el Estado no dejaba de ser una abstracción incomprensible o el centro de la represión y del robo.

Para poder entender la larga lucha de Zapata es necesario conocer la situación social de México en aquella época.

MÉXICO BÁRBARO

Francisco I. Madero intentó, en 1910, presentarse a las elecciones presidenciales de México para poner fin al largo “porfiriato”. Porfirio Díaz llevaba ya 34 años en el poder gobernando de hierro y le ganó las elecciones a Madero como él sabía hacerlo: lo detuvo y lo encarceló en San Luis Potosí. Por presiones de la familia —Madero pertenecía a una de las más ricas de México— obtuvo el arresto domiciliario y aprovechó para huir a Texas con la ayuda de los obreros ferroviarios: cruzó la frontera envuelto en un poncho a rayas y con un sombrero, para camuflarse como obrero.

Convencido de que de forma democrática era imposible quitar a Porfirio Díaz del poder, Madero redactó un “Manifiesto a la Nación” y convocó una rebelión armada con fecha y hora: el día 20 de noviembre de 1910, a las 6 de la tarde.

Llegó el día y Madero, junto a otras diez personas a caballo, cruzó el río Grande para encabezar la rebelión. Tenía cita con su tío, que debía llegar con cuatrocientos revolucionarios, para atacar juntos Ciudad Juárez. Pero después de una larga espera, su tío apareció apareció acompañado solo por diez personas.

Decepcionado y abatido por la falta de adhesiones, Madero cruzó de nuevo el río Grande en dirección a Texas.

El día 20 de noviembre, a las 6 de la tarde no hubo rebelión. Pero el “Manifiesto a la Nación” también había cruzado río Grande para recorrer todos los estados, y en pocos meses comenzaron las rebeliones, primero aisladas y luego más multitudinarias. Eran rebeliones inconexas, con objetivos diferentes, y lideradas por personas que tenían muy poco en común, pero todos izaron el manifiesto de Madero como bandera. Había un enorme descontento en todos los sectores sociales, entre los obreros incipientes, entre la masa campesina, entre las clases medias y la burguesía urbana que no participaban del saqueo de Porfirio Díaz y de sus amigos.

Desde “el grito de Dolores” del 16 de septiembre de 1810 dio comienzo a la lucha por la independencia, México tuvo un siglo XIX convulso, casi en guerra civil permanente. Luego llegó Porfirio Díaz e impuso una paz de hierro. Gobernó durante 35 años hasta que, obligado por la Revolución maderista, dimitió el 25 de mayo de 1911.

Porfirio Díaz y sus gabinetes de “científicos” ultraliberales se fijaron el objetivo de modernizar México. Abrieron las puertas al capital extranjero para la extracción de minería y la creación de fábricas; diseñaron un mapa de vías férreas que comunicara el país, dando concesiones ferroviarias a empresas extranjeras, principalmente americanas y más tarde inglesas. Apostaron, además, por las grandes haciendas agrarias, para lo que iniciaron una campaña de expolio de las tierras que pertenecían a los pueblos y a las comunidades, o a pequeños granjeros.

Porfirio Díaz organizó el poder político conforme a un triángulo vertical

pétreo: en la cúspide estaba la silla presidencial en el Palacio Nacional, símbolo del poder absoluto del presidente. Este nombraba a discreción a los gobernadores de los estados que, a su vez, nombraban a los jefes políticos de los distritos. Era un poder a tres niveles que se ejercía sin ninguna restricción legal, de forma arbitraria y brutal. La ley solo existía en el papel; en la realidad, nadie podía escapar de la impunidad con la que actuaban los jefes políticos y los gobernadores. Para apoyar las concesiones a empresas extranjeras y el gran expolio de los terrenos comunales, contaban con el Ejército federal y los temibles "rurales", que a sangre y fuego defendían los intereses del régimen porfirista.

México se modernizó, sí. Se construyeron 20.000 kilómetros de vía férrea, se pusieron en marcha empresas extractoras, pero el precio que pagaron los campesinos, los trabajadores y clases medias fue enorme. El porfiriato creó un sistema de explotación salvaje que favorecía a las empresas, a las haciendas y a los cargos públicos. Después de 35 años, ya no había nada que robar.

Cuando Madero publicó su manifiesto, prácticamente toda la población quería un cambio, salvo los propios miembros de sistema.

En 1908, un periodista americano, John Kenneth Turner, realizó un viaje por México y escribió unos reportajes que tituló con acierto "México bárbaro". Estos reportajes reflejaban el precio de la modernización de la época de Porfirio Díaz.

LA GUERRA AL PUEBLO YAQUI

Si bien es verdad que en todo México hubo un ataque a la propiedad de la tierra comunal de los pueblos y de las tribus, la guerra de exterminio contra los indios yaquis tiene un carácter especialmente brutal.

Los yaquis eran una tribu que habitaba en el estado de Sonora. Poseían el fértil valle Yaqui, atravesado de este a oeste por el río del mismo nombre. Hoy, mirando las fotos de satélite, se ve un amplio valle, totalmente cultivado en parcelas perfectamente rectangulares que se suceden unas a otras. Poseer esas tierras fue la causa de su perdición.

En la época de Porfirio Díaz, tres gobernadores, Ramón Corral, Rafael

Izábal y Luis Torres, se turnaron en el poder del estado de Sonora. Decidieron arrebatar las tierras yaqui, y para ello provocaron a los nativos para justificar el inicio de una guerra de exterminio. Cajeme era el jefe yaqui entonces, un jefe que había alternado la defensa armada con pactos con el Gobierno que siempre acababa traicionando. Le mandaron detener, pero no lo encontraron. Los soldados saquearon el pueblo, quemaron las casas y violaron a las mujeres, incluida a la mujer del jefe. Y comenzó la guerra, una guerra sin reglas, de exterminio, sin cuartel. Pusieron precio a las cabezas de los indios yaquis, y, para ello, los soldados debían entregar la oreja derecha del indio asesinado. "Traigan las orejas" era la orden de los oficiales.

En diciembre de 1904, el gobernador Izábal organizó una expedición a isla Tiburón, donde se habían refugiado algunos yaquis, entre los indios seris. El gobernador ordenó a los seris que le trajeran la mano derecha de los yaquis si no querían ser aniquilados. Hay una fotografía que lo atestigua: unas mujeres seris con un palo tosco, en cuyo extremo se ve un racimo de manos. "Las manos cortadas fueron ocho, cuatro de hombres, tres de mujeres y una de niño", decía Federico García y Alva, autor de un reportaje brutal que justificaba la expedición.

Fue una guerra sin prisioneros, colgaron a todos los que pudieron: "El 17 de mayo de 1892, el general Otero, del ejército mexicano, ordenó aprehender a los yaquis, hombres, mujeres y niños que había en la ciudad de Navojoa y colgó a tantos que agotaron las cuerdas disponibles, siendo necesario usar cada una de ellas cinco o seis veces".

Se conservan algunas fotografías de la época. Una de ellas es muy especial: muestra un árbol cuyo tronco se abre en varias ramas, como dedos de una mano abierta mirando al cielo; de ellas cuelgan seis yaquis. Los cuerpos están ya algo momificados, deben llevar muchos días muertos. Y uno se acuerda de la canción de Billie Holiday, *Strange fruit*: "De los árboles del sur cuelga una fruta extraña, / sangre en las hojas y sangre en la raíz, / cuerpos negros balanceándose en la brisa del sur, / extraña fruta que cuelga de los álamos".

Pero después cambiaron de estrategia. En todo México se expropió tanto terreno que a las haciendas les hacía falta mano de obra. Ya no se

mataba a los yaquis, se les enviaba como esclavos a las haciendas de Yucatán. La guerra a los yaquis se convirtió en negocio; el Gobierno cobraba al hacendado 45 pesos por cada yaqui que le suministraba. En 1908, cuando hizo el viaje John Kenneth Turner, cada mes quinientos yaquis salían de Sonora hacia Veracruz, y de allí se perdían en Yucatán.

LAS HACIENDAS DE HENEQUÉN EN YUCATÁN

En México funcionaba el peonaje, un sistema por el que un campesino no podía abandonar la hacienda sin pagar la deuda que tenía con el dueño. Dicha deuda jamás se podía pagar y se heredaba de padres a hijos. Pero el caso de las haciendas de henequén de Yucatán era especial: el peonaje se había convertido en un sistema de esclavitud brutal.

El viaje de Sonora a Yucatán duraba semanas, en tren, en las bodegas de los barcos y en largas caminatas a pie. Los más débiles caían en el camino. Y durante el viaje, de forma sistemática, eran divididas las familias; los maridos eran separados de sus mujeres y a estas les arrebataban sus hijos.

En Yucatán había grandes haciendas henequeneras. El henequén es una planta que tiene enormes vainas que una vez secas se convierten en fibras empleadas para la elaboración de cuerdas.

Cada esclavo tenía que recoger 2.000 vainas al día. Cuando un yaqui entraba en una hacienda, cortaba para siempre su relación con el mundo. Solo dependía del dueño y de sus capataces. Además, eran muy usuales los castigos corporales.

El amanecer, cuando formaban todos los peones, era el momento elegido para el castigo. John Kenneth relata así uno de esos episodios:

—¡Quítate la camisa! —ordenó ásperamente el administrador.

Al oír estas palabras, el jefe y los capataces rodearon al yaqui. Uno de ellos alargó el brazo para arrancarle la prenda; pero el yaqui rechazó la mano que se acercaba y, con la rapidez de un gato, eludió un palo que por el otro lado se dirigía a su cabeza. Fue un instante nada más; con el odio reflejado en sus ojos mantuvo a raya al círculo que lo rodeaba; pero con un movimiento de conformidad los hizo retirarse un poco y de un solo tirón se quitó la camisa por la cabeza, dejando al desnudo su bronceado y musculoso torso, descolorido y marcado con cicatrices de anteriores latigazos. Sumiso, pero digno, se mantuvo allí como un jefe indio cautivo de los de hace un siglo, esperando con desprecio ser torturado por sus enemigos.

No puede haber nada peor que esto, se dice que pensó John Kenneth. Pero sí había algo peor.

EL VALLE DE LA MUERTE

El valle Nacional es un valle plano encajonado entre montañas. Tiene una entrada única y al otro extremo termina en numerosos montes. Era zona tabaquera.

Los hacendados de esta zona ejercían una especial crueldad con sus trabajadores-esclavos. Estos eran obligados a dormir hacinados en grandes barracones, sin distinción: mujeres, niños y hombres. El guardia cerraba la puerta por la noche sin importar lo que pasara dentro. Las violaciones eran sistemáticas.

Entre el trabajo, los golpes, la mala alimentación y la insalubridad, la mortandad era enorme. “Al sexto o séptimo mes empiezan a morirse como las moscas durante la primera helada invernal, y después no vale la pena conservarlos. Resulta más barato dejarlos morir; hay muchos más en los lugares de donde estos vinieron”, afirmaba Antonio Pla, gerente general de un tercio de las plantaciones de tabaco en valle Nacional. Había unos 15.000 esclavos en 1908. Dos tercios morían antes de un año.

Este era el México bárbaro que pagó con sangre el progreso del porfirismo. En 1910 la mayoría de los campesinos ya no tenía nada que perder porque o bien les le habían robado casi todo, o estaban prisioneros en las haciendas. En el manifiesto de Madero había una frase a la que se agarraron de forma desesperada: “Serían devueltas las tierras arrebatadas a los pueblos y comunidades”. Y fue Emiliano Zapata el que organizó un ejército campesino que luchó durante diez años para que tal promesa se hiciese realidad y los campesinos pudieran volver a sembrar los campos arrebatados.

LOS PAPELES DE LA TIERRA

El estado libre y soberano de Morelos se encuentra al sur de México DF y

linda con los estados de Puebla y Guerrero. Esta sería la zona central del zapatismo.

La guerra de independencia de Cuba y la caída de su producción de azúcar propició un gran crecimiento de la industria azucarera en Morelos. Había en 1910 unas cuarenta haciendas en Morelos que tenían una superficie de 226,165 hectáreas, o sea, el 46 por ciento del total del territorio de ese Estado. Sus 45 fábricas azucareras producían anualmente 52.266,135 kg de azúcar, una tercera parte del total de la producción nacional.

El 13 de agosto de 1914, Emiliano Zapata, en una carta que remite al presidente de EE UU Woodrow Wilson, decía:

> México se encuentra todavía en plena época feudal, o al menos así se encontraba al estallar la revolución de 1910.
>
> Unos cuantos centenares de grandes propietarios han monopolizado toda la tierra laborable de la República; de año en año han ido acrecentando sus dominios, para lo cual han tenido que despojar a los pueblos de sus ejidos o campos comunales, y a los pequeños propietarios de sus modestas heredades. Hay ciudades en el estado de Morelos, como la de Cuautla, que carecen hasta de terreno necesario para tirar sus basuras, y con mucha razón, del terreno indispensable para el ensanche de la población.

Emiliano Zapata conocía muy bien ese mundo. Nació en Anenecuilco, estado de Morelos, el 8 de agosto de 1879. Era hijo de Gabriel Zapata y Cleofas Salazar[1]. La familia Zapata poseía una pequeña heredad de tierra, actividad que compaginaba con la compraventa de animales. Su padre le inculcó la aversión a las haciendas. Solía decirle: “Para comer en la casa hay que sudar en el surco y el cerro, pero no en la hacienda”. Para los Zapata entrar en una hacienda suponía la servidumbre permanente.

Emiliano Zapata cursó sus estudios elementales en la escuela de su pueblo. Al quedar huérfano, con 16 años, vivió una temporada en la casa de un tío suyo. Desde muy joven mostró gran afición por los caballos, adquiriendo renombre como domador y amansador. Mantuvo su independencia respecto a las haciendas explotando su pequeño terreno y como tratante de caballos.

En la época del virreinato español, la Corona fue concediendo derechos de propiedad de tierras a pueblos y comunidades. Anenecuilco era uno de estos pueblos; la Corona le concedió derecho de propiedad en las tierras de

su entorno. Los vecinos del pueblo utilizaban esos terrenos de forma comunal o como pequeñas parcelas individuales, hasta que los diferentes expolios se los arrebataron.

Sin embargo, el pueblo de Anenecuilco nunca renunció a sus tierras; reclamó su propiedad acudiendo de forma incansable a las autoridades de México DF o al gobernador. Guardaban celosamente toda la documentación, desde la primera carta de propiedad firmada por la Corona hasta todos los requerimientos que habían hecho. Tenían un respeto reverencial por los papeles: se custodiaban en una caja metálica enterrada en un lugar secreto del pueblo que solo algunos ancianos conocían.

El 15 de abril de 1906, los habitantes de Anenecuilco llevaron a cabo un último intento de recuperar sus tierras de forma legal y pacífica, y para ello enviaron una carta al gobernador del Estado, Manuel Alarcón. Este convocó una reunión ante el jefe político de Cuautla, pero no se llegó a ningún acuerdo. Entre los representantes de Anenecuilco estaba Emiliano Zapata, un joven de tan solo 27 años que ya había adquirido cierta notoriedad entre sus vecinos.

La primera vez que Emiliano Zapata participó de forma activa en la política fue en las elecciones a gobernador de Morelos del año 1909. El día 24 de enero de ese año se formó el club político para apoyar a Leyva frente al oficialista Pablo Escandón:

> En la Villa de Ayala, perteneciente al Distrito de Cuautla Morelos, reunidos en la plaza principal denominada “Francisco Ayala”, los ciudadanos que á continuación se expresan, se hizo público manifiesto de la idea de agruparse, como se está verificando, los que simpaticen con el propósito de formar un club político que se denominará “Melchor Ocampo”, y que lleva por exclusivo objeto postular para candidato á la gubernatura del Estado Libre y Soberano de Morelos, vacante por la muerte del señor Coronel Manuel Alarcón, fundándose estos ciudadanos en las franquicias que la Constitución Federal y la particular del Estado les conceden para ejercitar sus derechos en las próximas elecciones.

Entre los firmantes aparecía Emiliano Zapata como vocal, y como vicepresidente, Pablo Torres Burgos, uno de los primeros mártires zapatistas que fue asesinado junto a su hijo por las tropas federales.

El candidato oficialista, propietario él mismo de dos haciendas en Morelos y exjefe de Estado Mayor de Porfirio Díaz, tenía todas las armas para ganar. Leyva, que defendía a los pueblos y pequeños propietarios, no

pudo alzarse con la victoria.

Cuando Pablo Escandón fue nombrado gobernador de Morelos, los habitantes de Anenecuilco perdieron toda la esperanza de recuperar sus tierras. El 12 de septiembre de ese año se reunieron en asamblea y nombraron presidente de la Junta de Defensa de Anenecuilco a Emiliano Zapata.

Terminada la reunión, los más viejos, depositarios de la caja de los papeles, llamaron aparte a Emiliano Zapata e iniciaron una procesión civil solemne hasta el lugar en el que se encontraba enterrada dicha caja. La desenterraron y la depositaron en las manos: "Nosotros ya no podemos, coge tú estos papeles de nuestra tierra y defiéndelos como mejor sepas hacerlo". Aquellos ancianos no solo le entregaban los papeles de su pueblo, le entregaban mucho más: pusieron en sus manos el corazón de la Revolución agraria zapatista. Emiliano Zapata jamás traicionó su confianza.

LA REVOLUCIÓN

Aunque Francisco Madero cruzó de nuevo río Grande y se escondió en EE UU, primero en una granja de un amigo americano y luego en Charleston, su manifiesto sembró la revolución en diferentes partes del país. Poco a poco fueron surgiendo levantamientos aislados por doquier.

En Morelos se organizaron algo más tarde que en los estados del norte. Conociendo, al fin, el contenido del manifiesto, especialmente la promesa de devolución de tierras, decidieron organizarse en Ayala. Su núcleo inicial lo formaban aquellos hombres que habían participado en la campaña del año 1909, a favor de Leyva. Así mantuvieron una reunión Pablo Torres Burgos, el antiguo vicepresidente de la campaña de Leyva, Emiliano Zapata, Margarito Martínez, Catarino Perdomo, Gabriel Tepepa y alguno más. El principal acuerdo al que llegaron fue el de enviar a Torres Burgos como representante a Texas para que contactara con Madero o con la Junta Revolucionaria. Sin duda, este era el más preparado de todos ellos. A su vuelta, más larga de lo esperado, Torres Burgos trajo noticias, acuerdos y un nombramiento: Madero proponía a Leyva como jefe de la revolución en Morelos, y, si no aceptaba este, al propio Torres Burgos. Además dejaba en

sus manos la revolución en Morelos, nombrándolos sus representantes.

En Cuautla se celebraban las famosas fiestas de los tres viernes. En el segundo viernes, el 10 de marzo de 1911, se juntaron Zapata y Rafael Merino (otro miembro fundador del Club Ocampo que defendió la candidatura de Leyva el año 1909), y decidieron no esperar más y comenzar la rebelión en Morelos. Torres Burgos no estaba con ellos porque estaba escondido en la serranía esperando la respuesta de Leyva. A la vuelta de Cuautla, al llegar a Ayala, organizaron la primera partida, de unos ochenta hombres mal armados, y se declararon en rebelión. Este es el nacimiento del Ejército Libertador del Sur: ochenta hombres mal armados, que en su momento de mayor fuerza llegaron a ser treinta mil; un ejército libertador que luchó durante diez años bajo el lema "Tierra y libertad":

Marzo 11. Sin esperar a Torres Burgos, hoy, sábado, a las once de la noche, en recuerdo de que a esa hora fue el grito de Dolores, se sublevan en la plaza principal de Villa Ayala Emiliano Zapata, Rafael Merino y Próculo Capistrán. Don Juan Plascencia, que con don Manuel Fierros es viejo conocedor en achaque de pronunciamientos, se resiste a seguirlos y cede a sus hijos Emilio y Adrián.

Desarman a la policía, cortan los hilos telegráficos y telefónico, arengan a los vecinos en la plaza y en número de ochenta hombres, algunos todavía muchachos de once y quince años, siguen hacia San Rafael Zaragoza por el rancho de Moyotepec.

En realidad, este ejército no es un ejército normal. No tiene una línea de abastecimiento. En nada se parece a la División del Norte de Pancho Villa, que avanza seguido de convoyes ferroviarios con intendencia y armas. El Ejército Libertador es un conjunto de hombres en permanente movimiento, que se alimenta sobre el terreno.

Durante los meses de marzo, abril y mayo de 1911, las tropas de Zapata son grupos que entran en los pequeños pueblos, proclaman la revolución, desarman a los policías, toman los caudales públicos y se marchan. Y siempre se van con más hombres que con los que entran. Hacen lo mismo en algunas haciendas donde se proveen de armas y de caballos. Todos los soldados zapatistas eran lugareños, conocían a la perfección el terreno, en cada lugar tenían amigos y familiares. Así se fue construyendo el Ejército zapatista. El primer enfrentamiento que Zapata tuvo con el Ejército federal fue en Axochiapan, donde tres días antes las tropas federales de Javier Rivas habían hecho prisionero y luego colgado y quemado vivo al revolucionario Alejandro Casales.

Los soldados del jefe Gabriel Tepepa, además de recoger armas y alimentos, más de una vez, se dedican al saqueo. Torres Burgos, el jefe oficial de todas las tropas, protesta de forma enérgica contra estos, pero no consigue imponer su criterio. Derrotado, decide abandonar, y con sus dos hijos y su asistente se dirige hacia Ayala. Sabe que las tropas federales le buscan, por lo que se detiene en el barranco de Rancho Viejo y le pide a su hijo pequeño, de 12 años, que se acerque a su casa a recoger alimentos para los cuatro. Las tropas federales lo sorprenden, lo detienen y consiguen que desvele el lugar donde se encuentra su padre. Al llegar al lugar, los federales, con dos descargas de fusilería asesinan a su hermano David, a su padre y al asistente. Luego exponen el macabro botín en la puerta del ayuntamiento de Cuautla. Era el 23 de marzo de 1911.

La Revolución maderista se ha quedado sin jefe en Morelos, por eso, los diferentes jefes revolucionarios nombran jefe de la revolución en Morelos a Emiliano Zapata. El nombramiento se hace por unanimidad y lo firman trece jefes:

Siendo las 9 de la mañana del día 25 de marzo de 1911 reunidos en el lugar que ocupa la ayudantía del pueblo de Jolalpan, Pue., los C. C. que por acuerdo de todos los Revolucionarios pasan designados como jefes y oficiales del Ejército Libertador del Sur, en virtud del asesinato del Sr. Prof. Don Pablo Torres Burgos, quien fuera el primer jefe nombrado por el Sr. don Francisco I. Madero.

El día 13 de mayo de 1911, el general Zapata se presentó ante la ciudad de Cuautla y comenzó la batalla. Fue la mayor batalla de Zapata frente a los federales, y duró seis días. El día 20, Zapata entró en la ciudad y ordenó que se enterraran los numerosos muertos en combate. Al día siguiente, el 21 de mayo, se firmó el acuerdo de Ciudad Juárez entre Maduro y el Gobierno de Porfirio Díaz. La rebelión maderista había triunfado.

Fue en la feria del segundo viernes, en Cuautla, donde Emiliano Zapata decidió iniciar la revolución, y fue la toma de Cuautla lo que definitivamente convenció a Porfirio Díaz para abandonar el poder. Este firmó su renuncia el día 25 de mayo. Al firmar dicen que añadió: “Madero ha soltado al tigre, veremos si sabe domarlo”.

EL TRATADO DE CIUDAD JUÁREZ

La revolución de Francisco I. Madero, que duró de diciembre de 1910 a mayo de 1911, fue casi una fiesta comparada con lo que vino después. La barbarie vendría con Huerta y Carranza.

En el mes de abril ya estaba claro que el Gobierno se estaba quedando aislado de todo, y Porfirio Díaz ordenó iniciar negociaciones con Madero. Hubo un pequeño armisticio, pero la negociación fracasó. A mediados de mayo prácticamente todo el país estaba en manos de los maderistas. Porfirio Díaz volvió a negociar, y el día 21 de mayo por la noche, a la luz de unos faros de automóvil, se firmó el Tratado de Ciudad Juárez, junto al edificio de la aduana. Un acuerdo difícil de entender: cuando ya tenía casi el poder de todo el país, Madero dejó que el porfirismo se salvara. Así, en el Tratado de Ciudad Juárez, que apenas ocupa una página, estipula:

- Dimisión del presidente y del vicepresidente.
- Francisco León de la Barra, ministro de Porfirio Díaz, asume la presidencia provisional de la República hasta convocar elecciones.
- Se licencian las tropas revolucionarias y el único ejército sigue siendo el Ejército federal.

No hay ninguna referencia a los principios del Plan de San Luis Potosí. Porfirio Díaz y su vicepresidente se van, pero su Gobierno y su Ejército se quedan. Venustiano Carranza diría más tarde que: “Madero había entregado a los reaccionarios una revolución muerta que tendría que lucharse de nuevo”.

Luis Cabrera, en carta abierta a Madero, el 27 de abril de 1911, advierte:

> Usted, que ha provocado la revolución, tiene el deber de apagarla; pero ay de usted si asustado por la sangre derramada, o ablandado por los ruegos de parientes y de amigos, o envuelto por la astuta dulzura del Príncipe de la Paz, o amenazado por el yanqui, deja infructuosos los sacrificios hechos. El país seguiría sufriendo de los mismos males, quedaría expuesto a crisis cada vez más agudas, y una vez en el camino de las revoluciones que usted le ha enseñado, querría levantarse en armas para la conquista de cada una de las libertades que dejara pendientes de alcanzar.

Y más adelante señala que había que hacer la paz, “pero teniendo en cuenta las condiciones especiales de cada región levantada”.

Es difícil hacer un análisis más acertado de lo que iba a pasar. Luis Cabrera señaló dos cuestiones fundamentales: la primera es que si la

revolución no llevaba a la práctica las promesas hechas en el Plan de San Luis Potosí no se iba a extinguir, se reactivaría; y, segundo, Cabrera es muy consciente de lo heterogénea que es la revolución. Todos adoptaron la bandera del Plan de San Luis Potosí, pero cada uno por razones muy diferentes. Zapata no tenía casi nada en común con Carranza, y mucho menos con Ambrosio Figueroa, del Estado de Guerrero. Villa y Orozco tampoco tenían nada que ver con Carranza y con los que luego se llamaron "constitucionalistas".

Con el Tratado de Ciudad Juárez se abre un interregno con un poder dual, que va de mayo a noviembre, cuando Madero accede a la presidencia. El jefe de la revolución es Madero, pero el Gobierno y el Ejército están controlados por los porfiristas, que siempre actuarán contra Madero, que se convierte así en una especie de político esquizofrénico. Es el jefe de la revolución, pero el poder está en otras manos; quiere adoptar decisiones, pero son saboteadas por los porfiristas y hacendados.

Madero entró triunfante en la ciudad de México el 6 de junio. Zapata fue a recibirle a la estación. Y el día 8, Madero invitó a comer a Zapata para hablar de Morelos.

La revolución de Zapata es exclusivamente local y agrarista. En estos días aún se fía de Madero, pero no del Gobierno ni del Ejército. En la reunión Zapata le dijo a Madero:

> Es nuestro natural enemigo —le dijo—; ¿o cree usted, señor Madero, que por el hecho de que el pueblo derrocó al tirano, estos señores van a cambiar de manera de ser? Ya ve usted lo que está pasando con el nuevo gobernador, el señor Carreón, que está completamente a favor de los hacendados, y si esto pasa ahora que estamos de triunfo y con las armas en la mano, ¿qué será cuando nos entreguemos a la voluntad de nuestros enemigos?

Después añadió: "Mis soldados, los campesinos armados y los pueblos todos, me exigen diga a usted, con todo respeto, que desean se proceda desde luego a la restitución de sus tierras". Zapata le propone ir a Morelos a estudiar la situación. Madero le confirma que no ha olvidado la promesa de restituir las tierras, pero que hay que hacerlo de forma legal. Que lo urgente es la paz. Y finalmente dice que procurará que se le gratifique para que pueda comprar un buen rancho.

Zapata dio un paso atrás y pegando un fuerte golpe en el suelo con su

rifle, del que jamás se separaba (ni siquiera lo abandonó durante la comida), le contestó:

—Señor Madero, yo no entré a la revolución para hacerme hacendado; si valgo algo, es por la confianza que en mí han depositado los rancheros, que tienen fe en nosotros, pues creen que les vamos a cumplir lo que se les tiene ofrecido, y si abandonamos a ese pueblo que ha hecho la revolución, tendría razón para volver sus armas en contra de quienes se olvidan de sus compromisos.

El programa político de Zapata es simple y elemental: "recuperar las tierras", y no está dispuesto a entregar las armas sin conseguirlo y sin que el Gobierno legal les de su sello.

Días más tarde, Madero viaja a Cuernavaca e intenta negociar de forma sincera con Zapata. Le ofrece cambiar de gobernador y nombrarle a él jefe de Armas de Morelos para garantizar las promesas hechas.

Los hacendados se enteran de estas promesas hechas a Zapata e inmediatamente comienzan en México DF una brutal campaña contra él, atacando de paso a Madero. Califican a Zapata como el Atila del sur y lo tildan de bandido que no respeta ninguna ley. Ponen en su boca una frase que luego repetirán miles de veces: "Yo no reconozco más Gobierno que el de mis pistolas". Exageran los desmanes cometidos por los zapatistas e inventan nuevas barbaridades.

Después de los momentos de pánico de los meses de abril y mayo, los hacendados y los porfiristas se reorganizan y se lanzan al contraataque; sus mejores aliados son el Ejército federal, el Gobierno y el general Ambrosio Figueroa, que, aunque ha participado en la revuelta maderista, se pone ostentosamente al servicio de los hacendados.

El 12 de julio se produce una matanza en Puebla. Los federales provocan a las tropas revolucionarias que están agrupadas en la plaza de toros, se inicia una refriega entre los dos bandos. A las tropas revolucionarias se les termina la munición y abandonan la plaza de toros. Entonces, el coronel Aureliano Blanquet lanza un ataque brutal contra los que quedan, matando a mujeres, a niños y a campesinos. Son más de trescientos los muertos.

El 2 de agosto, el presidente provisional, León de la Barra, cesa a Emilio Vázquez Gómez (un cargo designado por la Revolución que aún seguía defendiendo los principios de San Luis Potosí) de su puesto de

secretario de Estado. Lo más grave no es el cese, sino que cuente con la aprobación de Madero.

Después de haber tenido diversas dificultades con el señor presidente de la República, motivadas por las circunstancias de representar él, en el actual Gobierno, la tendencia conservadora del antiguo régimen y yo la tendencia renovadora de la revolución triunfante, tendencia de la cual mi conciencia no ha debido ni debe separarse, el señor presidente de la República ha tenido a bien ordenarme que presente mi renuncia del puesto de secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, y cumpliendo con esa orden, vengo a renunciar y renuncio el puesto mencionado.

Madero, a pesar de todo, sigue intentando lo imposible: lograr un pacto y la alianza entre los elementos del Ejército federal, la derecha reaccionaria y los revolucionarios. Pero es una utopía. En un último intento para lograr un acuerdo, Madero promete que las fuerzas federales no se moverán de sus acuartelamientos, y llega a Coautla el día 18 de agosto para parlamentar con Zapata.

Cuando todo parecía arreglado, pues en dicha reunión Madero accedió a las demandas de Zapata y de los representantes populares del distrito, el presidente León de la Barra y el general Huerta le traicionan moviendo sus tropas con la intención de cercar Cuautla. Zapata rearma su ejército y huye de la ciudad. Fue la última oportunidad de acuerdo con Emiliano Zapata. A partir de ese día, el Ejército federal persiguió con saña a los zapatistas.

A pesar de todo, Zapata mantuvo esperanzas de que cuando Madero accediera a la presidencia cambiarían las cosas. Pero, cuando el 6 de noviembre este se puso la banda presidencial, se terminaron todas las esperanzas para Emiliano Zapata. Madero ya no podía aceptar, y, en gran parte, tampoco quería una revolución agraria en Morelos. Emiliano Zapata rompió definitivamente con Madero.

EL PLAN DE AYALA

El intento de negociación de Madero con Zapata fue honesto y verdadero, pero el Ejército federal y el presidente del Gobierno lo traicionaron, pues ellos nunca tuvieron intención de negociar y, tal vez, pensaron matar dos pájaros de un tiro: si Zapata se daba cuenta de que no se respetaba el acuerdo, podría pensar que el traidor era el propio Madero y lo fusilaría. De

hecho, su hermano Eufemiano se lo propuso: “Oye, hermano, yo creo que este chaparrito ya traicionó a la causa; está muy tierno para jefe de la Revolución y no va a cumplir con nada; sería bueno quebrarlo de a tiro, ¿tú qué dices?”.

Emiliano Zapata no lo aceptó, pero protestó con firmeza ante Madero: “Acuérdese usted, señor Madero, de que al pueblo no se le engaña, y si usted no cumple con sus compromisos, con estas mismas armas que lo elevamos, lo derrocaremos”. Y a modo de despedida definitiva añadió: “Vaya usted a México, señor Madero, y déjenos aquí; nosotros nos entenderemos con los federales. Ya veremos cómo cumple usted cuando suba al poder”.

Después del fracaso del acuerdo de Cuautla, el estado de Morelos se llena de tropas del Ejército federal, que tienen como objetivo de destruir a los zapatistas. Emiliano Zapata no tiene ninguna posibilidad de vencer, por eso dispersa todas sus tropas por la serranía, en pequeños grupos: nunca ofrece batalla abierta, su estrategia es huir y dar pequeños golpes para abastecerse. El general Huerta agotará a sus tropas con marchas forzadas, pero Zapata siempre se le escapa.

Llegó el 6 de noviembre y Madero accedió a la presidencia de México, pero nada cambió: no retiró al Ejército federal del estado de Morelos y continuó con la campaña furibunda contra los zapatista en la capital.

Zapata no leía libros, pero sí los periódicos. Sus enlaces de los pueblos sabían que a Emiliano, además de comida, había que mandarle periódicos. Y por los periódicos se enteró de la feroz campaña en contra de sus tropas.

Una tarde que estaba con su compañero, Otilio Montaño (director de escuela y primer teórico de la Revolución zapatista), se enfadó y le comentó: “Otilio, nos llaman alimañas, comevacas y cosas peores. Nosotros no somos bandoleros, somos revolucionarios, nos hace falta una bandera. Tenemos que escribir un plan”. Otilio Montaño le contestó a su jefe: “Señor Zapata, aquí no podemos, nos atacan casi todos los días. Tenemos que buscar un lugar tranquilo y defendido para poder escribir un plan”. Y así es como Emiliano Zapata y Otilio Montaño se van a Miquetzingo a escribir un plan para su revolución. Una y otra vez Otilio Montaño escribía el texto y Zapata siempre le encontraba algún defecto: “No, algo le falta. Tenemos

que escribir de nuevo". Por fin, al tercer día leyó el papel que le entregó Montaño y dijo: "Sí, compadre, esto está bueno. Ya tenemos plan y le vamos a llamar el Plan de Villa Ayala, porque allí comenzamos nuestra revolución".

Emiliano Zapata no sabía que el "Ayala" original es un pequeño valle (en la actualidad tiene 3.000 habitantes) que se encuentra entre Vizcaya y Álava, en el País Vasco, un valle eternamente verde y que aún mantiene en pie el palacio de Quejana, erigido el siglo XIV. Ayala es el símbolo de la persistencia en la autonomía, fue valle independiente hasta el año 1842, cuando se incorporó a la provincia de Álava, pero aun así logró mantener su propia legislación. Incluso hoy, el derecho civil es diferente en el valle de Ayala. Emiliano Zapata no pudo elegir mejor nombre para su plan.

Emiliano Zapata ordenó que se juntaran todas las tropas en Ayoxuxtla. El 28 de noviembre se reunieron unos 4.000 hombres. Los más próximos eran los jefes, detrás estaba la tropa. Emiliano Zapata ordenó a Otilio Montaño que leyera su plan. Montaño, consciente de la importancia del acto, comenzó a leer con gravedad. De vez en cuando Zapata le interrumpía y preguntaba: "¿Están de acuerdo, señores?". Al finalizar, con su rifle en la mano y voz fuerte, ordenó: "Los jefes que pasen a firmar, los que no tengan miedo". Prácticamente todos firmaron, solo alguno se asustó. Todos sabían que esa firma era un juramento sagrado con la Revolución. A ninguno de los firmantes le perdonaría la vida el Ejército federal si era apresado.

Se conserva el original, once páginas en total, ocho con el texto escrito a mano y tres con la firmas. La primera firma es la de Zapata: "Geral. Emiliano Zapata".

Al día siguiente, Zapata ordenó a uno de los suyos que fuera al pueblo y trajera al cura para que viniera al campamento con la máquina de escribir. Quería hacer copias del plan para repartirlo por todo el Estado. "¿Y si no quiere venir, qué hago?", le contestó el subordinado. "No le vas a pedir permiso. Tú tráelo, y si no quiere le pones la máquina en la cabeza y que venga andando".

Ahora tenían el plan, tenían un programa. Todos sabían por qué luchaban en la Revolución. No eran bandoleros saqueadores de caminos, eran revolucionarios con unos objetivos claros. Siguió la represión de los

federales. Llegó el golpe de Estado de Victoriano Huerta y el asesinato de Madero y de su vicepresidente. Tenía razón Zapata cuando en Cuernavaca le anunció a Madero: “Señor Madero, los científicos quieren terminar con nosotros, pero también quieren terminar con usted”.

Y llegó la dictadura de Huerta, y dio comienzo una época brutal. Cayó Huerta y llegó Carranza; cayó Carranza y llegó el Gobierno de la Convención. Había rebeliones por todo el país: Pancho Villa, Orozco… México quedó sembrado de cadáveres.

Zapata aguantó la primera embestida de Huerta y luego reaccionó. El Plan de Ayala dio coherencia y objetivos a su revolución, y comenzó a crecer. Pronto controló prácticamente todo el territorio del estado de Morelos.

El momento álgido llegó cuando en diciembre de 1914 entró en México DF junto a Pancho Villa. La División del Norte y el Ejército Libertador del Sur tomaron la capital y expulsaron a Carranza, que se refugió en Veracruz.

Los dos grandes de la Revolución tenían a México en sus manos, e hicieron algo incomprensible. Los dos ejércitos desfilaron por la capital, se sacaron juntos una fotografía famosa: los dos sentados en la silla presidencial, y luego se marcharon. Villa al norte y Zapata al sur. Dejaron el Gobierno en manos de los “más instruidos”. Pero esta es la mejor muestra de la forma de entender el Estado que tenía Zapata: en su cabeza no había ni cabía un Estado; el concepto de Estado era algo ajeno a él.

La única forma institucional que realmente entendía era el pueblo, el municipio, como unidad autónoma que se regía de forma democrática mediante sus representantes, y tenía “ejido”, tierra comunal. Emiliano Zapata conocía dos modelos de sociedad: la hacienda y el pueblo. Dos modelos enfrentados entre sí. Toda su revolución se basaba en dar poder y tierras a los pueblos y a las comunidades en detrimento de las haciendas. Para él no tenía ningún sentido participar en un Gobierno de México DF, lo único que quería del Gobierno era que respetara y garantizara el reparto de las tierras y los nombramientos populares de los pueblos. Por eso, después de desfilar con sus tropas por la capital, se sacó una foto y volvió a Morelos, su tierra.

Los años gloriosos del zapatismo fueron los de 1913 a 1915. Ya no solo

tomaba los pueblos de forma militar, sino que imponía su Plan de Ayala. Convocaba elecciones para los cargos municipales y repartía las tierras, tal como le dice a Wilson en su carta de agosto de 1914:

Y aleccionada por la experiencia anterior, no esperó ya el triunfo para empezar el reparto de tierras y la expropiación de las grandes haciendas. […] De tal suerte que puede decirse que el pueblo se ha hecho justicia a sí mismo, ya que la legislación no lo favorece y toda vez que la Constitución vigente es más bien un estorbo que una defensa o una garantía para el pueblo trabajador, y sobre todo, para el pueblo campesino.

Pero Carranza fue recuperando poco a poco todo el territorio de México, de estado en estado, primero con la derrota de Pancho Villa en el norte. Ya solo le falta el estado de Morelos.

Para los años 1918 y 1919, Morelos era un estado devastado por casi diez años de guerra. La población comenzó a resistirse a Zapata porque ya no quedaba comida para nadie, no podían abastecer a tropas zapatistas. Y Zapata intentó desesperadamente buscar nuevos aliados.

HICIERON UN DESIERTO Y LE LLAMARON PAZ

En 1919 Morelos llevaba ya nueve años de guerra. Era un estado devastado en el que reinaba el hambre: la mayoría de haciendas estaban destrozadas y disminuyó de forma drástica la producción de alimentos. Las atrocidades de todo tipo se sucedían sin solución. Las batallas, las masacres y enfermedades habían reducido la población a la mitad.

Lo único que preocupaba a los habitantes de los pueblos era la supervivencia. Ya no podían ayudar a Zapata. Comenzaron a organizar grupos de “voluntarios” para hacer frente a las requisas de los zapatistas. La intención no era la de traicionar a Zapata, pero morían de hambre y solo querían que terminara de una vez la guerra.

Emiliano Zapata intentó buscar nuevos aliados para poder aguantar.

A mediados de marzo de 1919, un fotógrafo ambulante llegó al campamento de los zapatistas. Era un agente doble, se ofrecía a transmitir mensajes entre los zapatistas, pero a la vez, pasaba información a los federales. Al llegar al campamento, dijo que el coronel Guajardo tenía problemas con el general Pablo González, jefe de las tropas federales en

Morelos. Emiliano Zapata pensó que tal vez, para huir de la ira de su general, Guajardo se podría unir a los zapatistas. El día 21 de marzo de 1919 le escribió una carta invitándole a incorporarse a sus tropas.

Entregó la carta al fotógrafo para que se la llevara al coronel Guajardo, pero este se presentó ante el gobernador y le dijo: "Señor gobernador, tengo una carta de Zapata para el coronel Guajardo". El gobernador abrió de inmediato la carta y al ver su contenido se dirigió al general Pablo González, jefe del coronel. Y así es como comienza a urdirse la traición para asesinar a Emiliano Zapata, el general del Ejército Libertador del Sur.

El coronel Guajardo no tenía ni idea de la carta cuando fue llamado por el general. Acudió a la cita nervioso, pensando que le iba a imponer un castigo. Nada más sentarse, el general le espetó: "Señor Coronel, no sabía yo que usted anduviera en tratos con Zapata". Y entonces el coronel se asustó de verdad, era una acusación de traición, y negó de forma vehemente cualquier relación con Zapata. El general, enseñándole la carta, le dijo: "Pues no es eso lo que dice este papel".

Después de unos momentos de tensión, el general tranquiliza a su subordinado y le ordena seguir el juego a Emiliano Zapata para hacerlo caer en una trampa. Y aquí empieza una relación postal con la que los dos, Zapata y Guajardo, se van acercando. Pero son movimientos precavidos, tanteando la veracidad de las posiciones. Guajardo le regala un caballo con un mensajero. Zapata quiere poner a prueba su sinceridad y le ordena atacar Jonacatepec. Inmediatamente, Guajardo se lo comunica al general y este busca la solución: "Tú vete y ataca Jonacatepec, yo avisaré a los federales que se encuentren que no ofrezcan resistencia, y después de un tiroteo que se retiren en desbandada".

El coronel Guajardo ataca Jonacatepec y lo conquista con facilidad, aunque pierde dos hombres en el tiroteo. Para reforzar su posición ante Zapata, el coronel ordena fusilar a 59 soldados que antes habían luchado del lado de la Revolución y ahora militaban con los federales. Este hecho convence a Zapata de que Guajardo se ha pasado a la Revolución, por lo que le asciende a general y le ordena que se retire a la hacienda de Chinameca.

Guajardo llega a las puertas de Chinameca a las 6:30 de la mañana del

día 10 de abril de 1919, y prepara la emboscada. Ordena que sus soldados tomen posiciones fuera de la hacienda, él se queda dentro. Manda un mensajero invitando a Zapata a comer. Este al principio se resiste, pero al final acepta. Toma diez hombres de escolta y va hacia su muerte.

Guajardo ha preparado una guardia de honor y una pequeña banda militar para recibir al general. Cuando Zapata se acerca a la entrada de la hacienda de Chinameca, la guardia está formada y la banda comienza a tocar la llamada de honor. Zapata va a caballo, le siguen sus diez escoltas. De repente, antes de finalizar la llamada de honor, un corneta toca a fuego. El primero en disparar es el soldado que está presentando arma. Comienza el tiroteo. Emiliano Zapata quiere coger su pistola, el caballo intenta huir y al dar la vuelta le tira al suelo. Emiliano Zapata no tiene tiempo para nada, es acribillado a balazos.

Dos horas más tarde, a las 4, amarran el cadáver del general a una mula y Guajardo se dirige a Cuautla, donde llega a las 9.

Al conocerse la noticia, campesinos de los pueblos cercanos vienen a Cuautla para cerciorarse de la muerte de Zapata. El sábado, día 12, se inicia un cortejo desde el ayuntamiento al cementerio, una muchedumbre silenciosa y triste camina detrás del ataúd. Nada más enterrar su cadáver nace el mito de Emiliano Zapata, muchos siguen sin creer en su muerte y dicen que ha huido al extranjero.

Muere Zapata pero se asienta su mito; Emiliano Zapata murió sin traicionar la caja de los papeles que le entregaron los viejos de Anenecuilco. En adelante, la revolución agraria se llamará para siempre Revolución de Emiliano Zapata.

En 1974 aún vivían tres de los zapatistas que firmaron el Plan de Ayala. Un periodista los entrevistó y preguntó a Agustín Ortíz, que ya pasaba de los ochenta años: “¿Qué hicieron cuando se enteraron de la muerte de Zapata?”. “Se nos cayeron las alas del corazón”, contestó él.

JAURÈS: APÓSTOL DE LA PAZ, DEFENSOR DE LOS OBREROS

Gastados estaban a los quince años
Y ya acabados al empezar
Los doce meses se llamaban diciembre
Qué vida tuvieron nuestros abuelos
Entre la absenta y la Misa mayor
Eran ya viejos antes de ser
Quince horas al día el cuerpo amarrado
Dejan en la cara un tinte de cenizas
Sí nuestro Señor, sí nuestro buen Maestro
¿Por qué mataron a Jaurès?
¿Por qué mataron a Jaurès?

JACQUES BREL

EL LOCO DEL PUERTO

En el cementerio norte de Reims hay una tumba con el nombre de Raoul Villain, pero está vacía. Sus familiares organizaron una misa funeral en su memoria, aunque no pudieron conseguir que su cuerpo descansara en el panteón familiar. Sus restos descansan lejos de allí, en la pequeña cala de Sant Vicent, en Ibiza.

Al atardecer del día 13 de septiembre de 1936, Raoul —o Alex, como se hacía llamar, o el Loco del Puerto, como le llamaban los lugareños— estaba paseando por la playa que había frente a su casa. Miró al mar y vio que un pequeño barco, el Virgen del Carmen, se acercaba a la cala próxima. Continuó con su paseo, pero se sorprendió cuando el barco enfiló directamente a la playa, casi con riesgo de encallar en la arena. Uno de los que estaban a bordo le preguntó en francés: "¿Eres tú el francés de esta cala?". Él, de forma automática, contestó "*Oui*", y en ese instante supo que la venganza de la que llevaba huyendo veintidós años le había alcanzado. Intentó escapar, pero dos disparos le dieron de lleno. Raoul solo consiguió dar algunos pasos tambaleantes y cayó a la arena. El barco dio la vuelta y, adentrándose en el mar, desapareció detrás de las rocas.

Los lugareños recogieron al herido y lo llevaron a su casa, situada a pocos metros. Estuvo dos días agonizando, hasta que murió. Luego le dieron sepultura en el pequeño cementerio, en una tumba sin nombre, porque ni siquiera sabían cómo se llamaba.

Villain, el Loco del Puerto, había llegado a la cala de Sant Vicent cuatro años antes, en 1932, solo con una mula y poca impedimenta. En aquella época, la cala de Sant Vicent era un pequeño puerto de pescadores. No tenía acceso por carretera, estaba totalmente aislada por tierra, y los pocos pescadores solo podían entrar o salir por el mar.

Ya entonces Ibiza era refugio de artistas y de gente poco convencional. Al otro lado de la isla llegó el mismo año, Walter Benjamin. En esa zona vivían también Paul René Gauguin (nieto del famoso pintor) y Laureano Barrau (el pintor impresionista). Ambos trabaron amistad con el francés y le ayudaron a construir una pequeña casa con dos torres, que aún se mantiene en pie.

Los lugareños le apodaron el Loco del Puerto porque era aún más raro que los artistas que frecuentaban la zona: se pasaba horas paseando por la cala cantando a voz en grito canciones francesas, con especial afición por *Frère Jaques*.

Aquel era el refugio perfecto para huir de su pasado, un sitio aislado y con acceso solo por el mar. Desde su casa, Villain siempre podía ver a cualquiera que intentara llegar a la cala. Y efectivamente, su muerte vino por mar el 13 de septiembre de 1936. ¿Pero quién era en realidad el Loco del Puerto? ¿De qué huía?

Tiempo después, Paul René Gauguin visitó el museo de Jaurès, en Castres (Francia). De repente, al ver una fotografía, se quedó de piedra, cerró los ojos y los volvió a abrir mientras gritaba: “Dios mío, Dios mío, no puede ser, no puede ser”. La foto que estaba viendo era la del Loco del Puerto, pero debajo ponía que aquel hombre se llamaba Raoul Villain y que era el asesino de Jean Jaurès.

Raoul Villain nació el 19 de septiembre de 1885 en Reims. Era hijo de Louis Marie Gustave Villain, registrador jefe del Tribunal Civil de Reims, y de Louis Marie Gustave Villain, que fue internada por alienación mental cuando su hijo tenía tan solo 2 años.

Raoul llevó una vida acorde con el estatus de su padre. Comenzó sus estudios en los jesuitas. Durante 1912 y 1913 hizo dos viajes, el primero a Inglaterra y el segundo a Grecia. Este último año volvió a París y se inscribió en la Escuela del Louvre para estudiar arqueología. Según el

informe policial, su padre lo tildaba con tristeza de inestable, exaltado y sujeto a misticismos religiosos.

Se hizo miembro de Le Sillon, un movimiento socialcristiano fundado por Marc Sangnier. El centro del activismo de este grupo estaba en el Colegio Stanislas, del que también fue alumno. Más tarde se afilió al grupo nacionalista Liga de Jóvenes Amigos de Alsacia-Lorena. A partir de ahí, se fue radicalizando su nacionalismo y aumentó su aversión a los pacifistas.

El 24 de julio de 1914, delante de la tumba de su abuela, recién enterrada, manifestó: "Hay gente que hace el juego a Alemania. Merecen la muerte". Muy poco tiempo después, cumplió su amenaza asesinando a la persona que más esfuerzos había hecho para evitar la Primera Guerra Mundial, Jean Jaurès.

Inmediatamente después del asesinato, Villain fue detenido y llevado a prisión. De esta forma, el gran defensor de la guerra contra Alemania no pisó nunca el frente, ya que mientras duró la guerra y millones de soldados murieron en las trincheras, él vivió tranquilo en la cárcel, primero en La Santé y luego en Fresnes.

Nunca mostró el más mínimo arrepentimiento o duda sobre el asesinato. El 10 de agosto de 1914 escribía desde La Santé a su hermano: "Yo he abatido al portaestandarte, el gran traidor de la época de la 'Ley de los tres años', la gran voz que cubría los llamamientos de Alsacia-Lorena. Yo lo he castigado. Es el símbolo de la nueva era para los franceses y los extranjeros"[2].

El proceso de Villain no comienza hasta cinco años más tarde, el 24 de marzo de 1919, cuando Francia está inmersa en una euforia nacionalista provocada por la victoria en la recién terminada guerra. Duró cinco días, del 24 al 29, y desfilaron diferentes testigos, pero no con el objetivo de demostrar que Raoul Villain hubiera asesinado a Jaurès, ya que lo habían detenido *in fraganti* y él nunca negó los hechos.

Uno de los dos abogados defensores de Villain es Alexandre Zévaes, exdiputado socialista que en 1941 apoyó el colaboracionismo con los nazis, y de forma mezquina utilizó la posición de reconciliación franco-alemana que Jaurès defendió en la cuestión de Alsacia y Lorena para justificar su propio colaboracionismo con la Alemania nazi. Su alegato final, que duró

aproximadamente una hora, es sorprendente: obviamente reconoce la autoría del asesino, pero convierte su alegato no en defensa de Villain, sino en una acusación a Jaurès y, de paso, también a los socialistas que defendieron la no intervención armada. Cita a Émile Cottin, condenado a muerte cinco días antes por el intento de asesinato a Clemenceau. Dice que Cottin era plenamente consciente de sus actos, mientras que Villain asesinó a Jaurès forzado por la situación política[3]. El abogado solo utiliza un párrafo final para pedir la absolución como amnistía de todos los crímenes cometidos antes de la guerra.

El jurado tardó media hora en decidir el veredicto de absolución, de los doce jurados solo uno se opuso y votó en contra. Y al leer esto uno se acuerda de una frase de Mazzoni, de "La columna infame", en la que dice que en los peores momentos en los que una sociedad entera pierde la cabeza, siempre hay una pequeña minoría que defiende la verdad. Esta pequeña minoría que no renunció a la verdad fue este jurado que se negó a absolver a un asesino.

Conocida la sentencia, el presidente del tribunal afirmó que: "Si hubiera ganado Jaurès, Francia habría perdido la guerra". Pero, además de absolver al asesino, el tribunal tuvo otro gesto de iniquidad condenando a pagar las costas del juicio a la viuda de Jaurès.

La repulsa más firme contra esta sentencia fue la de Leon Blum, que escribió: "Trabajadores, Jaurès ha vivido por vosotros, él ha muerto por vosotros. Un veredicto monstruoso proclama que su asesinato no es un crimen. Este veredicto os pone fuera de la ley, a vosotros y a todos los que luchan por la causa de los trabajadores".

A partir de ese día Villain se ve forzado a comenzar una vida errante huyendo de la furia de los socialistas, cambiando de nombre y de ciudad constantemente, en un peregrinar que le lleva en el año 1932 a la cala de Sant Vicente, en Ibiza. Pero, en su caminar, una sombra tenue, tenaz y silenciosa le seguía los pasos. El 13 de septiembre de 1936, cuando respondió "*Oui*" en la playa, supo de inmediato que la larga sombra de su asesinato le había, por fin, atrapado.

JEAN JAURÈS, *LE NORMALIEN*

Jean Jaurès nace en el año 1859 en Castres, en el Languedoc, en el seno de una familia pequeñoburguesa, esa clase social que nunca abandona del todo la masa popular y vive en el límite, con miedo a bajar un peldaño en la escala social. Su familia no tenía excesivos recursos, y su padre, después de fracasar en los negocios, se dedica a la agricultura. Pero el joven Jean es un niño con aptitudes excepcionales, una inteligencia brillante y una memoria prodigiosa. Como otros niños franceses dotados pero sin recursos, encontró un benefactor y la educación fue su salvación. Este protector fue Félix Deltour, inspector general de Enseñanza, además de fiero conservador monárquico, que recorría las provincias buscando niños brillantes para enviarlos de seminaristas a París. Así conoció al joven Jean en el Liceo de Albi y lo colocó en el Colegio de Sainte Barbe. Cada domingo lo sacaba del internado para pasar el día con él, le tenía especial afecto.

Jaurès fue un alumno sobresaliente, siempre con gran devoción por el estudio y excelente capacidad de oratoria, que recitaba de memoria largos pasajes de autores clásicos o contemporáneos. Terminó su carrera en la prestigiosa École Normal, logrando todos los premios y siendo el número uno de su promoción. Al ser tan divergente en todo, seguramente este premio le produjo una enorme alegría al benefactor. De hecho, el pupilo no se olvidó de él y le dedicó su tesis (igual que Camus no se olvidó de su profesor al recibir el Nobel).

Trabajó en un colegio de Albi, de 1881 a 1883, y luego, de 1883 a 1885, en la Universidad de Toulouse. Este año fue elegido diputado por primera vez y en la constitución de la Cámara se sentó en la mesa por ser el más joven de todos.

Y aquí empieza la carrera política de Jaurès, carrera que nunca abandona. Su inicio fue más bien humilde, con un discurso sobre la enseñanza que Figaró tacha de inmaduro, a pesar de ser un "*normalien*". Pero era ya un joven diputado en el que el Partido Republicano había puesto muchas esperanzas y no se equivocaban, aunque Jaurès terminó abandonando el Partido para unirse a otros socialistas y fundar el Partido Socialista francés.

Era un militante de la III República, un convencido de que la república podía, por fin, encarnar en un sistema democrático los principios revolucionarios de "libertad, igualdad y fraternidad".

Él concibe la III República como "laica y social". Rappaport, su secretario y primer biógrafo, dice que "pasará a la historia como apóstol del socialismo idealista y humanitario, y, por su gloriosa muerte, como mártir de la paz humana y universal". Hay cuatro *leitmotiv* que guiarán su lucha política: la defensa de la república democrática, la lucha por la justicia social, la laicidad del Estado y la defensa de la paz. Los defenderá permanentemente, a veces con la furia de un huracán.

Jaurès confiaba enormemente en su oratoria, en su capacidad para convencer. Un adversario político le llegó a gritar en una ocasión: "Es usted, usted solo, la mayoría". Por encima de discrepancias, Jean Jaurès se convirtió en la voz de la izquierda en el Parlamento y en toda Francia, era el gran enemigo a batir por la derecha. El mayor periódico burgués de la época, *Les temps*, casi cada día le dedicaba un artículo en contra, y a veces dos.

Jaurès se hizo socialista desde el humanismo y la ética. Es de la saga de los socialistas que llegaron al socialismo sin pasar por Marx. Por ello, defendió durante toda su vida la república democrática. En su tesis juvenil sobre los orígenes del socialismo alemán, cuando aún no era socialista, habla del socialismo de Lutero, del "socialismo moral". Entender el socialismo como algo moral es la característica de su pensamiento. Lo que le atrajo de él no fueron las teorías revolucionarias, sino la capacidad de sufrir el dolor ajeno. Lo que hace de Jaurès un gran defensor de los socialistas es la injusticia social que existe a la vista de todos, de forma descarnada.

La huelga minera de Carmaux marcó su claro compromiso con los socialistas, a los que se unió, como siempre hacía, con determinación y fuerza.

LA HUELGA DE LOS MINEROS DE CARMAUX: JEAN JAURÈS SE HACE SOCIALISTA

El joven Jaurès fue elegido diputado por el distrito de Tarn, en el año 1885. Siendo diputado apoyó con decisión las leyes progresistas de la III República (la libertad sindical, seguros obreros, etc.). En esa época, la III República era para Jaurès la oportunidad de construir un nuevo estado con el espíritu de la Revolución de 1789. Pero en las siguientes elecciones, en 1889, el marqués de Solages, presidente de las minas de Carmaux, le ganó el escaño y Jaurès volvió a la universidad.

No participa en la política pública, pero su apoyo a la III República se está convirtiendo en crítica: dirá que la III República está aprobando leyes contra sí misma, contra el espíritu fundacional. Es cierto que Francia, igual que toda Europa, está soportando una oleada de terrorismo anarquista. De hecho, en la siguiente huelga minera de Carmaux, en 1896, Émile Henry, un anarquista disfrazado de funcionario de correos, hizo explotar una bomba en las oficinas de la mina con la que mató a cinco personas.

Pero seguramente, lo que menos podía soportar Jaurès era ver que la República y el país estaban siendo saqueados por una alianza entre grandes industriales, especuladores y banqueros, que se hicieron con el poder político.

En 1894, con ocasión de la defensa del periodista Gérault-Richard, del periódico socialista *Le Chambard*, acusado de injurias a Casimir-Perier, entonces presidente del Consejo de Ministros, Jaurès hace una durísima crítica a esta oligarquía burguesa. Afirma entonces que la burguesía solo ha pretendido con la república abolir la nobleza para poder sustituirla. En un momento de su intervención el presidente del tribunal le corta y le dice: “Usted ha ido demasiado lejos, ha comparado la casa del presidente con un burdel”. A lo que Jaurès responde: “No señoría, yo no los he comparado, la casa del presidente me parece peor”. Este es un discurso del 1894, pero ya dos años antes estaban maduras estas ideas en Jaurès. Y, entonces, surge la huelga de los mineros de Carmaux.

Carmaux era, en aquella época, una población con unos 10.000 habitantes, que tenía dos industrias, la minera y la del vidrio, que pertenecían al mismo entramado empresarial que presidía el marqués de Solages. En las minas trabajaban 2.973 obreros y se extraían 387.945 toneladas de carbón al año.

La primera huelga de importancia se produce en el año 1869. Jean Baptiste Calvignac, que tenía entonces 15 años, cuenta en sus memorias que vivió esta huelga en primera persona y que en ese año comenzó el nuevo Carmaux, un nuevo Carmaux en el que los obreros mineros tenían presencia en la vida pública. Añade, además, que desde muy joven era aficionado a la política, y, de hecho, participó en todas las iniciativas. En 1882 se funda El Círculo de los Trabajadores, que organiza una huelga al año siguiente con poco éxito.

El 1 de mayo de 1891, Calvignac era ya secretario de la Cámara Sindical y organizador del paro. A partir de esa fecha será siempre el dirigente obrero de Carmaux. Se presenta a las elecciones municipales del año 1892 y es elegido alcalde. Era trabajador de las minas y decide seguir trabajando, así que coge dos días libres a la semana para sus tareas de alcalde.

La dirección de la mina no puede soportar que un obrero suyo sea, a la vez, alcalde del pueblo, por lo que el director, Humboldt, le conmina a elegir entre seguir como trabajador o ser alcalde. Calvignac se niega y el 2 de agosto lo despiden aduciendo absentismo laboral.

El domingo siguiente Calvignac convoca la Asamblea General de la Cámara Sindical, y los obreros deciden mandar una comisión para solicitar su readmisión. Ni siquiera son recibidos, pero, tras regresar a la Asamblea General, hablan y deciden volver. Esta vez la comisión se dirige a la casa del director, seguidos de todos los obreros, como manifestación de fuerza. Tampoco son recibidos y la turba asalta su casa. Cavignac cuenta que tuvo que defender la vida de Humboldt con su propio cuerpo y su autoridad como alcalde. Así comienza una huelga que durará más de tres meses. Los mineros no la plantean como algo sindical, sino como la defensa de los derechos políticos de representación de la clase obrera.

Y es aquí cuando Jean Jaurès toma partido a su favor con artículos en *La Depeche*, de Toulouse, y da un paso definitivo hacia el socialismo. Desde entonces hasta su muerte, será siempre el defensor de los obreros.

Al final los huelguistas ganan, el Gobierno les da la razón: Calvignac debe ser readmitido en la empresa y esta ha de concederle licencia para seguir con sus tareas de alcalde. Es la primera vez que se reconoce de

manera formal este derecho, tan usual hoy: ninguna empresa puede despedir a un trabajador por ejercer un cargo público.

Como consecuencia de la derrota, el marqués de Salges dimite de su cargo de diputado y se convocan elecciones para sustituirlo. Los obreros de Carmaux y Albi le ofrecen a Jaurès ser su candidato. Así es como ocupa el escaño del candidato que le había derrotado tres años antes. Pero esta vez vuelve al Parlamento como portavoz de los obreros socialistas.

EL APÓSTOL DE PAZ

El siglo XX europeo, más en concreto su primera mitad, fue terrible, de una violencia inimaginable. Hay tres palabras asesinas que dejaron los campos y las ciudades europeas cubiertos de cadáveres: nacionalismo, nazismo y comunismo.

Jean Jaurès no llegó a verlo, pero lo intuía. En el discurso, que no pudo leer en Berlín porque le prohibieron la entrada en el Reich, y que posteriormente publicó en su periódico *L'Humanité*, el 9 de julio de 1905, afirmaba: "Una guerra europea puede provocar una revolución, y las clases dirigentes debieran pensar en ello, pero puede surgir, también, un largo periodo de crisis contrarrevolucionarias, de reacción furiosa, de nacionalismo exasperado, de dictaduras sofocantes, una larga cadena de violencias retrógradas y odios bajos, represalias y servidumbre, y nosotros, los socialistas, no queremos jugar a este juego bárbaro del azar". Aunque lo predijo, no podía imaginar que pasaría todo a la vez.

Analizando el pasado, nos cuesta entender que el asesinato del archiduque en Sarajevo pudiera provocar, de inmediato, una guerra tan devastadora. Al fin y al cabo, durante las últimas décadas del XIX y las primeras del XX, la violencia revolucionaria de los anarquistas provocó multitud de magnicidios; solo en España asesinaron a dos presidentes (Cánovas del Castillo y José Canalejas) y a un presidente del Consejo de Ministros (Dato). Asimismo, el rey Alfonso XII sufrió dos atentados, en Francia Auguste Vaillant lanzó una bomba en el Parlamento y un gran número de gobernantes europeos padecieron ataques semejantes.

La Primera Guerra Mundial, esa que Jaurès trató por todos los medios

de impedir, fue una contienda largamente esperada. No en vano, la época que va desde el año 1871, la guerra que terminó con la invasión de Francia por Alemania, hasta la Primera Guerra Mundial se llama “la paz armada”. La Primera Guerra Mundial fue mil veces anunciada y preparada con esfuerzo por una gran parte de las naciones europeas.

Los socialistas fueron, en principio, siempre defensores de la paz y condenaban la guerra; en el Congreso de Stuttgart, en 1905, aprobaron una declaración firme contra la guerra, pero sería la última vez que se alcanzaría un consenso tan unánime. A partir de esta fecha, las divisiones se harían más palpables, hasta la última reunión el día 28 de julio de 1914, en Bruselas. No pudo ser, la convocatoria de una huelga general contra la guerra no salió adelante.

En esta reunión de Bruselas dio su último discurso Jaurès, incluso sobreactuó manifestando que el Gobierno de Francia apostaba por la paz, para convencer al resto de delegados: “Para nosotros, los socialistas franceses, el deber es simple. No tenemos que imponer a nuestro Gobierno una política de paz: ya lo practica. Yo, que nunca he evitado asumir sobre mi persona el odio de nuestros chovinistas por mi voluntad obstinada, y que nunca flaqueará, sobre el acercamiento franco-alemán, tengo el derecho de decir que el Gobierno francés quiere la paz”. Jaurès seguía defendiendo los principios de Stuttgart, pensaba que el capitalismo tenía fuerzas internas violentamente enfrentadas que conducían, necesariamente, a la guerra, y que esta era otra forma de explotación obrera. Dice su secretario Rappaport que Jaurès recibió una gran ovación, pero no fue suficiente.

La larga propaganda a favor de la guerra de los diferentes gobiernos terminó por conquistar la voluntad de la inmensa mayoría, esa mayoría que participó en La Unión Sagrada, abonada por nacionalismo y la necesidad de venganza por las derrotas anteriores.

Comenzó la guerra y no hubo huelga general. Poco después, el poderoso Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) votaba en el Reichstag a favor de los créditos de guerra; solo un parlamentario, Karl Liebknecht, votó en contra. El internacionalismo socialista estaba totalmente derrotado.

Pero Jaurès nunca se rindió. Al día siguiente de su discurso, el 29 de julio, volvió a París para seguir defendiendo, incansable, la paz frente al

Gobierno. El primer ministro le llegó a decir: “Señor Jaurès, si usted sigue defendiendo la paz le van a matar en cualquier esquina”. La voluntad de Jaurès no flaqueó, como decía en su discurso, pero un chovinista fanático, llamado Raoul Villain, le estaba esperando para asesinarle.

DOS DÍAS, DOS VIDAS

VILLAIN	JAURÈS
Mañana del día 30 **Villain había llegado a París la víspera, en tren desde Reims. Cogió el autobús y fue a la calle La Tour, donde vivía Jaurès, pero no lo encontró ese día (Jaurès estaba en Bruselas).** **A primera hora del día 30 sale de su hotel y se dirige a casa de un señor que en el pasado le había prestado un arma. Pero este tampoco está y decide, con su revólver en el bolsillo, ir a comer a un restaurante del Boulevard Montparnasse.**	**Mañana del día 30** **Jaurès acaba de llegar de Bruselas y se dirige de inmediato a la Cámara, casi desierta. Lleva consigo el artículo que su periódico L’Humanité publicará precisamente el día de su asesinato: “El peligro es grande, pero no es invencible si nosotros mantenemos la claridad de espíritu, la firmeza de la voluntad, si nosotros sabemos tener, a la vez, el heroísmo de la paciencia y el heroísmo de los hechos. La guía del deber nos dará la fuerza necesaria para cumplirlo”.**
Tarde del día 30 **Después de comer pasa por delante del periódico socialista Le Matin y ve una protesta contra la guerra. De nuevo se enfurece y se reafirma en la idea de asesinar a Jaurès.** **Va hacia la calle Montmartre, 142, sede de L’Humanité. Da largos paseos por la zona y sobre las 10 de la noche ve un grupo de personas. No está seguro y pregunta a un obrero, que está delante de la sede del periódico, quién es Jaurès. Luego dirá que pensaba que Jaurès era más viejo.** **Ya sabiendo quién es, le sigue hasta que el grupo entra en el Café Croissant. Se queda un rato mirando por la ventana de la calle Montmartre, mientras Jaurès toma un café. Tiene el revólver en el bolsillo, pero esa noche no se atreve. Da la vuelta y se va a su hotel en la calle d’Assas, 44.**	**Tarde del día 30** **Este día es frenético para Jaurès, él sabe que las horas están contadas. Intenta una y otra vez frenar la guerra. Hubo un tiempo en el que creía que sí, que era posible, pero ahora su posición es más de testimonio de la paz, de defensa desesperada de la paz.** **“Atila está al borde del abismo, pero su caballo tropieza y duda todavía”, dirá.** **El primer ministro Viviani le pregunta cuál es la posición de su partido. “Nosotros defendemos la paz”, contesta.** **Sabe que está condenado a la derrota, pero eso le da más fuerzas para seguir luchando. Es el apóstol que se sabe derrotado, pero sabe con mayor certidumbre que tiene razón, que no puede callar su verdad. Intenta hablar con todos, convencer a todos del abismo que se abre ante Europa: una masacre anunciada por músicas nacionalistas de todos los estados europeos.**
Mañana del día 31 **Sale del hotel y se dirige a un banco a sacar billetes de veinte y cincuenta francos. De allí va a un armero y compra un segundo revólver.** **Come en el mismo restaurante que la víspera y se dirige a su hotel, donde se tumba en la cama y descansa hasta las 4 de la tarde.**	**Mañana del día 31** **Un amigo muy querido le llama por teléfono y le pregunta si puede ir a visitarlo porque está muy preocupado. Es Lévy Bruhl, “normalien” como él, con el que mantiene una relación muy estrecha. Está muy alterado por las noticias de la guerra y quiere oír su opinión. Están unas dos horas hablando, y a las 11 Jaurès se va al Parlamento.**
Tarde del día 31	**Tarde del día 31**

VILLAIN	JAURÈS
A las 4 de la tarde abandona su hotel, al que ya no volverá más. **Al pasar por delante de Luxemburgo, escucha música y entra al jardín para oír el concierto. Encuentra a su amigo Renard.** **Después se dirige a visitar a la señora Pélerin, abuela de un amigo, para despedirse. Él afirma que fue por si tenía que ir a la guerra.** **Aunque es inusual en él, decide cenar en un restaurante caro, el Poccardi, cerca de la Ópera Cómica. La cena le cuesta siete francos.** **Escribe dos cartas, una a su hermano y otra a un amigo de Bar-le-Duc.** **Se acerca a L'Humanité y pregunta a un conserje por Jaurés y este le responde que aún no ha llegado. Son alrededor de las 9:30 de la noche.**	**Jaurès llega a L'Humanité un poco antes de las 8 de la tarde. Viene del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se ha reunido con el primer ministro René Viviani. Le acompañan Renaudel y Longuet.** **En el periódico charla un rato con el administrador. Comenta sus reuniones del día con sus colaboradores, y discuten a dónde ir a cenar. Lo normal es ir al Qoc D'Or, pero Jaurès no ha tenido tiempo para comer y además tiene prisa, así que decide ir al Croissant: "Está más cerca", concluye. El grupo sale del periódico y va al Croissant.** **Jaurès se sienta en una banqueta que está junto a la ventana, a su derecha está Landrieu, a su izquierda Renaudel y Louis Dubreuilh en frente, en una silla.** **Así, Jaurès está sentado de espaldas a la ventana y su cabeza queda a unos cincuenta centímetros de la calle.**
Los últimos diez minutos **Se aleja, y cuando pasa por delante del café Croissant ve a Jaurès con unos amigos. Se para un momento, observa. Después comienza a caminar con pasos rápido y paradas repentinas, ida y vuelta por la acera.** **La señora Maurice Bertre ha ido al Coq D'Or buscando a su marido, pues allí normalmente cenan los de L'Humanité, y ahora se acerca al Croissant. Cuando llega ve un hombre paseando de un lado a otro, frente a la ventana. De repente, con gesto brusco, este retira la cortina con la mano izquierda y dispara a quemarropa dos tiros.** **A continuación intenta huir, pero los amigos de Jaurès le persiguen y es rodeado.** **Al principio les encañona con el arma, pero finalmente la tira al suelo. Un policía que estaba allí, el señor Gaubert, lo detiene.** **Villain, impasible, les dice: "Tened cuidado, tengo un segundo revólver en mi bolsillo".** **El policía se lo quita.** **Poisson se acerca y le pregunta: "¿Por qué has matado a Jaurés?".**	**Los últimos diez minutos** **A lo largo de la cena se han incorporado nuevos acompañes, pero todos están ya terminando. Jaurès tiene un melocotón en la mano cuando se acerca Dolié, del Bonette Rouge, con una fotografía en la mano: "Mirad, esta es la foto de mi hija pequeña". Jaurès le pregunta: "¿La puedo ver?", mira un rato y luego devuelve la foto. En seguida la cortina se mueve de forma violenta y suenan dos disparos a quemarropa. Jaurès cae pesadamente hacia el lado izquierdo, su mano derecha suelta el melocotón, que cae al suelo.** **"Han matado a Jaurès", grita la señora Poisson. Su marido y otros persiguen al asesino.** **Mientras a Jaurès le ponen en una mesa de mármol, un farmacéutico que se encuentra en el restaurante se acerca y le toma el pulso: aún late débilmente su corazón. Uno de los comensales intenta taponar la herida con un pañuelo.** **Piden a gritos un médico, hay uno en la cercanía y acude. Le examina, mira la herida en su cabeza, un orificio por donde sale un hilo de sangre y algo de masa blanquecina. Dice que ya no hay nada que hacer. Todos rodean en silencio al médico y al moribundo. Al momento, el médico anuncia: "Jaurès ha muerto".**

Ya hay mucha gente en torno al restaurante. El capitán H. Gerad, que está por la zona, también se acerca. Va vestido con su uniforme oficial, con todas las medallas y la pistola colgada en el cinto. Todos le dejan pasar, y llega a la mesa de mármol donde yace, ya muerto, Jaurès. Sin decir palabra, se arranca de su propio pecho la medalla de la Legión de Honor y con enorme reverencia se la coloca en el pecho al difunto, después retrocede dos

pasos y se mantiene en posición de respeto.

Al día siguiente, *L'Humanité*, el periódico que él había fundado y que durante años llevó su voz a toda Europa, publica en un artículo: "Jaurès ha muerto y la movilización general ha sido decretada. Jaurès se ha ido, viene la guerra".

ERNEST Y ANNA ESTÁN ENFERMOS

"Ernest y Anna enfermos. Aplazar la operación". Es el texto de un enigmático telegrama que la noche del 11 al 12 de febrero de 1934 remitió Otto Bauer, de la dirección del Partido Socialista de Austria, a Richard Bernaschek, secretario del Partido y comandante de la Liga de Defensa de la República de Linz. Era la respuesta a una carta que, la mañana del 11, el jefe de Linz envió a Otto Bauer a Viena:

Hoy tuve una reunión con cinco camaradas fieles y leales, y hemos tomado una decisión, después de cuidadosas deliberaciones, que es irrevocable […]. Para poner en práctica esta decisión, hoy por la tarde y por la noche cogeremos todas las armas que tenemos y las pondremos a disposición de los trabajadores que deseen luchar y defenderse. Si mañana lunes comienza la confiscación de armas o encarcelan a cualquier militante del Partido o del CRD (La Liga de Defensa de la República), nos resistiremos y consecuentemente comenzaremos a atacar. Esta decisión es irrevocable. Exigimos que cuando llamemos a Viena diciendo: "La confiscación ha comenzado, no vamos a aceptar la prisión", usted dé la señal a los trabajadores vieneses y a los del resto de Austria para que vayan a huelga. No consentiremos otra retirada […]. Si el movimiento obrero vienés no nos echa una mano, entonces vergüenza y deshonra para ellos […]. Saludos solidarios, R. B.

A una funcionaria de telégrafos le pareció sospechoso el texto del telegrama y lo entregó a la policía. A las 7 de la mañana del día 12 la policía entró en la casa de Richard Bernaschek, lo detuvo y encontró una copia de la carta.

A la vez, la policía se dirigió a la sede del Partido Socialista para requisar las armas que tuvieran. Dentro había unos cuarenta miembros de las milicias socialistas que se opusieron al registro y llamaron a Viena: "La confiscación ha comenzado, no vamos a aceptar la prisión".

Así dio inicio la guerra civil de Austria, que terminaría con los restos de democracia e instauraría una dictadura definitiva. Pero, sobre todo, la

derecha fascista consiguió su pieza más preciada: puso fin a Viena la Roja, un símbolo de gestión municipal socialista.

LAS MILICIAS ARMADAS

Durante el periodo de entreguerras (1918-1939) se crearon, por toda Europa, organizaciones políticas con centenares de miles de personas armadas, al margen de Ejército y de la policía legal. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, millones de exsoldados volvían a su casa con el fusil al hombro, sin trabajo. Estos fueron la cantera de la que surgieron los voluntarios. En Italia fueron los camisas pardas de Mussolini, en Alemania los *freikorps* derechistas.

El fin de la Primera Guerra Mundial no trajo la paz, sino una gran violencia interna que se extendió por las sociedades derrotadas, especialmente por Centroeuropa. Los Acuerdos de Versalles impusieron a los perdedores la reducción drástica de sus ejércitos. Había un ambiente de inestabilidad, con enorme paro y vientos de revolución: en 1917, la Revolución bolchevique en Rusia; el levantamiento espartaquista, en enero de 1919, en Berlín; la proclamación de la República soviética en Hungría, en marzo del 1919.

En este estado de inestabilidad y violencia, la derecha empezó muy pronto a financiar a grupos parapoliciales con un fuerte contenido anticomunista. Esos grupos se caracterizaron por una violencia extrema, y fueron claves para acallar a sangre y fuego los intentos revolucionarios en Alemania y Hungría.

En Austria, al finalizar la guerra, hubo un acuerdo general entre socialcristianos y socialdemócratas para esconder grandes cantidades de material de guerra, para no tener que entregarlos a la Comisión de Desarme de los aliados.

Muy pronto la aristocracia austriaca, junto a la banca y la industria, comenzó a financiar el Heimwehr, el cuerpo nacionalista y anticomunista. Los socialdemócratas austríacos siempre habían tenido unos servicios de orden para defender las manifestaciones y sus locales frente a los ataques de la derecha. Estos fueron creciendo en intensidad desde 1919 a 1923. Por

ello, el 12 de abril de 1923 se creó el Republikanischer Schutzbund ('Liga para de Defensa de la República'), que tenía una organización militar y era adiestrada por oficiales socialdemócratas que habían participado en la Primera Guerra Mundial. Esta organización llegó a tener 80.000 voluntarios en sus filas, frente a algo más de 20.000 que tenía el Ejército oficial.

La filosofía de las milicias armadas socialistas siempre fue de autodefensa. Se negaron sistemáticamente a utilizar la milicia para tomar el poder. Solo la querían para defender la República democrática. Una filosofía duramente criticada por los comunistas. Trotsky decía: "No hay nada más insensato que la política defensiva de Otto Bauer".

Esta extrema moderación —cobardía dirían los críticos a su izquierda— en el uso de las milicias armadas se debía a tres terrores profundos de Otto Bauer. El primero era el miedo a una invasión de los aliados. Austria, especialmente vigilada por los aliados, era uno de los nuevos estados que surgieron de la Primera Guerra Mundial. A pesar de que se identifica el Acuerdo de Versalles con el reconocimiento de la autodeterminación, los aliados prohibieron expresamente que Austria pudiera unirse a Alemania. Incluso le obligaron cambiar el nombre: en la República provisional que surge en 1918, con el pacto entre socialcristianos y socialdemócratas, la república se denominó Austria Alemana, y luego pasó a llamarse Austria. Los gobiernos vencedores de los aliados eran anticomunistas y estaban colaborando con los blancos en la guerra civil rusa. Su segundo temor era que la revolución fuera acallada a sangre y fuego, como en Alemania o en Hungría. El tercero era más ético: tenía pavor a una guerra civil. Bauer pensaba que un levantamiento obrero iba a provocar una guerra civil, y su lema era: "No convertir la huelga general en revolución, sino en paz".

Por estas razones, la noche del 11 al 12 de febrero de 1934 mandó un telegrama con el texto: "Ernest y Anna están enfermos".

UNA REPÚBLICA LLENA DE SOBRESALTOS

Para el año 1918, las potencias centrales ya habían perdido la guerra. Toda Europa estaba exhausta después de cuatro años de guerra, pero Centroeuropa especialmente. Se inauguró el año con fuertes protestas en

toda Austria. El deseo de paz y pan era ya imparable.

El 3 de marzo de 1918 se firma la Paz de Brest-Litovsk, que pone fin a la guerra contra Rusia. Pero seguía el frente occidental. La propuesta de catorce puntos que el 8 de enero había hecho el presidente americano Wilson exigía desmantelar el imperio como requisito para la paz.

En el otoño de ese año explotó la situación; hubo huelgas masivas. Unas huelgas que tomaron tintes de revolución bajo el lema: "Convertir inmediatamente la huelga general en revolución, tomar el poder e imponer la paz". Los socialdemócratas intentan por todos los medios controlar las huelgas obreras: "No podíamos permitir que la huelga general se convirtiera en revolución", diría más tarde Otto Bauer. Fuerzan a abdicar al emperador. El 11 de noviembre, el emperador presenta su renuncia, y, al día siguiente, Austria es proclamada República de Austria Alemana.

El socialdemócrata Karl Renner es nombrado presidente, e inmediatamente se forma un Gobierno de coalición con los socialcristianos.

Los socialdemócratas exigen fuertes concesiones y los socialcristianos las aceptan con el objetivo de parar la revolución: ocho horas de jornada laboral, seguro de enfermedad, voto para las mujeres, prohibición del trabajo infantil, derogación de la pena de muerte… Dos años de coalición rojinegra que apaciguaron el país. En 1920 se celebraron las primeras elecciones libres en toda Austria; los socialcristianos sacaron el 41 por ciento de votos, los socialdemócratas el 36 por ciento, los pangermanistas el 13 por ciento y la ultraderecha el 4 por ciento.

Entonces los socialdemócratas rompieron el pacto con los socialcristianos y ya no volverían a pactar con ellos hasta 1945. Los socialcristianos gobernaron en Austria hasta el año 1938, que fue invadida por la Alemania nazi de Hitler.

Ya sin el contrapeso de los socialdemócratas en el Gobierno, los socialcristianos iniciaron una deriva derechista hasta caer abiertamente en el austrofascismo en los años treinta. Las milicias armadas fascistas aumentaron los ataques a los socialistas. Pero 1927 marca un punto de inflexión en cuanto al fin de la democracia en Austria.

En abril hay elecciones generales, las ganan los socialistas con un 41 por ciento, pero el clérigo Dollfuss, que se presenta con los socialcristianos,

pacta con los partidos pangermánico y fascista y logra la presidencia. Dollfuss inicia entonces un camino imparable hacia el austrofascismo, primero acercando sus posiciones a las del vecino del sur, Mussolini, y después dando alas a las milicias fascistas.

En enero de este año, 1927, las milicias fascistas habían asesinado a un inválido y a un niño en el pequeño pueblo de Schattendorf. En julio se celebró el juicio contra los tres acusados, que admitieron haber disparado contra los socialdemócratas. A las 10 de la noche del día 14 de julio se hizo pública la sentencia: los tres acusados quedaron absueltos.

La dirección del Partido no quería aumentar la tensión y no quiso convocar la huelga general, pero no pudo impedir que los obreros actuaran por su cuenta. El día 15 comenzaron los electricistas, que cortaron la luz de la ciudad y de los tranvías. Enormes muchedumbres llegaron al centro. Asaltaron comisarías y prendieron fuego al Palacio de Justicia.

La dirección del Partido Socialista se negó de nuevo a hacer la revolución, utilizó su milicia armada para contener a las masas. La policía federal disparó a la muchedumbre, el resultado fue de 84 civiles y cuatro policías muertos.

Cuenta Elías Canetti que al atardecer vio el cielo rojizo por el incendio y con su bicicleta se acercó, como otros millares. Dice que cerca del Palacio de Justicia había un funcionario desesperado que gritaba: “¡Se queman los expedientes! ¡Se queman todos!”. A lo que Canetti le contestó: “Sería peor que ardieran las personas, ¿no?”.

VIENA LA ROJA

La Viena imperial anterior a la Primera Guerra Mundial era la capital de un imperio de cincuenta millones de personas. En 1890 Viena se convierte en capital de imperio y residencia real, y comienza un crecimiento vertiginoso. Personas de diferentes nacionalidades e idiomas acuden desde todas las partes del imperio, y surge un hervidero de intelectuales, escritores, pensadores, arquitectos. Es la Viena cosmopolita.

Elias Canetti, Sigmund Freud, Robert Musil, Joseph Roth, Stefan Zweig, Ludwig Wittgenstein… La lista es interminable. Una gran parte de

pensadores y escritores europeos vivía en el imperio.

Pero este mundo de funcionarios y artistas amparados por el emperador estaba ya moribundo antes de comenzar la guerra, tal como lo retrata de forma magistral Joseph Roth en *La marcha Radetzky*. Al final de la guerra, quedó convertido en capital de un pequeño estado de algo más de seis millones de habitantes. Viena se convirtió en refugio de los desplazados y de los funcionarios despedidos del imperio.

En 1918 la ciudad tenía 2.200.000 habitantes: un tercio de la población de toda Austria vivía en la capital. Junto al paro y la inflación, Viena tenía un enorme problema de vivienda, la inmensa mayoría de las casas no tenía agua corriente. Las casas para obreros ni siquiera se atrevían a apropiarse del nombre de vivienda y se llamaban *kasernen* (‘cuarteles’): una pequeña entrada con cocina sin ventilación y una pequeña habitación. Eso era todo, sin agua ni electricidad ni, obviamente, baño; habitáculos unidos por pasillos, como túneles mal iluminados y peor ventilados.

Pero vinieron los socialdemócratas y todo cambió. Al proclamarse, la República de Austria esta se organizó como una república federal, y Viena, además de ser un municipio, se convirtió en Estado federal. Al entrar en vigor la constitución el 10 de noviembre de 1920, el Ayuntamiento vienés se transformó en una Administración estatal, con autonomía fiscal y responsable de los servicios públicos.

El primer Gobierno municipal se formó con amplia mayoría socialista, que se mantuvo siempre con un apoyo electoral de en torno al 60 por ciento. En las últimas elecciones libres antes de la Segunda Guerra Mundial, en 1932, obtuvo el 59 por ciento de los votos. Los vieneses siempre fueron fieles a su Ayuntamiento socialista.

En las primeras elecciones de mayo de 1919 es elegido alcalde Jakob Reumann, un socialista que ya tenía recorrido político: había sido miembro del Consejo Municipal en 1900; parlamentario, en 1907, y miembro del Consejo Comunal, en 1917.

Las prioridades absolutas del nuevo alcalde fueron la sanidad y la educación pública, junto a la vivienda. Las primeras medidas consistieron en mantener controlados los precios de los alquileres, prohibir los desahucios y forzar el alquiler de edificios desocupados. Eran medidas de

urgencia, pero insuficientes para resolver el enorme problema de vivienda; hacían falta muchas más casas. Viena tenía enormes edificios imperiales, pero faltaban viviendas.

En 1923, el Ayuntamiento socialista aprueba un plan para construir 25.000 viviendas en cinco años. Y con ese plan se comenzó a construir Viena la Roja y su mito. La ejecución del proyecto planteaba dos problemas fundamentales: la tipología de las viviendas sociales y su financiación. La vivienda para obreros, como se decía entonces, se había convertido en un problema general a partir de mediados del siglo XIX en todos países desarrollados. Todas las grandes ciudades estaban rodeadas de infraviviendas donde malvivían los obreros.

No era una novedad, ya en Exposición Universal de París del año 1867 se presentaron modelos de "viviendas para obreros". Napoleón III hizo un experimento: constituyó una comisión formada por obreros y arquitectos para que diseñaran un modelo de vivienda obrera. Los obreros participaron en el diseño de lo que sería su vivienda piloto. El resultado, que se presentó en la Exposición Universal, fue un pequeño bloque de dos alturas con unos treinta metros cuadrados repartidos en dos habitaciones y una cocina.

Pero los socialistas vieneses querían otra cosa. Querían que sus viviendas sociales fueran, ellas mismas, un manifiesto socialista, la expresión física de un nuevo modelo social. Y así surgen los *höfe* ('patios' en alemán.) Un manifiesto ideológico imponente. Lo que les definía no eran las viviendas en sí, sino el patio, la vida comunitaria: el patio como centro de socialización y convivencia. Buscaban resolver tres objetivos simultáneamente: dar una vivienda decente a los obreros, fomentar la vida en comunidad y reivindicar la dignidad de los trabajadores.

Abandonan así el concepto de "manzana", donde cada vivienda está aislada y es autónoma, para crear grandes estructuras que definen comunidades obreras. Las fachadas son imponentes y tienen un tamaño abrumador. El más famoso de todos, Karl Marx-Hof, tiene una fachada de un kilómetro de largo, con seis torres centrales y alberga 1.380 viviendas. Es una estructura alargada que rodea un enorme patio. Las viviendas son más bien humildes, tienen entre 35 y sesenta metros cuadrados. La mayoría constan de una entrada minúscula, una cocina a gas, una o dos habitaciones

y un pequeño váter. Además, contaban con agua corriente y estaban bien ventiladas. La vivienda era lo único exclusivamente personal de la familia, el resto era comunitario.

Los socialistas de Viena no querían solo construir viviendas, sino materializar una utopía social, por ello eran tan importantes o más los servicios comunitarios y la convivencia socialista. Cada *hof* era prácticamente un pueblo; en el Karl Marx-Hof vivían más de 5.000 personas. En el enorme patio arbolado se construyeron los servicios comunitarios: dos grandes lavanderías (en las que la actualidad hay una exposición sobre los *höfe*), dos guarderías, dos piscinas cubiertas, una biblioteca, un ambulatorio, una farmacia, correos, veinticinco tiendas y un centro social. No era un gran bloque de viviendas, sino un pueblo socialista. La utopía había encontrado un lugar real para materializarse, y fue en los *höfe* vieneses donde los socialistas presentaron a Viena y al mundo su propuesta social.

Encontraron un equipo de jóvenes arquitectos, casi todos alumnos de Otto Wagner, que con entusiasmo se sumaron al proyecto socialista. El más importante fue Karl Edmund Ehn, responsable del Karl Marx-Hof y arquitecto municipal hasta el año 1959.

El alcalde Jakob Reumann prometió en 1923 construir 25.000 viviendas, pero la realidad fue que en diez años, entre 1923 y principios de 1934, se construyeron sesenta y 5.000 viviendas y más de 2.000 locales comerciales en Viena. En 1934 más de 200.000 personas vivían en los *höfe* socialistas.

Para lograr semejante proeza, hacía falta la voluntad decidida del alcalde y de los socialistas, el entusiasmo de los arquitectos y el trabajo de los obreros, pero no era suficiente, hacía falta, además, una persona que se llamaba Hugo Breitner, el concejal de Hacienda del Ayuntamiento de Viena que financió todas las obras sin quebrar la ciudad. Era un exdirector de banco que asumió las finanzas de Viena en una situación de desorden presupuestario. Además, los años veinte fueron de gran incertidumbre e inflaciones que llegaban al 100 por ciento. Actuó con mano firme y se negó sistemáticamente a recurrir al crédito. Creía en la autosuficiencia financiera de la Administración y en el equilibrio presupuestario. “Para gastar algo,

primero hay que cobrar”, era su lema de hierro.

Gracias a que Viena era a la vez un Estado federado, el Ayuntamiento tenía autonomía fiscal. Y Hugo Breitner ideó un nuevo sistema de impuestos, al que tanto los amigos como los enemigos llamaban “Impuestos Breitner”. Estos fueron los que financiaron todas las obras sin recurrir a créditos. Él resumió en una sola frase su sistema: “Los ricos tienen que pagar”.

El impuesto más importante fue el gravamen sobre el patrimonio: un 0,5 por ciento, con el que financió el 45 por ciento de las obras. El resto agravaban el lujo. Cualquier signo de lujo tenía su “impuesto Breitner”: las discotecas, los bares, los cabaret, las carreras de caballos y los combates de boxeo tenían impuesto. El que tenía un coche, un caballo o servicio en casa pagaba; hasta a los burdeles les impuso un impuesto de lujo.

“Gravar el lujo y el placer para garantizar una vida sana, mentalmente libre y eficiente, es la idea básica de la política municipal socialdemócrata”, ponía en un panfleto explicativo. Hizo una fuerte campaña ciudadana para justificar sus impuestos. En un panfleto se ve una pareja de ricos que tienen tres botellas de champán y una enorme mano roja que se lleva una de las botellas. En otro aparece la foto de un Rothschild, un palacio y una sirvienta, y el rótulo dice que la familia Rothschild paga con sus impuestos la construcción de viviendas sociales.

Hugo Breitner era el más odiado por los ricos vieneses, y contra él también hacían campaña. En un panfleto, por ejemplo, aparece Breitner con un látigo de siete colas y en cada cola está escrito un impuesto; el lema es “Libérate de la tiranía de los impuestos Breitner, elige en la lista”.

Pero fue este exbanquero y concejal de Hacienda del Ayuntamiento de Viena el que hizo posible que la utopía socialista se hiciera realidad. Aún hoy, nos impresionan estos enormes edificios mitad palacios, mitad castillos que con su presencia imponen un manifiesto. Les ponían nombres llamativos con los que querían lanzar un mensaje; el más importante, como hemos dicho, era el Karl Marx, pero otros llevaban el nombre de Goethe, de George Washington, o de los socialistas asesinados Liebknecht (en Alemania, por los *freikorps*) o Giacomo Matteotti (a manos de los fascistas de Mussolini). Y todas las viviendas se cedían en alquiler, que no podía

sobrepasar el 8 por ciento del sueldo.

Podemos imaginar a una familia de obreros que acaban de abandonar su miserable *kaserne* y cruzan uno de los enormes arcos de entrada del Karl Marx-Hof con unos hatillos en los que llevan sus míseras pertenencias. Han tenido que esperar meses, y a veces años, para lograr entrar en ese patio enorme. Dentro les espera el responsable y les hace entrega de las llaves, recordándoles que les hace entrega de una vivienda que es propiedad del Ayuntamiento de Viena. Podemos imaginar su alegría incontenible y, también, lo cohibidos que se sienten en su nuevo palacio obrero.

Imaginemos, sobre todo, a un banquero convertido en concejal de Hacienda en su despacho municipal; con gafas redondas, bigote y perilla, en una mesa de roble antiguo, rodeado de libros de contabilidad, libros con grandes hojas rayadas con cinco columnas: fecha, concepto, debe, haber, saldo. Seguramente está repasando las hojas, apuntando en la cabecera de cada hoja el saldo final de la anterior. Frente a él tiene dos tinteros, uno de color negro y otro de color rojo. Siempre que levanta la vista no se fija en el tintero negro, sino en el rojo, el color que utiliza para apuntar los saldos negativos; y se conjura, una vez más, para no utilizarlo nunca. Es ese concejal de Hacienda que un día dijo: “Los ricos tienen que pagar”, y regaló a los obreros vieneses sesenta y 5.000 viviendas.

LA LUCHA FINAL

1927 fue un año negro para los socialdemócratas, no solo por lo ocurrido en la revuelta de julio, sino porque esta dejó un sabor amargo de derrota en la clase obrera. Mientras la policía asesinaba a 84 personas, la orgullosa Liga Armada no hizo nada. Así el Partido Socialista y su milicia armada perdieron prestigio ante los obreros. Cada mes que pasaba tenían más ataques de la policía o de la milicia fascista.

En 1933 se anularon muchas conquistas sociales: en abril fue declarada ilegal la Liga de Defensa de la República, pero no la fascista, cada vez más fuerte. En verano se declaró ilegal al Partido Comunista y se recortó el subsidio de desempleo. Y aumentaban los ataques.

Realmente, a estas alturas, la socialdemocracia austriaca estaba en una

situación dramática: el 30 de enero Hitler había sido nombrado canciller; la pequeña Austria estaba rodeada por tres dictaduras, la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y la Hungría de Horthy. Austria era ya una dictadura en la práctica: el 15 de marzo de 1933, Dollfuss había suspendido el Parlamento y gobernaba por decreto. La dirección del Partido Socialista se negaba a hacer la revolución; cada ataque era un paso atrás. Por eso el líder socialdemócrata de Linz decía en su carta: "No consentiremos otra retirada".

El día 11, el vicepresidente Fey dijo delante de las tropas: "Mañana nos ponemos manos a la obra y vamos a llegar hasta el final". Y el día 12 de febrero de 1934 comenzó la guerra civil, y lo hizo de la peor forma posible para los socialdemócratas. Los de Linz cumplieron su palabra y se resintieron con las armas en la mano. La dirección socialdemócrata recibió la noticia hacia las 8 de la mañana y se reunieron en la casa del Julius Deutsch, comandante de las milicias armadas, porque el día 8 la sede del Partido había sido ocupada por la policía. A la vez, esa misma mañana, se reunía el Consejo de Gobierno que declaró ilegal al Partido Socialista Austriaco, y le suspendió la autonomía a Viena.

La dirección socialista debatió si convocar o no la huelga general; al final, por mayoría de un voto, se acordó convocar la huelga general, pero esta ya estaba en marcha. La huelga comenzó sin autorización de la dirección, pero, tras ser convocada oficialmente, no logró el objetivo de un paro total, los ferroviarios no se sumaron. Esta fue una cuestión importante porque permitió la movilidad de las tropas federales.

Otto Bauer, líder del Partido, y Julius Deutsch, comandante de las milicias armadas, se instalaron en el George Washington-Hof. Hacia las 10:30 ordenaron la movilización de las milicias, dos horas más tarde ordenaron darles las armas, y, finalmente, a las 13:30 mandaron atacar a las tropas gubernamentales.

Las milicias armadas socialistas habían elaborado un plan minucioso para la sublevación, tantas veces pospuesta; cada compañía y cada batallón tenían asignado un objetivo concreto, la toma de puentes, edificios públicos, etc. Para tener éxito, en un plan de este tipo era necesario, al menos, activarlo la víspera, para actuar en conjunto a primera hora de la mañana.

Pero esta fue una decisión impuesta por los acontecimientos y se llevó a cabo con improvisación y sin coordinación. Un informe gubernamental posterior decía que hasta las 14:30 la situación era crítica. El no haber comenzado de forma conjunta a primera hora del día fue decisivo para la derrota posterior.

La dirección apenas coordinaba la revuelta y los barrios obreros comenzaron a organizarse por su cuenta hacia las 10 de la mañana, antes de recibir las órdenes de la dirección. El primer combate se libró en Simmering, donde los obreros tomaron una comisaría.

Las unidades de la Karl Marx-Hof comenzaron a movilizarse de forma ordenada, pero se encontraron con la sorpresa de que la dirección socialista había sido detenida y solo ellos conocían el lugar secreto donde se guardaban las armas.

Ante la desorientación y los contraataques de la policía, la milicia fascista y la tropa federal, los obreros, de forma intuitiva, se refugiaron en sus *höfe*; de palacios obreros pasaron a ser castillos defensivos.

La policía, las tropas federales y la milicia fascista actuaron conjuntamente para aplastar la rebelión obrera. Poco a poco, y gracias a las armas pesadas del Ejército, fueron controlando el centro de la ciudad, y luego pasaron a atacar con brutalidad los *höfe* socialdemócratas. Algunas fueron bombardeadas con cañones del Ejército. La más afectada fue la Karl Marx-Hof, que mantuvo su fachada llena de agujeros hasta 1959, cuando se reconstruyó. Solo en este *hof* murieron cien milicianos socialdemócratas.

Los obreros lucharon con heroísmo y valor, pero la suerte estaba echada. Los combates duraron cuatro días y al final los milicianos tuvieron que capitular. Hubo miles de heridos y más de trescientos muertos. Los detenidos fueron millares, y nueve jefes fueron fusilados. Había muerto el sueño vienés de los socialdemócratas austríacos. Y Viena la Roja se convirtió en un sueño y una utopía para el resto del mundo.

Hayek, que afirmaba obsesivamente que el socialismo lleva necesariamente a la dictadura, tuvo que cerrar los ojos ante lo que pasó en Viena; los socialdemócratas austríacos hicieron todo lo posible para evitar tanto la dictadura comunista como la dictadura de derechas. En Austria la dictadura no vino de la mano socialista, sino de grupos de derecha y

ultraderecha, que cuatro años más tarde vitorearon en las calles vienesas la entrada del ejército nazi.

Con la guerra civil del 34 se ahogó el sueño de la Viena socialista, y el 38, con la invasión de los nazis, Austria perdía su independencia. Desde entonces hasta 1945 no se construyó ni una sola casa más en Viena, solo edificios militares. Pero los nazis habilitaron otras 60.000 viviendas para "arios"; eran las viviendas de las 60.000 familias judías expulsadas de Viena.

DELENDA EST MONARCHIA (LA PROCLAMACIÓN DE LA II REPÚBLICA EN ÉIBAR)

LOS SOCIALISTAS DE ÉIBAR

Éibar es un pequeño pueblo de la provincia de Guipúzcoa con una gran historia. Fundado en el año 1346, siempre ha convivido con un entorno rural. La tradición armera es también muy antigua, desde los primeros encargos del rey para hacer cañones o el pedido de 15.000 arcabuces en el año 1538.

Los dos primeros focos socialistas del País Vasco son la zona minera, con Bilbao y Éibar. Pero no se parecen en nada. En Bilbao el socialismo surge de algunos pocos artesanos y, sobre todo, de la voz airada de Perezagua, y se instala en las minas y grandes fábricas de la ría. Era una sociedad físicamente separada entre obreros y patronos, que hasta vivían en sitios diferentes: en la parte izquierda los obreros y en la derecha los ricos; una ría que se resiste a construir puentes para unir los dos mundos. El socialismo minero nace entre clases sociales radicalmente separadas y se construye sobre la tradición del discurso marxista.

En Éibar es totalmente diferente. En Éibar, que siempre fue una isla en un mundo rural, el camino hacia el socialismo es muy particular. Éibar no es un mercado rural, sino una villa productora que tiene que vender fuera, fuera del País Vasco y fuera de España. El libre mercado es fundamental para su supervivencia. El liberalismo arraiga pronto. Había, aún en tiempos de Toribio Etxebarria, un vecino que al llegar a casa por la noche, por borracho que fuera, obligaba a su mujer a acercarse a la ventana abierta para gritar juntos: “¡Viva Prim!” (el general liberal). La Revolución de la Gloriosa y la I República se insertan en el imaginario colectivo y surge con fuerza el republicanismo liberal.

Es un pueblo hecho a sí mismo. No hay grandes capitales foráneos que inviertan en la villa. Encajonado entre montes y sin espacio, e crece con sus propias fuerzas. El progreso es compartido por todos los vecinos y se alimenta del propio capital y esfuerzo de todos. No hay zonas separadas de ricos y pobres, todos habitan juntos y se cruzan en la calle cada día y, casi siempre, los patronos y obreros trabajan juntos en los pequeños talleres. Los antiguos artesanos se han convertido en obreros y están muy orgullosos de su habilidad y trabajo. Éibar tiene el punto de arrogancia de aquel que se ha hecho a sí mismo.

Desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX, el pueblo experimenta un crecimiento espectacular: en 1881 se fabricaron 133.218 armas y en 1909, 500.967, llegando a 700.000 en el apogeo de la Primera Guerra Mundial, en 1917. En esa fecha Éibar contaba con unos 10.000 habitantes y algo más de 2.000 obreros.

Durante esos años de crecimiento, había una enorme movilidad social; prácticamente todos los patronos habían sido obreros antes, luego habían montado un pequeño taller y muchas veces trabajaban junto a sus empleados. Antonio Iturrioz, emblemático alcalde republicano, era dueño de un taller en el que murió mientras trabajaba el 23 de febrero de 1916. También Aquilino Amuategi, uno de los primeros y más significados socialistas eibarreses, y otros, como los hermanos Sarasketa, que comenzaron con un pequeño taller después de ser obreros, lograron un gran éxito comercial.

El negocio de la armería estaba sujeto a crisis recurrentes y periódicas que afectaban por igual a patronos y obreros. Hasta el último pinche conocía el valor de “los pedidos”. Éibar vivía pendiente de los pedidos de EE UU, Turquía o Francia.

Casi ningún vecino había ido a la universidad ni tenía estudios técnicos. Eran gente sencilla, pequeños patronos, obreros o aldeanos que bajaban del caserío y se hacían obreros, pero que tenían un gran concepto de sí mismos como hábiles constructores de armas. Éibar vivía permanentemente conectado con el mundo exterior y en la frontera de los siglos XIX y XX surgió un enorme deseo por aprender, por el conocimiento técnico y la cultura.

Antonio de la Torre, maestro de escuela, fue una figura principal pues fomentó el interés por la cultura entre sus alumnos y entre los mayores a los que se ofrece a dar clases particulares, como al mencionado Iturrioz, quien, al tener asiento en el Ayuntamiento, pidió al maestro que le ayudara después de las clases ordinarias. Y fue también este maestro el que difundió la afición por el esperanto, lengua que entonces, de forma ingenua, pensaban que sería la "lengua internacional". Aún en los años cincuenta, Santiago Arizmendiarreta escribía cartas a Toribio Etxebarria, en su exilio mexicano, en esperanto.

El centro obrero de Éibar fue una biblioteca en la que leían con pasión los nuevos socialistas. Pero no se leía tanto a Marx como a Shakespeare, a Plutarco, a Victor Hugo, a Zola o a Dostoievsky. Es asombroso el nivel cultural de aquellos primeros socialistas que solo habían ido a la escuela nacional.

Los socialistas eibarreses no son hijos de Marx, sino de los republicanos que llegan al socialismo desde la tradición liberal y los valores humanistas. Y desde el mismo inicio, el socialismo eibarrés tendrá una marcado anticlericalismo heredado de los liberales.

Éibar estaba sumido en un debate permanente, en bares y en plazas. Había multitud de mítines, que se dividían en dos clases: el mitin de conferencia y el de controversia. En el mitin de controversia cualquiera del público podía pedir la palabra y discutir los argumentos del conferenciante.

A Éibar no fue Perezagua a predicar, pero allí fueron y vivieron otros: el médico Madinabeitia y Tomás Meabe, y después, también, Indalecio Prieto. Los dos primeros, ambos de buenas familias, se iniciaron en la política en un ambiente nacionalista, para hacerse socialistas después, con un enorme coste personal. Madinabeitia, joven médico con porvenir, tuvo que separarse a los pocos meses de su mujer, también de buena familia, por sus ideas socialistas. Los nacionalistas y la burguesía bilbaína boicotearon su consulta, por lo que tuvo que cerrar, y a partir de ahí se dedicó a curar a los pobres. Era médico ambulante y también ejercía en Éibar. De los buenos tiempos le quedaba una considerable biblioteca que regaló, en gran parte, al centro obrero. Pronto comenzaría a dar conferencias socialistas. Meabe también llegó a Éibar. Llegó sin nada, y sin nada se fue. Fue redactor del

periódico socialista eibarrés *Adelante*, y, según Toribio Etxebarria, nunca se le pagó nada por su trabajo, solo cama y comida. Los dos se hicieron socialistas no por las ideas de la revolución marxista, sino por su capacidad de sufrir con el dolor ajeno, por sus convicciones humanistas. Más tarde, fue también Indalecio Prieto a dar sus conferencias; incluso Unamuno se acercó a dar las suyas.

Estos eran los padres del socialismo eibarrés en la época heroica que cuenta Toribio Etxebarria en su *Viaje por el país de los recuerdos*. Hablar, hablar y discutir. No fue fácil crear una agrupación fuerte. Los comienzos fueron débiles: en las primeras elecciones que se presentaron solo sacaron cincuenta votos.

Aquilino Amuategi fue de los primeros en hacerse socialista en Éibar; apodado Chiclana por su pasado torero, se convirtió en un gran orador, especialmente en vasco. Tenía una fe enorme en la capacidad de la palabra y siempre estaba dispuesto a discutir con cualquiera. A raíz de la publicación de un artículo contra los socialistas firmado por "varios católicos", puso un anuncio en el periódico *La Voz de Guipúzcoa*:

Primero. Que acepta en un todo el reto que le lanzan esos "varios católicos".

[…] Que en ese mitin habrá tribuna para todo el que quiera hacer uso de la palabra, respondiendo el señor Amuategi que habrá orden completo y se garantizará a los contradictores los mayores respetos.

[…] En el caso de que a los neos no les agrade el que la conferencia se celebre en el Salón Teatro, el señor Amuategi no tendrá inconveniente en presentarse, después del mitin, en otro local cualquiera, incluso en la sacristía, para discutir contra todos los católicos. En tal caso no le acompañará nadie más que el corresponsal de *La Voz* en calidad de testigo.

Estos eran los primeros socialistas de la época heroica, de convicciones inquebrantables, confiados en el poder de la palabra y en su verdad. Los socialistas del año 1931 eran sus primeros herederos. Ya eran mayoría política en Éibar. Habían impulsado la Escuela de Armería para formar a los obreros, y también lograron poner en marcha, contra los criterios de los patronos, El Banco de Pruebas, para mejorar la calidad de las armas fabricadas.

Once años antes, en 1920, con ocasión de una huelga en la que los patronos no querían ceder, los obreros tomaron una decisión inesperada: "Bien, si no aceptáis nuestras reclamaciones, vamos a montar una nueva

fábrica en la que trabajaremos cumpliendo los requisitos que os pedimos". Y así surge la Cooperativa Alfa, orgullo del socialismo eibarrés que, como su nombre indica —primera letra del alfabeto griego—, fue la primera cooperativa industrial en el País Vasco y en España.

El socialismo eibarrés era particular, casi una anomalía. Si en algún lugar tenía pleno sentido la frase de Prieto "Soy socialista a fuer de liberal" es en ese municipio.

El domingo 12 de abril de 1931 se celebran elecciones municipales. Los socialistas y los republicanos se presentan en coalición. Todos los partidos que no son monárquicos plantean estas elecciones como un plebiscito sobre la monarquía. En Éibar el éxito es abrumador: de diecinueve concejales sacan dieciocho, once socialistas y siete republicanos. La euforia es total. Éibar es una fiesta republicana antes de proclamarse la República.

El día siguiente de las elecciones, el lunes 13, cuando el presidente Aznar-Cabañas entraba al Consejo de Ministros, los periodistas le preguntaron si habría crisis: "¿Que si habrá crisis? ¿Qué más crisis desean ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y se despierta republicano?", fue su respuesta.

Pero en Éibar la República madrugó mucho más que en ningún otro sitio. Fue el primer pueblo en el que la proclamaron. De un solo golpe cayeron, juntas, la dictadura y la monarquía.

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Siete años y medio antes, el día 23 de septiembre de 1923, el capitán general de Cataluña, Primo de Rivera, se levantó contra el Gobierno. Al día siguiente, el Gobierno legítimo pidió al rey la destitución de todos los generales sublevados y la convocatoria inmediata de Cortes Generales. Pero Alfonso XIII se puso de parte del general sublevado y el Gobierno dimitió.

En el manifiesto de sublevación, Primo de Rivera justificaba su acción con el siguiente argumento: "Ha llegado el momento de atender al clamoroso requerimiento de cuantos amando la Patria no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política".

El sistema de monarquía parlamentaria basado en la alternancia de dos

partidos, unido al caciquismo generalizado y su secuela de corrupciones y escándalos, había deteriorado y deslegitimado de forma profunda el sistema mismo. Además había un enorme malestar en las clases populares por el sistema de reclutamiento de soldados en el que los ricos quedaban exentos de dicha obligación pagando una cantidad de dinero. También estaban en la memoria colectiva los desastres del barranco del Lobo (1909, más de doscientos muertos y seiscientos heridos, a la vista de los muros de Melilla, y que fue la mecha que prendió la Semana Trágica de Barcelona) y el Desastre de Annual (1921, unos 10.000 muertos y más de mil prisioneros), desastre que desprestigió al Ejército y creó un clamoroso descontento popular respecto a la guerra del protectorado marroquí.

Primo de Rivera tuvo muy poca oposición social en el momento de dar el golpe; una sociedad hastiada de corrupción y horrorizada ante la muerte de tantos soldados no tenía alicientes para defender el régimen parlamentario. Indicaba en su manifiesto: "Se constituirá en Madrid un directorio inspector militar con carácter provisional". Una especie de operación quirúrgica temporal.

La fórmula empleada por el rey, que resulta un poco cómica, intenta preservar el orden constitucional y, a la vez, proclamar un dictador. Nombró a Primo de Rivera "presidente del Gobierno y ministro único". No se derogó la Constitución de 1876, solo se suspendió. Por ello, pasados tres meses, los presidentes del Senado, el Conde de Romanones, y del Congreso de Diputados, Melquíades Álvarez, pidieron audiencia al rey y le exigieron que, tal como ordenaba la Constitución, convocara elecciones. El rey se negó y al día siguiente fueron cesados los dos por un real decreto firmado por el dictador y refrendado por el rey. Con este acto el rey pone fin a la dictadura transitoria para iniciar "una dictadura con rey" permanente y abandonar definitivamente la vía constitucional.

Más tarde, la dictadura de Primo de Rivera intentó legitimar el régimen con la creación de instituciones propias: el partido único Unión Patriótica, que pronto se convirtió en refugio de viejos caciques, y la Asamblea Nacional Consultiva. Pero fue inútil. La dictadura con vocación provisional no pudo crear un nuevo régimen con instituciones propias y apoyo social. Poco a poco aumentó su desprestigio, socavada por las mismas

corrupciones que minaron el sistema anterior, y la oposición de la sociedad fue en aumento.

Ante esas circunstancias, el rey quiso salvar su propia cabeza dejando caer al dictador. En enero de 1930, Alfonso XIII acepta su dimisión y Primo de Rivera morirá en París dos meses más tarde, olvidado y abandonado por casi todos.

En su lugar, el rey nombra presidente a otro militar, Berenguer, para que ponga en marcha "el retorno a la normalidad constitucional", prometiendo elecciones libres en un plazo razonable. Se debilitan las medidas más represoras y se abre la mano a la libertad de prensa y a la actividad política que, aunque ilegal, se tolera de algún modo. Es lo que José Bergamín bautizó acertadamente como "la dictablanda": dictadura, pero menos. Aunque era tarde, ya no es suficiente activar la Constitución de 1876. Una inmensa mayoría pedía elecciones constituyentes para redactar una nueva constitución.

EL PACTO DE SAN SEBASTIÁN

El 17 de agosto de 1930, en el Hotel Londres de San Sebastián, junto a la Concha, la playa más bella del Cantábrico, se reunieron representantes de partidos republicanos, nacionalistas catalanes y, a título personal, algunos intelectuales y un socialista.

En esa fecha San Sebastián aún mantenía algo del esplendor opulento del veraneo de épocas pasadas. En 1885 la reina regenta María Cristina decidió pasar el verano con su corte en esta ciudad y así inauguró su fama como urbe cosmopolita de veraneo. Se construyó el Palacio Miramar como residencia real. El 1887 se construyó el gran casino de la ciudad, el mismo edificio que hoy es el ayuntamiento. El momento álgido fue, sin duda, durante la Primera Guerra Mundial. Fuera del escenario de guerra, San Sebastián seguía siendo la ciudad de la fiesta y del juego. Media Europa recaló allí, incluidos muchos espías, como la famosa Mata Hari. En 1921 se construye el Gran Casino Kursaal, en el mismo espacio que ocupa hoy el Palacio de Congresos, que conserva el nombre.

Aunque la noche del 31 de octubre de 1924 la dictadura de Primo de

Rivera prohibió el juego en toda España y comenzó el declive de San Sebastián, en 1930 la ciudad aún mantenía el atractivo como lugar de veraneo para las personas pudientes de España, y el rey Alfonso XIII seguía pasando allí los veranos. Tradición, por cierto, que mantuvo el dictador Franco.

Por eso, en plena época estival, San Sebastián fue el lugar elegido para la reunión que terminó con la dictadura y la monarquía. Lo que luego se llamaría el Pacto de San Sebastián. Solo un año antes habría sido imposible celebrar una reunión tan pública, pero la dictadura de Primo de Rivera se había convertido ya en la "dictablanda" de Berenguer.

Uno a uno fueron llegando, hacia el mediodía, los miembros de la reunión: Alejandro Lerroux (Alianza Republicana), Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Ángel Galarza (Partido Republicano Radical-Socialista), Manuel Azaña (Grupo de Acción Republicana), Manuel Carrasco Formiguera (Acción Catalana), Macià Mallol Bosch (Acción Republicana de Cataluña), Jaume Aiguader (Estat Catalá), Santiago Casares Quiroga (Federación Republicana Gallega y Derecha Liberal Republicana), Indalecio Prieto, Felipe Sánchez Román y Eduardo Ortega y Gasset, hermano del filósofo, a título personal. Gregorio Marañón no pudo asistir, pero mandó una carta de adhesión. Trece personas que representan a todo el arco republicano y a los nacionalistas catalanes. Llama la atención un invitado "a título personal", porque era mucho más que eso, era el socialista Indalecio Prieto, que dos meses más tarde, tras largas discusiones, incorpora al pacto al Partido Socialista y a la poderosa UGT.

No acudieron los nacionalistas vascos. Una ausencia que siempre lamentarán con posterioridad.

El primero en llegar a la estación fue Indalecio Prieto, en el tren de Bilbao; los expresos de Madrid y Barcelona, en los que venían casi todos los demás, llegaban más tarde. Niceto Alcalá Zamora, que veraneaba en Echarri-Aranaz, y Miguel Maura, que lo hacía en Fuenterrabía, llegaron seguramente en coche. Cuando entraron, el hotel ya estaba abarrotado de periodistas nacionales y extranjeros, y de diversos curiosos. El gerente, que parecía ser el único que no se había enterado de la cita, estaba de los nervios con tanto jacobino que asustaba a sus aristocráticos clientes.

Cuando ya estaban todos juntos, alguien preguntó si se había pedido permiso al gerente del hotel para celebrar la reunión. Nadie se había acordado de ese detalle. Fernando Sasiaín, presidente de la Unión Republicana de San Sebastián, aunque no participaba en la reunión, enterado de la misma había acudido al Hotel Londres para ofrecer el local de su partido. Decidieron comer juntos en el hotel y hacer la reunión en la sede republicana, que estaba ubicada en la donostiarra calle Garibai.

Para entonces, agosto de 1930, los republicanos eran una fuerza importante, especialmente entre las clases medias urbanas, y, en los meses sucesivos, los partidarios de la República irían aumentando como consecuencia del deterioro constante de la imagen del rey, agravado por decisiones personales que le hundían. El monarca se estaba quedando solo con su corona, incluso muchos monárquicos le dieron la espalda, generando un grupo curioso que se autodenominaba "monárquicos sin rey".

Trasladados a la sede de la Unión Republicana de San Sebastián comienza la reunión. Se abordaron, fundamentalmente, dos objetivos: derrocar la monarquía y resolver "el problema catalán". En derrocar la monarquía estaban todos de acuerdo. En el tema catalán hubo algunas objeciones, especialmente por parte de Lerroux y alguno más que, al principio, pusieron objeciones, pero la representación catalana fue tajante: "Esta reunión solo nos interesa si la República garantiza los derechos nacionales de Cataluña". Al final hubo acuerdo: los catalanes podrían presentar un estatuto de autonomía que sería aprobado por las Cortes. Y se ampliaba este derecho a otros territorios que lo pudieran reclamar.

Aclarados los objetivos, la cuestión era cómo derrocar la monarquía. Habían renunciado a una transición pacífica, por imposible, tal como decían en el manifiesto publicado el siguiente noviembre. La única salida era la vía revolucionaria, una huelga general apoyada por un levantamiento militar. Los republicanos tenían contactos en los cuarteles, pero no tenían ninguna organización que pudiera poner en marcha una huelga general. Por eso Indalecio Prieto, invitado personal, era tan importante para ellos: los socialistas y la UGT eran el complemento necesario.

La reunión comenzó a las 15:30 y terminó pasadas las 18:00. A la salida, los allí reunidos se hicieron fotos y distribuyeron a la prensa "Una

nota oficiosa” en la que se exponía que habían llegado a acuerdos con total unanimidad, sin concretar. No se redactó ningún documento.

La siguiente reunión se celebrará en la casa de Miguel Maura, en Fuenterrabía, y las posteriores en su residencia madrileña, y después en el Ateneo de la capital. De ahí que se les llamara “ateneístas”.

El Comité Revolucionario quedó constituido. El general Mola, director de Seguridad a la sazón, supo del contenido de la reunión tres días más tarde, el día 20, y lo puso en conocimiento del Gobierno. Ni él ni el Gobierno le dieron mayor importancia.

LA SUBLEVACIÓN DE JACA

> La primavera ha venido
> del brazo de un capitán.
> Niñas, cantad a coro:
> ¡Viva Fermín Galán!
>
> A. Machado

Si bien al comienzo, la dictadura de Primo de Rivera tuvo cierta aceptación social, muy pronto fue creciendo el rechazo tanto en ámbitos civiles como en el propio Ejército. El primer golpe de Estado para derrocar la dictadura, años atrás, se preparó por una conjunción de políticos y militares, y se programó para el 24 de junio de 1926. Por ello se le llamó la Sanjuanada. La noche señalada, Melquíades Álvarez, presidente del Congreso destituido por el dictador, leyó el manifiesto del golpe en el Ateneo de Madrid en un ambiente de euforia. Pero la dictadura estaba ya informada del intento y el golpe fue un fracaso.

Entre los militares que participaron en ese intento hay nombres que tendrán posteriormente roles enfrentados: el general Batet, Ramón Franco, el general Queipo de Llano y el capitán Galán, entre otros. En el juicio posterior, la dictadura fue muy condescendiente, especialmente con los militares de alto rango, pero al capitán Galán, líder de la sublevación de Jaca, le impusieron una pena de seis años de cárcel, de los que cumpliría tres y medio.

Fermín Galán era hijo de militar y realizó sus estudios en la Academia

Militar de Toledo. Fue destinado a la Legión y participó en la guerra del Rif. Allí conoció al general Mola, con el que trabó cierta amistad. Fue herido en combate y repatriado al hospital de Carabanchel. Fracasada la Sanjuanada, Galán cumplió su condena en el castillo de Montjuïc, donde conoció a presos anarquistas con los que entabló amistad.

Al salir de la cárcel, como pena añadida, le asignaron destino forzoso en Jaca, una plaza sin relevancia militar. Galán tuvo serias dudas de si incorporarse o no al Ejército en plaza tan oscura, pero al final accedió y tomó posesión de su puesto.

Desde el primer día, el capitán Galán comenzó a organizar su propia revolución, sin contar con nadie. Tomó hospedaje en el Hotel Mur de Jaca, justo enfrente de la ciudadela, y sondeó a los militares de la plaza. Los capitanes Sediles y Salinas fueron los más relevantes. En su mesa del Hotel Mur se sentaban a conspirar compañeros de cuartel.

Galán decidió formar un comité revolucionario civil. Y contactó con republicanos locales: el relojero Alfonso Rodriguez—en cuyo local se colocaban las citas para las reuniones—, el sastre Julián Borderas y un personaje singular, Antonio Beltrán, el Esquinazau, futuro comandante en jefe de la 43ª división republicana durante la Guerra Civil, en la conocida como la Bolsa de Bielsa (abril-junio de 1938). Beltrán había participado en la revolución mexicana de Pancho Villa y en la Primera Guerra Mundial con la I Legión Americana. Guardaba de esos tiempos un gran colt que la madrugada del 12 se amarró a la cintura con una cuerda para “persuadir” a los de Jaca de sumarse a la rebelión. Como dijo después: “Es que si no, nadie se habría movido”. Organizados los grupos iniciales de Jaca, Galán amplió sus contactos con militares de Zaragoza y Huesca.

En septiembre de 1930 estaban en marcha dos planes de sublevación: el del Comité Revolucionario Nacional y el de Galán en Jaca. El de Galán era muy personalista y obra de una mente calenturienta. Planea sublevar Jaca, tomar seguido Huesca y desde allí Barcelona.

Teniendo conocimiento del Plan General del Comité Revolucionario, quiso ponerse en contacto con ellos. Pero, ya que él era entonces un perfecto desconocido para el Comité, fue el capitán Salinas, hijo del jefe de Estado Mayor de Zaragoza, quien preparó la reunión. El encuentro tuvo

lugar a finales de septiembre o en la primera semana de octubre. El Comité Revolucionario, después de oír su plan, accedió a incorporarlo al Plan General y le nombró delegado del Comité en Aragón, aunque limitó sus objetivos a sublevar Jaca y tomar Huesca. El Comité Revolucionario Nacional, siempre temeroso, fijó el 14 de noviembre como día de la rebelión. Y aquí comienzan una serie de casualidades, hechos y decisiones incomprensibles que terminaron con los fusilamientos de Galán y García.

Dos días antes de la fecha señalada, el 12 de noviembre, al desplomarse un edificio, morían cuatro obreros en Madrid y comenzaron las protestas, que no terminaron hasta el día 16. Murieron dos personas más en enfrentamientos con la policía el día del funeral. Estas protestas tuvieron réplicas de solidaridad en otros puntos de España, con especial violencia en Barcelona, donde el pistolerismo empresarial dejó otros cuatro obreros asesinados.

Y en medio de huelgas y violencia, el Comité Revolucionario adoptó una posición incomprensible. En la misma situación, y por las mismas razones, el general Primo de Rivera adelantó dos días su sublevación. Pero el Comité se asustó y mandó parar. Con media huelga general en marcha se negó a convocar la rebelión. Pospuso la fecha. Sería el primero de otros aplazamientos que crearon un enorme desconcierto entre los participantes del complot.

Galán comenzó a ponerse nervioso y quiso forzar la sublevación para el día 21. El Comité Revolucionario tuvo que mandar una delegación de "excursionistas" para transmitirle la orden de esperar a nuevo aviso. Se puso una nueva fecha para el día 26 de noviembre. La madrugada del día 25, Ramón Franco, el hermano del futuro dictador, junto a otro militar, se fugó de cárcel donde cumplía condena por participar en un complot contra Primo de Rivera, lo que provocó un gran escándalo. El Comité Revolucionario encontró nueva excusa para el aplazamiento.

El 29 de noviembre, al llegar a su hotel, le entregaron a Galán una carta firmada dos días antes. Al abrir y ver la firma se le corta la respiración: era una carta sorprendente del general Mola, director de Seguridad del Gobierno. Se conocían de la guerra del Rif. Mola le informaba como amigo: "Sabe el Gobierno y sé yo sus actividades revolucionarias y sus

propósitos de sublevarse con tropas de esa guarnición", y le pedía que dejara sus actividades revolucionarias. El capitán Galán no informó a nadie de esta misiva, pero sabía que podía ser detenido en cualquier momento y temía, además, la temporada de nieve, que dejaba Jaca totalmente incomunicada. De hecho, el día 15 de diciembre cayó la primera nevada.

Galán intentó por todos los medios forzar la fecha y mandó a Madrid el siguiente telegrama: "Si no salen ustedes, saldremos nosotros". En una reunión tempestuosa convocada a la carrera, donde Galán proponía salir de inmediato, el Esquinazau, más realista, contestó: "No se puede. No hay camiones en Jaca. Tiene que ser un viernes que hay feria y llegan camiones y autobuses de toda la zona". Temiendo —con razón— que ya no quedaran viernes sin nieve, el día 9 Galán lanzó el órdago del día 12 de diciembre, viernes, y lo comunicó a Madrid. El Comité Revolucionario Nacional, que había puesto nueva fecha para tres días más tarde, el 15 de diciembre, se asustó y mandó una delegación al mando de Casares Quiroga para ordenarle esperar. Otro delegado del Comité, por orden de Azaña, salía hacia Jaca con la misma misión.

Al emisario de Azaña se le estropeó el coche en Zaragoza y no llegó a Jaca hasta la tarde del día 12, cuando ya se había producido el golpe.

La delegación de Casares Quiroga llegó a Jaca a las 11 de la noche del día 11. Fueron al Hotel Mur, donde sabían que estaba Galán, pero encontraron la puerta cerrada. Tocaron repetidas veces la bocina hasta que salió una mujer que les dijo que no había habitaciones. Incomprensiblemente se marcharon al Hotel La Paz y dejaron para el día siguiente la reunión con Galán. Más tarde, a modo de excusa, Casares Quiroga diría: "Dónde se ha visto que en España los militares se subleven a la hora convenida".

Sin embargo, en ese momento los conspiradores sí estaban reunidos en el Hotel Mur, preparando la sublevación para la madrugada. Dicha sublevación comenzó a las 5 de la mañana, cuando el capitán Galán en persona tomó el Cuartel de la Victoria, y a continuación Salinas, partiendo del hotel, cruzó la carretera y se hizo con la ciudadela que estaba enfrente.

La toma de los cuarteles resultó sencilla y se produjo sin ninguna violencia, incluso con notas cómicas. Todos los mandos que no se unieron a

la sublevación fueron detenidos y enviados al ayuntamiento, que se habilitó como lugar de confinamiento. El teniente coronel Ignacio Zappino, dispuesto a ser detenido en su cuartel, le pidió al teniente Mendoza que, al menos, le pusiera una escolta para llevarlo al ayuntamiento: "No es necesario, mi teniente coronel. Usted se va solo". Y eso fue lo que efectivamente hizo.

No ocurrió lo mismo con los guardias civiles y los carabineros. Al oír ruidos, el sargento Gallego, comandante del puesto de la Guardia Civil, salió a investigar con otro compañero y fueron interceptados por una patrulla militar. En la trifulca resultó muerto por disparos el sargento.

Aunque el comandante de carabineros mantuvo una posición neutral, dos de sus policías se encontraron con una patrulla militar y fueron abatidos en las Cuatro Esquinas. El Esquinazau se encargó, revólver al cinto, de sublevar a los civiles y requisar todo vehículo que pudiera trasladar tropas.

Se proclamó la República en Jaca y se imprimieron cuarenta carteles con el bando de Galán:

Como delegado del Comité Revolucionario Nacional, a todos los habitantes de esta ciudad y demarcación hago saber:

Artículo único: Aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente, será fusilado sin formación de causa.

Se organizaron dos columnas, una al mando de Galán que debía ir por carretera y otra al mando del capitán Salinas, por tren. De forma incomprensible tardaron medio día en salir: Galán lo hizo a las 14:30 y Salinas a las 16:30. Ya habían perdido todo el efecto sorpresa. El Gobierno estaba en conocimiento y mandó tropas desde Zaragoza y Pamplona. También ordenó levantar los raíles en Riglos.

En otro acto incomprensible, el gobernador de Huesca, el general Las Heras, al saber que los sublevados habían partido desde Jaca, reunió unos pocos oficiales y una docena de guardias civiles, y salió personalmente al encuentro de la columna de Galán. Se encontraron en Anzánigo. El oficial de la columna se acercó a dialogar y comenzó un tiroteo en el que murieron el capitán de la Guardia Civil y un número. El general Las Heras fue herido y moriría un día más tarde.

La columna de Galán llegó por la noche a Ayerbe, donde la recibieron

con entusiasmo. Se le unió la de Salinas, que había tenido que abandonar el tren, por estar las vías levantadas, y continuar andando. De madrugada salieron todos juntos hacia Huesca. A tres kilómetros, en las colinas de las Cillas, desde la noche, estaba apostado el Ejército, ya bien organizado. Al llegar los de Galán intentaron negociar con los oficiales fieles al Gobierno, pero estos ordenaron abrir fuego y comenzó la catástrofe.

Hubo una desbandada general y Galán se quedó paralizado y sin capacidad de dar ninguna orden a sus hombres. Aturdido solo repetía: "¡Entre hermanos no se dispara!".

Galán es uno de los que huyó en la desbandada, pero al llegar a Biscarrués reaccionó. Podía escapar a Francia, pero decidió entregarse a las autoridades civiles y asumir toda la responsabilidad. Es la tarde del día 13.

Entonces es llevado a Huesca y comienza de inmediato el consejo de guerra contra él, García y otros encausados. La vista empieza a las 10:30 de la noche. El Gobierno quiere una sentencia inmediata y presiona al juez instructor. Este protesta y es destituido. De forma inmediata nombran un nuevo instructor.

El consejo de guerra va a una velocidad de vértigo. A las 2 de la madrugada a Galán y a los encausados se les comunica el proceso. El Gobierno ha ordenado al capitán general de la región que coja el tren y vaya urgentemente a Huesca para poder ratificar el fallo el mismo domingo.

A media mañana del día siguiente, 14 de diciembre, se dicta sentencia: dos penas de muerte y cadena perpetua para el resto. El capitán general confirma de inmediato la sentencia, coge el tren y vuelve a Zaragoza. El consejo de guerra no ha durado ni veinticuatro horas.

El presidente del consejo de guerra fue el general Gay, el mismo con el que se reunió en Zaragoza Galán y el que le prometió su apoyo a la sublevación. Fue presidente en sustitución del general Elezcano, presidente oficial, que declinó argumentando su sordera. Otro vocal del consejo de guerra (y militar muy querido por el rey) era Francisco Franco, futuro dictador.

El Gobierno tiene que dar su aprobación a la sentencia de muerte. El 14 es domingo y una tradición, siempre respetada, dice que en domingo no se puede fusilar a nadie. Pero el Gobierno tiene mucha prisa. En el Consejo de

Gobierno no todos están de acuerdo. Algunos se oponen, pero son minoría. El presidente Berenguer presenta la solicitud de indulto al rey, pero Alfonso XIII es el que más prisa tiene y se niega.

Con este segundo "no" —el primero fue negarse a convocar elecciones—, el rey pierde definitivamente su corona. El indulto a Galán y a García Hernández era la última posibilidad de buscar algo de apoyo popular. Al rechazarlo sentenció su destino.

A las 14 horas llega el "Cúmplase" del Gobierno. Se les comunica a los dos condenados y se forman dos pelotones de ocho soldados y un alférez cada uno. Se les ofrece a los condenados taparles los ojos con unos pañuelos blancos con rayas azules (que aún se conservan); los dos se niegan. Galán, con gesto dramático, pide al alférez, emulando al general Ney cien años antes, que sea él mismo quien dé la orden de fuego a los pelotones. El alférez acepta y se abraza a Galán como última despedida. Puestos frente de la tapia de fusilamiento, Galán, muy sereno, grita: "¡Viva la República!, ¡fuego!". Fueron sus últimas palabras. Los dos cuerpos caen al suelo.

Una inmensa ola de estupor y rabia recorre España. Todos los dedos apuntan al rey por no conceder el indulto. Los últimos monárquicos, horrorizados, se apartan del rey asesino.

Inmediatamente son detenidos y condenados todos los miembros del Comité Revolucionario que se localizan; saldrán de la cárcel el 14 de abril del año siguiente para convertirse en Gobierno provisional de la II República.

Los republicanos culparán a Galán por el fracaso del levantamiento fechado para el día 15 de diciembre, en el que solo consiguieron sublevar la base de aviación de Cuatro Vientos. Uno de los conspiradores de esta base fue Queipo de Llano, que huyó en avión a Portugal. Pero la República ya tenía sus mártires, Galán y García Hernández. Sus fotografías se guardarán de forma clandestina en millares de casas y centros políticos y sindicales.

Galán con su fusilamiento logró lo que nunca hubiese alcanzado con su loca revolución: convertir de repente a la España monárquica en la España republicana.

Maura, más tarde, diría: "Lo ocurrido en Jaca fue un lamentable error, la

locura de un exaltado, que redimió su grave culpa dejándose matar en vez de escapar, lo que le valió entrar en la historia por la puerta roja de los mártires".

LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA EN ÉIBAR

La madrugada del día 14 de abril de 1930, a las 5 de la mañana, el joven socialista Juan de los Toyos comienza a despertar a todos los concejales electos dos días antes con la noticia de que en otros sitios ya han empezado a proclamar la República.

A las 6 de la mañana, el grupo de dieciocho personas ha cruzado la plaza que hoy lleva el nombre de Unzaga, y que hasta ese día se llamaba de Alfonso XIII, y ha entrado en el ayuntamiento. Los alguaciles, muy nerviosos, han decidido que es mejor dejarse llevar por la corriente de los nuevos tiempos y han abierto el ayuntamiento a los recién elegidos concejales.

En la plaza, los pequeños grupos de personas que charlan en la oscuridad se han hecho ya numerosos. Dentro de muy poco se llenará y no cabrá ni un alfiler.

Los concejales son los que ahora mismo están en el Salón de Plenos. Han decidido no esperar los plazos legales para la toma de posesión. Se han sentado y se han constituido como nuevo Ayuntamiento democrático. Lo primero que hacen es retirar la foto del rey Alfonso XIII que preside el salón, y en su lugar colocan las fotos de los capitanes Galán y García Hernández, los mártires de la República fusilados en Huesca el 14 de diciembre del año anterior.

Eligen alcalde a Alejandro Telleria. Luego, por unanimidad y de forma solemne, toman su primer acuerdo de pleno. Inmediatamente después salen al balcón del ayuntamiento con una bandera republicana, y el joven concejal socialista Juan de los Toyos, embargado por la emoción y casi sin poder controlar los nervios, proclama la II República. Enorme griterío y vivas a la República resuenan en la plaza. Son las 6:45. Ya nadie duerme en Éibar. Las calles están llenas de gente con la cara de fiesta que solo se tiene cuando por fin algo, tanto tiempo esperado, llega.

Seguidamente nombran dos delegados para que acudan a San Sebastián con el acuerdo. Ese día nadie trabaja en Éibar, es fiesta total. La mayoría republicana y socialista es tan grande que no parece probable que haya altercados pero, por precaución, se toman dos medidas: la primera, crear una milicia municipal para garantizar el orden, y la segunda, mandar aviso al cuartel de la Guardia Civil para que no salgan de allí y esperen órdenes. Y después, los dieciocho concejales permanecen en la secretaría del ayuntamiento.

Empiezan a pasar las horas y no hay confirmación de la proclamación de la República en ninguna ciudad. Y comienzan a ponerse nerviosos: de la euforia de la madrugada se pasa a la preocupación. A la tarde llegan, por fin, las primeras noticias: Barcelona, Valencia… Y de nuevo vuelve la alegría y la fiesta. Un bombero con una enorme escalera quita la placa de la fachada del ayuntamiento, "Plaza Alfonso XIII", y la bautizan con el nombre de "Plaza de la República". Con las prisas no ha habido tiempo para más, y el nuevo rótulo es un cartón grande con letras escritas a mano.

El Ayuntamiento ordena que la banda municipal toque hasta la noche para amenizar la fiesta en la plaza. Entre baile y baile tocan "La Marsellesa" y "La Internacional". Aún no ha terminado el baile cuando el rey Alfonso XIII, tras firmar su abdicación, abandona Madrid, cumpliendo así la orden de Alcalá Zamora: "El rey debe abandonar Madrid antes de que se ponga el sol".

La historia popular cuenta que la proclamación de la República en Éibar fue un malentendido, que conductores de camiones de pescado que pararon le dijeron a De los Toyos que en otros sitios estaban "preparando la República" y él entendió que estaban "proclamando la República". Pero este relato plantea problemas.

Fue Juan De los Toyos quien personalmente sacó de la cama a todos. Fue él quien, cediendo al concejal más joven la izada de bandera, proclamó la República. Fue él quien, después, al preguntarle por qué, respondió: "Teníamos órdenes superiores".

Éibar era un pueblo abrumadoramente republicano, un pueblo relativamente alejado de cualquier guarnición militar, en el que fácilmente se podrían aguantar veinticuatro horas, en el peor de los casos.

Indalecio Prieto, que estaba esperando en Hendaya para regresar a España, y que conocía muy bien a los socialistas de Éibar, bien pudo mandar la orden con un chófer socialista para que allí se proclamara la República, y esperar a ver si eso ponía en marcha la caída de la monarquía.

Solo quince días más tarde, e impulsado por Prieto, el Gobierno provisional de la República adoptó el siguiente acuerdo: "Artículo único. Se concede como especial y máxima distinción a Jaca y Éibar el título de 'Muy Ejemplar Ciudad'. Dado en Madrid, a veintinueve de abril de mil novecientos treinta y uno".

La República honró a los mártires de Jaca, pero Prieto no se olvidó de Éibar, "la primera".

CLEMENT ATTLEE: UN REVOLUCIONARIO CON ALMA DE CONTABLE

—¿Adónde vas luego? —preguntó ella.

Hacía un día gris de otoño y la niebla envolvía la calle, apenas se vislumbraban sombras vagando sin rumbo. Aunque, en realidad, podría haber sido un día cualquiera, pues no eran raras temporadas enteras en las que la niebla cubría los barrios londinenses y no permitía distinguir las estaciones del año. Un penetrante olor a cloacas, la humedad del río y de los muelles que calaba hasta los huesos, la suciedad de las calles llenas de charcos… todo transmitía sensación de miseria y abandono.

No, el East End no era la mejor zona de Londres. Un par de años antes, Jack London dejó constancia de ello, cuando disfrazado de marinero se adentró en los barrios bajos de la ciudad. Niños en harapos, mirando con sus ojos legañosos a ver qué podían robar ese día para comer, mujeres prostituyéndose para ganar unos peniques… ¿Mujeres? Más bien niñas, adolescentes que parecen viejas. Inmigrantes sin trabajo y sin esperanza de conseguirlo, obreros que intentan sobrevivir deslomándose con trabajos temporales y mal pagados…

Es lo que vio él, un muchacho de familia bien. Escoria de la sociedad, así les llamaban los de su barrio, el barrio de los ricos.

—¿Y adónde vas luego? —oyó que repetía su pregunta.

—Voy a casa, a tomarme un té. ¿Y tú? —respondió él.

—¿Yo? Yo… también voy a casa… a ver si hay algo de té…

DUDAS DE UN JOVEN CONSERVADOR

“El nacionalismo se cura viajando”, escribió Baroja. Si bien esta frase es cierta, complementémosla junto a otra: la pobreza no se cura con limosnas y

caridad por horas. La pobreza se cura con la solidaridad, asegurando a todos la oportunidad para salir de ella.

Pero aquel día plomizo de octubre, en 1905, el muchacho todavía no lo sabía. Aquel día, cuando viajaba con su hermano pequeño en tren desde Putney, su barrio opulento, hasta el East End, el corazón de la pobreza londinense, iba precisamente a eso: a dar limosna con su trabajo de voluntario, para devolver a la sociedad —como pensaba— un poco de la fortuna que le tocó por venir al mundo en la cuna en la que nació.

Él se llamaba Clement Attlee, e iba a ser en unas décadas primer ministro británico, el socialista que construyó el estado de bienestar. De ella no sabemos nada más, desapareció en el barrio de East End sin siquiera dejar su nombre, pero ese encuentro y esa conversación se quedaron grabados para siempre en la memoria del chico.

Y ese viaje en tren suburbano, desde el rico barrio del oeste de Londres hacia el maloliente este, es el camino que llevó a Clement Attlee —un joven de la familia victoriana bien acomodada, educado en Oxford, que daba sus primeros pasos como abogado— a construir un imperio socialista del estado de bienestar, de solidaridad y de oportunidades.

Aquel día iba a Haileybury Club, un club que su antigua escuela había organizado para ayudar a adolescentes en el paupérrimo barrio de Stepney. El objetivo del club era enseñar autodisciplina y los valores patrióticos de la sociedad británica, mayormente a través del deporte y del entrenamiento militar, ya que los chicos iban a formar parte del servicio voluntario de apoyo al ejército británico.

Attlee venía de otro mundo, de una familia de clase medio-alta inglesa, con sus sirvientes, sus institutrices y sus niñeras, mesa de billar, cancha para jugar al tenis y veranos en la costa, de opiniones políticas más bien conservadoras. Su padre era un próspero abogado con su propio bufete en el centro londinense, que amasó una modesta fortuna suficiente para mantener con holgura a su familia y dar buena educación a sus ocho hijos. Una familia bien, pero que tampoco se escaqueaba nunca de su deber cristiano de ayudar a los desfavorecidos y que inculcaba estos valores a su prole. Los Attlee llevaban una vida muy organizada: a las 7:30 rezos que congregaban a toda la familia, servicio incluido, luego desayuno, y a las 9 el padre cogía

el tren para ir a Londres, y los demás dedicaban su tiempo al estudio, al trabajo y a las obras de caridad.

Con el tiempo, el hijo mayor, Bernard, se convirtió en el clérigo de una parroquia cercana; la segunda, Mary, se fue como misionera a Sudáfrica; otras dos hermanas, Dorothy y Margaret, trabajaban de voluntarias en una escuela para niñas pobres que llevaban sus tías; Tom, otro hermano, arquitecto de profesión, encontraba horas para ayudar en un club para niños pobres en el pueblo de Hoxton.

Así que aquel día, Clement (para aquel entonces ya encaminado, gracias a los contactos de su padre, a emprender una carrera de abogado) y su hermano dos años menor, Laurence, no hacían más que cumplir los preceptos de los padres y seguir el camino de sus hermanos mayores: dedicar unas horas semanales trabajando para personas a las que la vida les había tratado peor.

Pero Clement no se paró ahí y dio un paso más; pronto empezó a pasar cada tarde entre semana en el Haileybury Club, y los sábados organizaba y arbitraba ahí partidos de fútbol. En pocos meses se convirtió en el gerente y dejó la limpia y cómoda casa de sus padres para ocupar una escueta y oscura habitación en el mismo club, preparada para el responsable. Pasaba más tiempo con sus nuevos alumnos y sus familias, conocía sus casas, y los complicados caminos que, casi siempre, tomaban sus vidas. Le sorprendió la solidaridad entre esos chicos condenados a la marginalidad, su generosidad, su compañerismo. Clem de niño siempre había oído que los pobres eran pobres por llevar mala vida, por ser delincuentes, por no querer trabajar. Y, de repente, vio que estos chicos y sus familias eran iguales que él, que no tenían culpa de su mala fortuna y, sin duda, merecían una vida mejor. Nada de eso le enseñaban en Oxford. Ni siquiera en su familia, una buena familia cristiana.

SI PARA MEJORAR EL MUNDO TENGO QUE SER SOCIALISTA, PUES SOCIALISTA

Fue en el East End donde Clement Attlee se hizo socialista. No fue por altos pero ambiguos ideales, fue por puro razonamiento crítico. Primero se

convenció de que la caridad, la limosna, la "buena obra", a razón de unas horas semanales, entre el *lunch* y el *five o'clock tea*, o unos peniques donados a antojo y voluntad no sirven para nada más que para que los ricos se limpien la conciencia y puedan dormir mejor, y que solo una acción global, redistribución de bienes, imparcial, organizada y gestionada por el Estado puede ser la solución a esta situación.

Conocer su nuevo entorno y sus problemas le llevó a interesarse por el mundo de la política. Guiado por su hermano Tom, más ducto en estos temas, empezó a leer a William Morris, a Sidney y Beatrice Webb, y a otros teóricos y activistas socialistas. No le convencía ninguna propuesta teórica que encontraba, veía que lo que ofrecían era curar los síntomas, no la enfermedad en sí.

En 1908 se inscribió en Partido Laborista Independiente (IPL), empezando así, sin saberlo, su larga carrera en el Partido, que culminaría con el puesto de primer ministro en los años 1945-1951. Su carrera sufrió muchos altibajos—que compartió con su partido—, desde la derrota aplastante en 1931, cuando el Partido Laborista perdió 1,7 millones de votos y más de doscientos escaños, pasando por la victoria inesperada de 1945, pronto seguida por una estrepitosa caída en 1951. Pero Attlee también sufrió esos altibajos de las manos de sus propios compañeros, que en cuatro ocasiones intentaron sustituirle, la última, cuando ya ostentaba el puesto del primer ministro.

A Attlee le faltaba carisma, perecía hombre gris, tímido, poco atractivo, con su bigote de viejo coronel. Nunca se granjeó seguidores ni admiradores, aunque, gracias a ello, tampoco tenía feroces enemigos. Parecía carecer de ambiciones políticas, no mostraba ganas de participar en las discusiones. "La oveja con piel de oveja", como muchos años más tarde le iba a describir la mordaz lengua de Winston Churchill.

Era muy metódico, trabajador, sin miedo a cambiar de opinión si llegaba a la conclusión de que la anterior era equivocada. Si no sabía del tema, dedicaba todo el tiempo necesario para documentarse y aprender. Lo suyo era el trabajo entre bastidores, la organización de equipos, donde sabía sacar de cada uno lo mejor. Era ineficaz en las relaciones públicas, pero gracias a su temple tranquilo, su objetividad y su pragmatismo era imbatible en el

trabajo diario. Estas cualidades suyas lucían especialmente cuando llegó al puesto de vice primer ministro, con Winston Churchill como primer ministro, durante la Segunda Guerra Mundial, en el Gobierno de coalición del Partido Conservador y el Partido Laborista.

Pero de momento, le vemos en el East End, donde en vez de dedicarse a la abogacía, se decantó por el mundo de la política, gracias —todo hay que decirlo—, a que en realidad no necesitaba trabajo estable ni bien pagado, dada la situación económica más que privilegiada de su familia. Después de la muerte de su padre, en 1908, Clement recibió una herencia que le proporcionaba cuatrocientas libras anuales, y por fin se vio liberado de la invisible mano de su progenitor, que le empujaba hacia la carrera de abogado. Ahora, con la herencia y empleos esporádicos podía dedicarse por completo al trabajo social y a la política. El año siguiente, aparte de sus labores sociales en el East End, participa en campañas de su partido, reuniones, asambleas varias veces a la semana. Incluso se presenta y pierde sus primeras elecciones locales.

Pasó el verano de 1911 viajando en bicicleta por la campiña inglesa con un trabajo remunerado de "explicador oficial" del revolucionario proyecto de National Insurance Act ('La Ley Nacional de Seguros') promovido por el Gobierno liberal y el ministro de Hacienda, David Lloyd George. Este trabajo supuso su primer contacto con leyes nacionales en el ámbito social.

Hasta que al final, en el año 1912, se estableció, otra vez gracias a los contactos de su familia, como profesor en la London School of Economics.

Y llegó la primera gran crisis del siglo XX: la Gran Guerra, la Primera Guerra Mundial.

LA GRAN GUERRA

La oveja podría llevar piel de oveja y bigote ridículo, pero poseía el corazón de un león. Desde el principio de la guerra, Attlee tenía claro que su deber moral y patriótico era alistarse como soldado. A menudo discutía el asunto con su hermano. Tom estaba en contra, alegaba que su fe y sus convicciones no le permitían participar en la guerra. En aquellos meses, el asunto era más bien teórico, ya que de momento la movilización era voluntaria y nadie

obligaba a Tom a llevar armas, y Clem era demasiado mayor, con sus 31 años, y fue rechazado por el Ejército. Pero su conciencia no le permitió resignarse mientras los jóvenes que él mismo había entrenado en Haileybury iban a luchar en los frentes. Después de varios intentos y de mover algunos hilos, consiguió ser aceptado, primero para seguir entrenando a los reclutas, luego como teniente con su propia compañía; pronto fue ascendido a capitán.

Al principio parecía que su destino iba a ser el frente oeste, pero cuando a los soldados se les suministró uniformes para clima tropical, los ánimos disminuyeron: estaba claro que iban al este, a Mesopotamia, tal vez. La realidad era peor, el destino de su regimiento era tomar parte en la batalla de Galípoli. La campaña, que duró casi un año y cuya estrategia diseñó el propio Churchill, resultó ser un rotundo fracaso que trajo más de 250.000 muertos del Imperio británico, sin apenas cumplir sus fines. La falta de agua y de alimentos, las duras condiciones del clima, las nubes de moscas e insectos que propagaban enfermedades, disentería… todo eso diezmaba las tropas igual que las balas del enemigo. El mismo Attlee sucumbió a la disentería e inconsciente fue trasladado a la costa, para ser evacuado. Ya en el barco, recuperada la conciencia, pidió que no le enviaran a Inglaterra, sino al hospital de la cercana isla de Malta, para poder volver pronto a dirigir a sus soldados. En agosto de 1915, desde Malta, veía impotente cómo en una fallida ofensiva de Sari Bair morían la mayoría de los oficiales que antes estaban a su mando. En septiembre, logra volver a Galípoli, donde también iba destinado está vez su hermano mayor, Bernard, como capellán. Los hermanos tienen la ocasión de pasar un tiempo juntos por el camino, en Alexandría. En octubre, Clem encontró su compañía en mal estado, diezmada. El inaguantable sol dio paso a las lluvias y la nieve, y, según sus propias memorias, solo la disciplina, unida a las generosas raciones de ron, permitía a los soldados no desmoronarse por completo.

En diciembre estaba ya claro que la batalla era un rotundo fracaso. Empezó la retirada de tropas, y, en enero de 1916, Attlee fue el penúltimo oficial en ser evacuado, seguido por el general Stanley Maude. Se llevó consigo la fama de un intrépido capitán, buen organizador, el mejor padre de sus soldados, pero, cuando ya en el barco echó la mirada hacia la costa,

lo único que vio eran los muchos amigos muertos que dejaba atrás.

En el mismo tiempo, las pérdidas en el frente oeste y la difícil situación general obligaron al Gobierno a anunciar alistamiento obligatorio para todos los hombres entre 18 y 41 años, primero solo a los solteros, pero en mayo del mismo año también a los casados. Tom, el hermano mayor, opositor de conciencia, se negó a entrar en el Ejército, ni siquiera en tropas auxiliares, y fue encarcelado. En ningún momento estas tan diferentes actitudes de los hermanos los enemistaron, de hecho, mantenían una correspondencia muy intensa e íntima durante todo este tiempo; Clement, el héroe de la guerra, y Tom, el "traidor" que se negó a defender la patria.

Después, el batallón de Attlee fue enviado a Mesopotamia, donde Clement fue herido gravemente durante la batalla de Hanna. No fue bala enemiga la que le alcanzó, sino fuego amigo, metralla que le hirió en el muslo, las ingles y las nalgas, mientras llevaba una bandera roja para guiar el ataque de la artillería. Otra vez podemos decir que tuvo mucha suerte (así que, según Napoleón, sería un militar estupendo), ya que, en la misma batalla, las bajas alcanzaron después a más de una tercera parte de las tropas británicas que participaron en la contienda.

Attlee fue evacuado primero a un hospital en Bombay, y después enviado de vuelta a Gran Bretaña. Pero no terminó ahí su participación en la Gran Guerra, pues, después de una convalecencia de seis meses, entrenaba reclutas en Inglaterra, y más tarde, una vez recuperado por completo, fue enviado a Francia. Durante este último periodo recuperó la frecuente correspondencia con Tom (que seguía encarcelado), con el que discutía el nuevo orden mundial y los retos que le esperaban al socialismo.

El final de la guerra encontró a Attlee en Inglaterra, otra vez en un hospital. Paradójicamente, la vida de Clement en estos cuatro años podría dar material para varios libros, pero él mismo no le dedicó más que unas pocas hojas en su autobiografía. Total, no era nada, solo cumplir con el deber patriótico, pensó seguramente.

GRAN SALTO A LA POLÍTICA

Recién desmovilizado, al llegar a Londres, cogió el metro y encaminó sus

primeros pasos hacia el East End solo para encontrar su Haileybury Club cerrado y a muchos de sus chicos muertos en la guerra. Attlee pronto buscó otro alojamiento, volvió a su trabajo en London School of Economics y reanudó su labor en el Partido.

La situación en el país reclamaba cambios urgentes. Todavía en 1885, de los treinta y cinco millones de habitantes solo menos de seis tenían derecho a voto. Ahora, en 1918, más de siete millones de ciudadanos británicos participaron en la Gran Guerra, una séptima parte no volvió. De los que regresaban a casa, la mayoría pertenecían a las capas sociales más bajas, sin derecho a voto, sin medios de vida, unas masas que dieron todo y se quedaron sin nada. El mundo había cambiado y el Gobierno vio prudente realizar algunas reformas, una de ellas fue la ley electoral. La nueva ley de representación del pueblo ('representation of the people act') dio el derecho a voto a todos los hombres mayores de 21 años, y estableció el sufragio censitario para mujeres a partir de 30 años. De un plumazo más de cinco millones de hombres y ocho millones de mujeres entraron en el censo de votantes. Un caladero al que se lanzaron a pescar todos los partidos.

En 1918 el Partido Conservador mantenía su poder, el Liberal estaba dividido en dos, a raíz, precisamente, de pactos con conservadores. El Partido Laborista, subió desde el 7 por ciento al 21 por ciento de votos, ganando quince escaños, hasta un total de 57. Los recelos de la época de la guerra, la cambiante situación de posguerra y la nueva realidad social provocaron durante varios años un considerable traspaso de votos y militantes entre todos los partidos.

Precedido por la fama de sus hazañas en la guerra, Attlee, ahora mayor Attlee, subía escaños en el Partido Laborista. Se presentó en las elecciones municipales en Limehouse y, aunque perdió por ochenta votos, su posición se fortalecía. Era un hombre del centro del Partido, sensato, sin grandes enemigos, aceptable —aunque lejos de ser ideal— para ambos extremos del Partido.

En esta época Clem arrendó una casa en Limehouse, grande y en mal estado, la acondicionó, y se mudó a un apartamento en la primera planta. Las dos plantas superiores se las ofreció en alquiler a otros compañeros del Partido, y la planta baja la convirtió en club social laborista. También dio

uso a dos almacenes en la parte trasera del edificio, uno lo alquiló a un vendedor de carbón, socialista, y otro —con alquiler más alto— a un carnicero del Partido Conservador. No en vano, algunos decían de él que, aunque era muy socialista, no se desprendía de valores y actitudes de la clase media-alta victoriana.

En el mismo año 1919 fue elegido como alcalde de Stepney, el más joven de la historia del distrito. Pronto empezó su lucha contra los propietarios de las casas que cobraban alquileres disparatados, pero se negaban a mantener las propiedades en condiciones. Attlee subió los impuestos y los inspectores del consistorio pusieron más de 40.000 multas o advertencias a los caseros. Se estableció un sistema de recogida de basura, y se mejoraron los caminos.

También se pusieron en marcha controles de sanidad, con el fin de bajar la mortalidad infantil, la más alta de todo Londres. Se construyeron cinco clínicas para niños y se activaron sistemas de visitas de personal sanitario en las zonas más pobres. Más de 6.000 familias se beneficiaban de reparto de leche gratuita. Además, se fundó una red de bibliotecas públicas en apoyo a la educación. En resumen, Attlee hizo un ensayo general a pequeña escala de lo que iba a ser años después el estado de bienestar británico.

Un año más tarde Attlee escribió su primer libro, *Trabajador social*, donde expresó sus ideas sobre la ineficacia de la caridad para mejorar la vida de los pobres y la necesidad de acciones organizadas por el Estado para paliar la mala situación de la población.

Durante esta época, Attlee ganaba experiencia en la Administración local, en el barrio de Stepney y en Limehouse, haciéndose cada vez más visible dentro y fuera del Partido, no tanto como un líder carismático, sino como un administrador y un político capaz de actuar y organizar el trabajo de todo el equipo, y evitar discordias, de tal manera que nadie se sintiese derrotado en el consenso acordado.

En 1922 entra en el Parlamento, en la Cámara de los Comunes, como diputado por Limehouse, y trabaja en los dos inestables y minoritarios gobiernos del laborista Ramsay MacDonald, en los años siguientes (1924 y 1929-1931). En la etapa intermedia escribe algunas entradas para la enciclopedia del movimiento laborista, y también forma parte de la

comisión parlamentaria sobre asuntos de la India, con respecto a su posible independencia. No era una tarea que le atrajera demasiado, ya que por aquel entonces Attlee ya estaba casado, con tres hijos pequeños y una mujer enferma, pero como buen soldado no protestó y pasó varios meses en la India, Birmania y Pakistán, con otros miembros de la comisión, que estaba liderada por el conservador John Simon.

En 1931 el Partido Laborista registra su más estrepitoso fracaso electoral, pasa de 287 a 52 escaños, y muchos de sus más notables miembros pierden los puestos en el Parlamento. Attlee se mantiene, pero también disminuye su victoria de más de 7.000 votos hasta tan solo 551.

La pérdida de escaños de los anteriores pesos pesados del Partido es tan grande que Attlee, como más veterano, se convierte en el segundo líder del Partido, y —después de la renuncia de George Lansbury— es elegido líder en funciones. En 1935 gana las elecciones internas y es oficialmente nombrado líder del Partido Laborista, la función que desempeñaría durante veinte años, un récord imbatible hasta hoy.

Pero sería erróneo pensar que Attlee se ganó su puesto con gran popularidad y estima entre los compañeros, fue casi lo contrario. El partido laborista está profundamente dividido en facciones, Attlee parece la opción que menos escuece a todos (de un bando u otro) y siempre es considerado como un parche temporal, que en un momento propicio se podrá sustituir por otra persona, más carismática y más fuerte.

La arena internacional, con la Alemania de Hitler, la Guerra Civil española y la Rusia comunista, tampoco ayudaba a estabilizar la situación dentro del Estado. En el East End, y en Stepney en particular, los feroces conflictos entre fascistas, comunistas, judíos venidos de Rusia, anarquistas e irlandeses eran el pan de cada día, y Attlee vio más de una vez cómo sus mítines eran violentamente interrumpidos por uno u otro grupo, a veces policía mediante.

Empieza un convulso periodo anterior a la guerra, que Attlee afronta como líder de un partido de la oposición, que, aunque recuperado de la derrota del año 31, está lejos de sus mejores marcas. Mientras tanto, en el horizonte europeo se amasan las nubes negras del fascismo.

Muchos británicos, entre ellos algunos de los comunistas de Stepney,

entraron en las Brigadas Internacionales para defender la República en la Guerra Civil española. Entre el 2 y el 8 de diciembre de 1937, Attlee, junto a otros tres laboristas, emprendió un corto viaje a Barcelona, Valencia y Madrid. La visita estuvo organizada en apoyo a la causa republicana; hubo reuniones con representantes del Gobierno de la República, visitas a hospitales y colegios. En el madrileño barrio de Argüelles, Attlee vio los destrozos causados por los bombardeos y, junto al general Miaja, asistió al desfile de los brigadistas.

Durante esta visita, la 1ª Compañía del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales fue nombrada en su honor Compañía de Mayor Attlee. El azar quiso que en ella luchara el comunista Walter Tapsell, del East End, quien en 1931 se presentó en las elecciones contra el mismo Attlee. La compañía no tuvo suerte, ya que un mes más tarde, en la batalla de Teruel, murieron bajo el fuego enemigo trece de sus soldados.

Frente a los intentos de evitar la guerra a toda costa, para muchos británicos, los problemas de España, Anschluss de Austria, incluso las amenazas de Hitler hacia Polonia y Checoslovaquia, parecían precios asumibles con tal de salvar a Gran Bretaña.

Pero llegó la inevitable segunda crisis del siglo XX: la Segunda Guerra Mundial.

DESDE LA OPOSICIÓN AL Nº 11 DE DOWNING STREET

En mayo de 1940, el Gobierno de Chamberlain, hundido por su propia política de apaciguamiento, se enfrentó al voto de censura en la Cámara de los Comunes, y Winston Churchill, pese a ser del mismo Partido Conservador que Chamberlain, le atacó repitiendo la famosa frase de 1938: “Usted tuvo que elegir entre la humillación y la guerra, eligió la humillación y nos llevará a la guerra”. Para salvar el Gobierno, se le ofreció a Attlee y a su Partido Laborista entrar en la ejecutiva y formar una coalición nacional, coalición para los tiempos de guerra.

El Partido Laborista respondió con un sí a la propuesta, pero bajo la condición de que Chamberlain fuera destituido. Attlee comunicó la respuesta por teléfono, ya que se encontraba en una asamblea de su partido

en Bournemouth, y acto seguido cogió el tren de vuelta a Londres. Antes de que bajara del tren, Chamberlain ya había presentado su dimisión al rey, y Churchill aceptó el encargo de ser el primer ministro. Attlee, como líder del nuevo socio del Gobierno, se convirtió en su mano derecha, y al poco tiempo se mudó al nº 11 de Downing Street, edificio contiguo al famoso nº 10. Pronto aceptó el cargo de vice primer ministro, de nueva creación.

En el Gobierno de coalición, dos partidos totalmente opuestos en varias materias fueron capaces de convivir y conjuntamente dirigir el país durante los años de guerra. Y mientras Churchill era el hombre visible, la cara y la mano dura de la fuerza británica, persona que prometía la victoria, su vice primer ministro hacía funcionar el Gobierno, ocupándose entre los bastidores del día a día y de preparar Gran Bretaña para los retos del futuro. Todos los asuntos que separaban a ambos partidos en el Gobierno se obviaron temporalmente en pro del país.

También la relación personal entre el enérgico y beligerante Winston Churchill y el metódico y tranquilo Clement Attlee iba sorprendentemente bien. Mientras Churchill fijaba como objetivo supremo "ganar la guerra", Attlee hacía funcionar la maquinaria del Estado y hablaba más de "ganar la paz" y del "día después". Churchill subía los ánimos para la lucha, Attlee daba esperanzas para el futuro. Hacían un tándem muy bien engranado y mutuamente leal, a pesar de los recelos de sus respectivos partidos, los dos trabajadores incansables y líderes hábiles. Churchill, con carisma y retórica, levantaba masas; Attlee, con respeto ganado gracias a su talento, organizaba y conciliaba. Al fin y al cabo, eran hijos de la misma ética victoriana del Imperio británico, y, aunque no es más que una anécdota graciosa y sin importancia, hasta tuvieron de niños la misma niñera, Elizabeth Anne Everest.

Attlee sabía no solamente manejar varios grupos de trabajo, enfrentados entre sí, también apaciguar a sus propios compañeros del Partido, incómodos con el Gobierno en coalición con conservadores. La lealtad de Attlee hacia Churchill era inquebrantable. Nunca dijo ni una crítica sobre el pasado de Churchill como primer *lord* del Almirantazgo, responsable de la desastrosa batalla de Galípoli, donde Attlee casi perdió la vida.

"La democracia no es un sistema fácil. Puede ser destruida desde fuera,

pero también desde dentro. La democracia no es un modelo de gobernanza, es una actitud hacia la vida", dijo en alguna asamblea en 1943, y, desde luego, él sabía defenderla.

INFORME BEVERIDGE

Mientras los tanques alemanes se preparaban para la ofensiva a Rusia y los aviones de Luftwaffe bombardeaban Londres, había gente que levantaba la vista más arriba y trabajaba para el mundo después de la guerra. Arthur Greenwood, diputado laborista y ministro en el Gobierno de coalición, encargó a un grupo de expertos un informe y un plan de amplias reformas sociales. El presidente de este comité fue un economista liberal, William Beveridge, y con su nombre conocemos el resultado: el *Informe Beveridge*.

Un año más tarde, en noviembre de 1942, el informe se presentó al Gobierno y al Parlamento, y posteriormente se publicó. El trabajo iba mucho más allá de un mero parche para el sistema vigente y propuso lo que iba a ser el futuro estado de bienestar, que aseguraba a cada ciudadano —a través de una serie de subsidios— un mínimo vital necesario para la vida digna, aparte de educación, servicios de salud y protección social. El informe analizaba detalladamente los orígenes de los problemas sociales, y establecía un nuevo pacto entre los ciudadanos y el Estado.

No era el primer intento de paliar los problemas sociales en Gran Bretaña. Lo intentó antes Poor Law, con sus temidos hospicios que tanto odio levantaron entre los pobres. Y en 1911, el Gobierno liberal propugnó, como parte de más amplias reformas, el National Insurance Act, de David Lloyd George (el mismo que Attlee explicaba a los aldeanos desde su bicicleta). También en 1918, después de la guerra, hubo intentos, o más bien promesas populistas, de paliar problemas de alojamientos, cuando el Gobierno aseguró "casas para los héroes" (soldados que volvían de la guerra). Del medio millón de casas que se iban a construir en tres años solo setecientos vieron la luz.

Pero el plan de Beveridge prometía un verdadero nuevo pacto social, un estado de bienestar en el que cada ciudadano tiene sus deberes y derechos, puede contar con la protección del Estado en las cuestiones básicas y tiene

oportunidades de seguir prosperando por su cuenta. El bienestar de la sociedad como una cuestión de Estado.

El informe cosechó críticas en el Parlamento —por demasiado revolucionario según los conservadores, y demasiado conservador y minimalista según los propios parlamentarios laboristas—. Pero publicado ese mismo año, alcanzó una gran popularidad y se ganó el aplauso de los ciudadanos. Ya se vislumbraba en los estudios del Ministerio de Interior, publicados en el *Informe sobre reconstrucción*, que las inquietudes de la gente se centraban ahora en el desempleo y otros problemas vitales, y no tanto en el futuro sistema político del Gobierno.

Beveridge y su grupo de expertos ofrecían un Estado protector, como recompensa a los sacrificios en la guerra, pero también como respuesta a los cambios globales en la sociedad. Un sistema entero para combatir la desigualdad y los problemas sociales desde su raíz. La popularidad del informe fue tal, que traspasó las fronteras, y hasta una copia se encontró entre los papeles recuperados del búnker donde Hitler se suicidó, en abril de 1945.

CÓMO UN MEDIOCRE DERROTÓ A UN MITO

Terminada la guerra, la forzada coalición entre conservadores y laboristas llegó a su fin. La popularidad de Churchill —el salvador de la patria— era tal que nadie se esperaba que pudiera perder las elecciones. Y, sin embargo, el pequeño y algo soso Attlee ganó al gran y poderoso Winston. Nadie lo esperaba, ni siquiera él mismo, pero ocurrió. Había un espíritu de cambio, esperanza de vivir en un mundo mejor, y los conservadores, con su viejo líder, no parecían percibirlo. Ganaron la guerra, pero no prometían reconstruir el país. La venganza y la necesidad de luchar hasta la muerte contra el enemigo no eran las aspiraciones de la gente. Esta vez vencieron las promesas de la civilización renacida y del mundo mejor para todos, que proclamaba Attlee. Los laboristas ganaron 239 escaños más, hasta el total de 393. Los conservadores perdieron la mitad, quedándose con 197.

Así, un tímido y mediocre burgués convertido en socialista por convencimiento moral se encontró en el palacio de Buckingham con el

igual de tímido, además de tartamudo, rey Jorge VI, para ser ratificado como primer ministro. Ninguno sabía bien qué decir, y para romper el incómodo silencio, Clement masculló bajito: “He ganado las elecciones”. A lo que el rey le respondió: “Sí, lo sé. Lo escuché en las noticias de las 6”.

Pero lo que Attlee construyó después hizo cambiar de opinión a cualquiera que hubiera podido considerarle mediocre e inútil. “No habíamos sido elegidos para tratar de arreglar el sistema antiguo, sino para construir uno nuevo. Nuestra política no fue un capitalismo reformado, sino un progreso hacia un socialismo democrático”, escribió años después.

Antes de hacer reformas tan complicadas, a Attlee le esperaba todavía otra tarea, también difícil: construir el Gobierno. No había prácticamente en el Partido gente nueva a la que confiar el trabajo de reformar de arriba abajo el sistema. Así que la media de edad del primer Gobierno era de casi 62 años; de los veinte miembros del gabinete, catorce ya habían superado los sesenta. Pertenecían a la vieja guardia, y cada uno era más individualista que el otro. Afortunadamente, esta era una de las habilidades de Clement: manejar equipos con miembros muy diferentes, para que, a pesar de todo, el trabajo saliera adelante.

ESTADO DE BIENESTAR

El primer objetivo era el pleno empleo. Para eso debería usarse el total de los recursos nacionales. Attlee, paulatinamente, nacionalizó los ferrocarriles, el tráfico aéreo, las eléctricas, el gas, las minas, la industria siderúrgica y de carbón, hasta la banca, con el famoso Bank of England. Churchill comentó disgustado: “Debo decirles que esta política socialista es aborrecible para lo que los británicos significa la libertad”.

En ningún momento fue una alegre y unánime marcha de toda la sociedad que arrimaba el hombro mientras construía un nuevo mundo. La escasez de alimentos, de electricidad, de carbón y de otros recursos básicos era generalizada, se prolongaba y, a veces, se endurecía el racionamiento de comida. Por si fuera poco, los durísimos inviernos de los años 1946 y 1947 trajeron malas cosechas y problemas financieros que agravaron la situación de la población. La euforia inicial pronto empezaba a dar paso al

decaimiento y a las protestas. En esa situación tan delicada, el Gobierno laborista sacó adelante cientos de leyes de gran calado, muchas veces en contra de su propio partido, y siempre con las protestas airadas de grupos con distintos intereses.

Para tener una vida digna también es necesario tener un lugar en el que vivir. El Gobierno aprobó una serie de leyes que facilitaban, y a veces obligaban, a las Administraciones locales a la masiva edificación de viviendas. Aparte de créditos para la construcción y la compra, los órganos de administración estaban obligados a suministrar viviendas temporales a los ciudadanos que la guerra u otras circunstancias vitales habían dejado sin casa. En total se construyeron más de un millón de nuevas viviendas, y, aunque era solo la mitad de lo que estaba previsto al principio, permitió a millones de ciudadanos, por primera vez en su vida, tener una casa digna.

Otra área de mejora fue la educación. No hay igualdad de oportunidades sin educación, y el Gobierno amplió la escolarización obligatoria. La escuela pública, gratuita y de calidad hasta los 15 años, y las becas para la educación superior eran el objetivo. Comidas gratis o baratas, o por lo menos raciones diarias de leche, eran habituales en la mayoría de los colegios.

Al final, el buque insignia del estado de bienestar eran el Sistema Nacional de Salud (NHS) y el Sistema Nacional de Seguros: hospitales, bajas por maternidad y enfermedad, seguros de accidente e invalidez, paro, pensiones de viudedad…

La nueva ley nacional de seguros, la National Insurance Act, aprobada en 1946, en la línea marcada por el *Informe Beveridge*, establecía unas aportaciones obligatorias para los empresarios y los trabajadores, que complementadas por el Estado garantizaban la protección de los más débiles. Un trabajador medio pagaba cuatro chelines y once peniques semanalmente, una cifra que suponía aproximadamente el 5 por ciento de sus ingresos. En palabras de James Griffiths, galés, líder sindical y, por aquel entonces, nuevo ministro de Trabajo y Pensiones: “Esta era la mejor y la más barata póliza de seguro ofrecida jamás a los británicos”.

El responsable de la organización del Sistema Nacional de Salud fue Aneurin Bevan, ministro de Salud, un laborista fuerte y decidido. Bevan se

enfrentó al gremio de los propios médicos para implementar el nuevo sistema de salud financiado con fondos públicos. Solo en el primer año del funcionamiento de la ley se dispensaron más de cinco millones de gafas, millones de británicos que antes no podían permitírselo fueron al dentista o al médico.

Todas estas reformas necesitaban financiación. Gran Bretaña salió de la guerra casi en bancarrota. La balanza comercial era más que inestable, y la ayuda de EE UU, suministrada vía Programa de Land-Lease (ley de préstamo y arriendo), fue interrumpida bruscamente. Las líneas de crédito, que venían desde Canadá y EE UU, sufrían constantes cambios de moneda y subidas de precios en América. El racionamiento de la mayoría de los productos básicos se prolongó durante años, causando el malestar generalizado, más, a la vista de los medios que se proporcionaban en el mismo tiempo a la derrotada Alemania.

Durante años el Gobierno de Attlee sufrió tensiones internas y presiones externas, pero, otra vez más, Cement desplegaba sus aptitudes para unir al equipo compuesto por individualistas, muchas veces enemistados, algunos incluso empeñados en sustituirle en su puesto. Organizar un equipo en el que nadie pierde, todos se sienten útiles, y dan lo mejor de sí mismos fue el trabajo principal de este líder en la sombra. Y así se construyó el estado de bienestar.

Hay revoluciones que traen cambios sociales, pero caminan sobre montañas de cadáveres, revoluciones que empiezan matando a sus propios hijos, para luego —a veces— construir nuevos mundos, siempre alejados de los sueños de los primeros revolucionarios. Pero también hay revoluciones más silenciosas, más tímidas, que a lo largo del tiempo mejoran el mundo. Sin muertos, sin violencia. Nadie las llamaría “revolución” hasta mucho después.

Clement Attlee era partidario de las segundas, un revolucionario de “familia de bien”, un revolucionario con una pragmática alma de contable, pero con pensamiento amplio y valiente. Fue un idealista en el pensamiento y un realista en la obra, un revolucionario que hubiese protestado con furia si alguien le hubiese llamado tal, porque si algo le disgustaba de verdad eran las revoluciones.

JACEK KUROŃ: LA UTOPÍA INALCANZABLE. A VECES, INCLUSO CUANDO GANAS, TODO ESTÁ PERDIDO

UN PAÍS INEXISTENTE

Alfred Jarry, autor de *Ubú rey*, situó su obra en "Polonia, es decir, en un país inexistente". Y casi tenía razón.

Polonia es un país extraño, lleno de cicatrices. Todo el siglo XIX supuso para Polonia un sobresalto, marcado por las particiones sobre particiones entre sus vecinos, Prusia, Rusia y el Imperio austrohúngaro. En 1918 el país logra recuperar la independencia, pero la tiene que defender en otra guerra contra la Unión Soviética, en los años de 1919 a 1921. En 1939, Hitler y Stalin se lo reparten a medias: occidente para Alemania y oriente para Rusia. El 1 de septiembre, Hitler entra en Polonia dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial. Tan solo diecisiete días más tarde, la Unión Soviética ataca al país por el este, los dos ejércitos se encuentran en el centro y celebran juntos el fin de su vecino.

En la actualidad, los turistas han vuelto a Polonia. Numerosos grupos visitan el Palacio de Cultura de Varsovia, ese edificio monstruoso, y los polacos amablemente les explican que fue, en su día, el regalo de Stalin al pueblo polaco. Luego visitan Stary Rynek, la plaza mayor, que en polaco quiere decir 'la plaza vieja' y allí les contarán que no, que no es vieja, sino muy nueva, que todo el centro de Varsovia se reconstruyó a partir de fotos y cuadros antiguos porque quedó totalmente destruido en otoño de 1944. Y les hablarán con orgullo del levantamiento de Varsovia: el 1 de agosto, la Armia Krajowa (el ejército polaco clandestino) se sublevó contra los nazis y aguantó 63 días. El Ejército Rojo estaba al otro lado del Vístula, a pocos kilómetros, pero no se movió. Esperó pacientemente hasta la rendición de las fuerzas polacas y la destrucción total de la ciudad. No querían que

Varsovia fuera liberada por el propio pueblo polaco a las órdenes del Gobierno en el exilio en Londres.

El día 2 de octubre, Bór-Komorowski firma la capitulación. 15.000 soldados polacos y 200.000 civiles muertos es el balance del levantamiento. Después, los alemanes comienzan de manera metódica a destruir casa a casa lo que todavía quedaba en pie en Varsovia. 600.000 civiles son expulsados de la ciudad, muchos llevados a campos de concentración, para condenarlos a trabajos forzosos en Alemania.

La Segunda Guerra Mundial comenzó con la invasión de Polonia por parte de Hitler, seguida por la posterior declaración de guerra de los aliados, y terminó con la traición de los aliados al entregar Polonia, junto a otros países de Centroeuropa, a la Unión Soviética. En 1945 acabó la guerra, pero a Polonia no llegó la paz sino la nube negra de Stalin. Y de nuevo desaparece para Occidente, queda integrada en esa bruma espesa de "países comunistas" que se sitúan tras la cortina de hierro.

De 1945 a 1989 (año de las primeras elecciones libres), Polonia es una sociedad triste y gris, asfixiada por el régimen comunista. Pero a pesar de todo, a pesar del partido, a pesar de Stalin y del Ejército Rojo, a pesar de la realidad que se imponía, hubo en Polonia personas que lucharon incansables por una utopía. Uno de los más significativos, honestos y tenaces fue Jacek Kuroń. Esta es su historia.

LOS COMIENZOS

El 14 de noviembre de 1964, Jacek Kuroń estaba con unos amigos en casa de uno de ellos, en Varsovia. Llevaban meses ya reuniéndose cada pocos días, discutiendo, analizando la situación. Les hastiaba que el Partido Obrero traicionara los ideales comunistas, que la burocracia, acomodada en el sistema, se olvidara de la clase obrera y abandonara los ideales de la revolución. Así que urdieron un plan: escribir un profundo análisis del problema con una propuesta de solución y difundir este manifiesto de manera anónima. En ningún momento querían renunciar al marxismo, al contrario, estaban convencidos de que la verdadera igualdad y justicia social solo era posible en el marco del comunismo.

En otoño de 1964, ya tenían unos pocos ejemplares mecanografiados, solo les faltaba una vietnamita para hacer más copias. En el fervor de las discusiones ni sospechaban que el SB, el servicio secreto polaco, los estaba vigilando desde lejos, y que ya les habían colocado un confidente. De hecho, Jacek Kuroń tampoco sabía que él mismo estaba en el punto de mira de la policía desde hacía un año y que, por su intransigencia y las opiniones críticas que nunca ocultaba, tenía su propia carpeta de seguimiento en los archivos del SB.

Aquel día varios funcionarios armados entraron en el piso de los conspiradores y sin grandes preámbulos detuvieron a los allí presentes y los llevaron a la comisaría. Aunque en el momento del arresto Jacek Kuroń no conocía todavía el nombre del soplón —que resultó ser un colega suyo, también detenido para guardar las apariencias—, sabía perfectamente de qué se les iban a acusar: de "revisionismo". Pero ellos, que se consideraban buenos marxistas, solo querían que se volviera a los ideales del comunismo traicionados por el partido: mejorar las condiciones de vida de la masa obrera. Solo ansiaban lo que dentro de muy pocos años se conocería como el "comunismo con rostro humano".

El arresto no fue demasiado traumático. Karol Modzelewski, otro líder del grupo, contaba luego que un viejo funcionario del SB que le estaba interrogando, un hombre simple de expresiones plebeyas y lenguaje barriobajero, dijo mirándole de reojo tras levantar con desprecio la vista del manifiesto: "¿Esto? Esto no es ni conspiración ni es nada… Es una conspiración a tomar por culo…".

Los detenidos fueron liberados después de 48 horas, el tiempo máximo de arresto sin cargos, pero cuando, contentos, volvieron al piso, se encontraron con que la policía secreta había aprovechado ese tiempo para vaciar completamente la vivienda; todos los ejemplares, las notas y demás papeles habían desaparecido.

Era el año 1964, habían transcurrido casi veinte años de poder comunista en Polonia, veinte años de construir con sudor y sangre la justicia social, el paraíso de los obreros. ¿Qué ha pasado en esos años para que los marxistas convencidos, como Kuroń y sus compañeros, llegaran a la conclusión de que la única solución era una nueva revolución?

Retrocedamos esos 20 años… En 1945, después de la Segunda Guerra Mundial y a consecuencia de lo acordado en las conferencias de Teherán (noviembre de 1943), Yalta (febrero de 1945) y Potsdam (julio de 1945), Polonia quedó en la zona de influencia de la Unión Soviética. Para empezar, se expropiaron las fábricas y las tierras de latifundistas, luego vino el Partido, la censura y las represiones.

Aparte del nuevo sistema político, el comunismo, hubo también un notable cambio territorial. Como si de un juego de chapas se tratara, Stalin, Churchill y Roosevelt (luego Truman) empujaron todo el país unos doscientos kilómetros hacia oeste; Polonia perdió vastos territorios de lo que ahora es Lituania, Bielorrusia y Ucrania, ganando a la vez Silesia en el oeste y Pomerania con la Prusia oriental en el norte, zonas que, aunque llamadas "recuperadas" por la propaganda oficial, en algunos casos habían dejado de pertenecer a Polonia varios siglos antes. Respecto al año 1939 el territorio había disminuido en un 20 por ciento.

Ese cambio provocó masivas migraciones forzosas, los ciudadanos polacos que habían vivido durante generaciones en los territorios del este, ahora parte de la URSS, tuvieron que abandonar sus casas e irse hacia el oeste (una de ellas fue la familia de Jacek Kuroń, que desde Lwów —ahora Lviv, Ucrania— tuvo que irse a vivir a Varsovia). También los ciudadanos alemanes, los que no habían huido ante la avanzada del ejército ruso, eran forzados a huir a Alemania. Millones de ciudadanos fueron obligados a abandonar sus casas.

La guerra dejó un país devastado y mermado. Se estima que más de doce millones de ciudadanos polacos murieron en los frentes, en los campos de concentración nazis, en los *gulag* rusos, o simplemente desaparecieron. Aunque las cifras de muertos son solo aproximadas, según la sentencia de los Procesos de Núremberg, Polonia perdió el 33 por ciento de su capital humano. De la población de casi treinta y seis millones que tenía en agosto de 1939 pasó a tener 23,6 millones en 1945.

Un estado con muchas religiones y multiétnico —69 por ciento polacos, 14 por ciento ucranianos, 3 por ciento bielorrusos, 2 por ciento alemanes, 9 por ciento judíos; de hecho, antes de la Segunda Guerra Mundial, Polonia tenía la población judía más grande de todos los países europeos— se

convirtió en un país casi monocolor, con más de un 98 por ciento de población católica, de lengua y nacionalidad polaca.

La industria estaba devastada, el 65 por ciento de las fábricas quedaron destruidas, igual que el 75 por ciento de los puentes de ferrocarriles, el 80 por ciento de trenes y el 30 por ciento de las viviendas.

Pero el fin de la ocupación nazi más que paz trajo otra ocupación, la soviética, y pronto ese sueño de una sociedad justa, que no pocos compartían, se tornó en una dictadura estalinista, con represiones a los "enemigos del sistema", la antigua clase media y alta, y a los intelectuales. Los excombatientes de la guerra terminaban en las cárceles o ejecutados. Empezó la censura, los pucherazos electorales, el garrotazo frente a cualquier pensamiento no acorde con la línea oficial del Partido. Y, aunque Polonia conservó en el sistema político algunos rasgos propios, diferentes de otros países del entorno, como el papel importante de la Iglesia católica (respetada hasta cierto punto por los comunistas) o el de los agricultores (solo una parte de la superficie de los grandes latifundios se colectivizó y pasó a manos del Estado, lo demás se repartió entre pequeños campesinos), la situación se volvía cada vez más insostenible y la vida de la sociedad más difícil. Los ideales prometidos de justicia y paraíso social no llegaban.

En los años cincuenta, Jacek Kuroń, como la mayoría de su generación, era un marxista ilusionado que buscaba en el nuevo régimen una manera de luchar frente a los orígenes de la injusticia, la explotación y la alienación social. En 1949, con 15 años, entró en las Juventudes Polacas (ZMP), una organización comunista, y pronto se convirtió en el tutor carismático de Czerwone Harcerstwo, una estructura juvenil parecida a los pioneros rusos.

Con 19 años, Jacek obtiene su carné del Partido Comunista (PZPR), pero su visión de autonomía personal, de la importancia del trabajo en equipo y de la solidaridad de grupos pequeños no gustan, y pronto es expulsado.

En la misma época, en un campamento de verano, conoció a una niña de 15 años, Grażyna, Gajka, como la llamaba; él tenía entonces 21 años. Se enamoraron y se casaron cuatro años más tarde. Gajka iba a ser su mujer, su apoyo y la columna vertebral de su vida durante veintisiete años; de hecho, raras veces se habla de Kuroń sin mencionar a su mujer.

En esta época surgen los primeros temblores del bloque socialista. El verdadero terremoto iba a venir mucho más tarde, pero ya se sentían los primeros seísmos. En febrero de 1956, Nikita Jruschov, en una sesión secreta del Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, denuncia el culto a la personalidad y revela los crímenes de Stalin, habla de la Gran Purga de los años treinta. En su discurso Stalin aparece como un verdadero asesino al frente del Partido bolchevique, el único culpable de todos los males. El discurso pronto se filtra en el bloque socialista y la gente empieza a hablar abiertamente de los fallos del sistema.

Las revueltas, que fueron la consecuencia de ese clima, en Polonia pasaron a la historia bajo el nombre de Octubre 56.

Hubo un sangriento levantamiento de los obreros en Poznań, en junio, que dejó 74 muertos, pronto sofocado por los tanques y la policía. Hubo huelgas y movimientos estudiantiles. Los jóvenes buscaban una explicación del fracaso del comunismo y se seguía presentando la situación como consecuencia de los fallos de unas personas concretas, no como un problema intrínseco del sistema. Pero Władysław Gomułka, nuevo jefe del Partido Obrero Polaco, supo desmontar cualquier resistencia ofreciendo unos retazos de libertad. 40.000 personas dejaron las cárceles por la amnistía, casi todos los presos políticos salieron a la calle, la situación parecía mejorar.

Para gran parte de la sociedad, la vida se normaliza, llega la época de la "pequeña estabilización". El poder se ve con otros ojos, como "el nuestro", "el polaco", porque, aunque pueda ser ideológicamente dudoso, es de aquí, es nuestro, no ruso.

Sin embargo, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, muchos círculos otra vez se sienten engañados. Vuelve la censura, el poder de la omnipresente mano dura del Partido.

En esos tiempos Kuroń trabajaba en una profunda reforma del sistema de *harcerstwo*, su gran proyecto para la educación. Sus postulados son rechazados y Kuroń se queda fuera, marginado, pierde el trabajo. Convencido de tener razón, escribe en una carta a su mujer: "La esencia del ser humano es la rebelión. Hay en nosotros un germen de desacuerdo con el mal. Cuanto más fuerte, más fuerte somos. Me niego al conformismo en

cualquier sitio y bajo cualquier condición”.

En la universidad, junto con unos amigos, organiza un grupo de discusión. Debaten sobre política y —aunque siempre desde el marco marxista— analizan los conflictos de la sociedad, critican la dominación del aparato. Ven, defraudados, los ideales socialistas y echan la culpa a la burocracia del Partido. Quieren un cambio profundo, una revolución que devuelva el mando a la verdadera clase obrera, aboliendo el poder de los pocos que se apropiaron de la voz de los obreros. Proponen la organización de consejos sociales a todos los niveles —en las fábricas, en las organizaciones, en las universidades, en el ámbito estatal— para acabar con el monopolio de los mandos del Partido, pues creen que han abandonado los ideales comunistas.

Y volvemos donde hemos dejado la historia: Kuroń y sus amigos deciden publicar el manifiesto de manera anónima y difundirlo en la universidad. Piden prestada una vietnamita a unos trotskistas que conocen, pero de momento solo tienen algunas copias pasadas a máquina. Es 14 de noviembre de 1964. Los servicios secretos, el SB, alertados por su confidente, entran en la casa donde están reunidos los jóvenes y los detienen. Los chicos salen a las 48 horas, el Partido no quiere hacer un juicio a los conocidos activistas juveniles. Se les echa del trabajo y del Partido, se montan unas acciones orquestadas de “repulsa de los ciudadanos indignados”, pero nada más. De momento.

No obstante, ni Jacek ni Karol se resignan a obedecer ni a renunciar a sus ideales. En pocos meses reconstruyen el manifiesto y deciden publicarlo, esta vez con sus nombres, como “Carta abierta al Partido”. Los dos vienen de familias de varias generaciones de revolucionarios. El abuelo de Jacek antes de la guerra fue miembro de PPS (Partido Socialista Polaco), combatiente de OB PPS (Organización Armada de PPS); su padre militaba en PPS, en Lwów, y fue voluntario en la guerra polaco-soviética, combatiente en la guerrilla en la Segunda Guerra Mundial. Jacek se educó en el espíritu socialista, en la tradición de la lucha por los ideales, donde el ser socialista estaba intrínsecamente conectado con tener que pasar por la cárcel, conocer el frío tacto de los grilletes.

El nuevo manifiesto es renombrado, firmado, escrito a mano por los dos

y mecanografiado luego un par de veces con papel carbón, en total catorce copias, tan solo catorce copias para prender la revolución. Parecían pocas, pero su poder de destrucción resultó ser mucho más grande de lo que habían sospechado. De momento, solo para los autores, ya que, al día siguiente de repartir la carta en la universidad, los dos son arrestados, y esta vez llevados al juicio.

Es el primer proceso político tras años y, aunque no es público y no llega a los medios, la voz corre y en la universidad el asunto gana eco. Los acusados defienden sus opiniones, no se retractan y son condenados a tres años de cárcel Kuroń y a tres y medio Modzelewski. Al salir de la sala, Jacek Kuroń levanta triunfalmente las manos esposadas, como orgulloso de su legado socialista de tres generaciones.

Las autoridades los acusan de "preparación con colaboración de otras personas de un programa político perjudicial para los intereses del Estado polaco que llamaba al derrocamiento con violencia del sistema político y socioeconómico de la República Popular de Polonia".

Uno de los ejemplares llega de manera clandestina al oeste. Primero es publicado en la revista polaca *Kultura*, en París, luego traducido a varios idiomas y difundido. Pronto levanta interés en los círculos izquierdistas de los países occidentales. Es el primer documento de la izquierda radical comunista que llega desde uno de los países del Este y cuyos autores han pagado con la cárcel su publicación. Tiene todos los componentes para su mitificación y, aunque el contenido del mismo quedó caduco en pocos años incluso para los propios autores, se graba en la historia como uno de los primeros desafíos lanzados al sistema comunista.

La pequeña bola de nieve, aunque todavía se desliza lentamente, ya es imparable. Mientras Kuroń y Modzelewski están en la cárcel, crecen los círculos de sus seguidores. Todos funcionan al principio como grupitos de colegas, cuadrillas de amigos, que se juntan para discutir, compartir ideas y lecturas, pero también para pasar el tiempo, ir de vacaciones y divertirse.

Uno de estos círculos, capitaneado por Adam Michnik, es el más activo. Organizan actos de apoyo a los dos presos, se cuelan en las reuniones y conferencias oficiales del Partido para dinamitarlas con preguntas incómodas. Esos grupos no están organizados a niveles superiores, casi no

hay contacto entre ellos en esta época. Son como islas en un archipiélago, les diferencian capas sociales de las que provienen, también las ideas políticas, salvo la del compartido desacuerdo con la realidad y la fe en el verdadero socialismo. Tampoco están todos de acuerdo con la "Carta abierta al Partido", pero solo discutir sobre los problemas, verlos de manera parecida, les une.

Cuando Kuroń y Modzelewski salen de la cárcel, en el verano de 1967, encuentran ya un ambiente muy caldeado. Michnik hacía tiempo que había sido expulsado de la universidad, se organizan reuniones más amplias, con los círculos católicos, otros encaminados más hacia lo social. Ambos amigos entran de lleno en una ebullición ideológica y son llevados en volandas como verdaderos héroes.

Se entrelazan varios acontecimientos que determinan la historia de Polonia, como marzo del 68. En junio de 1967, a raíz de la guerra de los Seis Días, los países del bloque comunista rompen las relaciones con Israel. Empieza la purga de ciudadanos de origen judío, primero en el Ejército, pronto también en la policía, el Partido, la Administración y las universidades.

En otoño de 1967 la censura prohíbe *Dziady*, una obra de teatro clásica del escritor polaco Mickiewicz, de la primera mitad del siglo XIX. El espectáculo iba a ser parte de la celebración del cincuenta aniversario de la Revolución soviética, pero su ambiente antirruso, procatólico y su proyección a la actualidad, aumentado por una serie de rumores, no gustó a los censores y la obra es cancelada por antisoviética.

Un acontecimiento a primera vista nimio y cotidiano en un país comunista sirve de catalizador y surgen las protestas. Cuando las críticas de los escritores son sofocadas, en su defensa se levantan los estudiantes, luego se les unen los obreros. La situación se calienta. Hay protestas masivas, asfixiadas con arrestos. Hay manifestaciones contra la censura, contra el Partido, contra las detenciones. La bola gana volumen.

Para el 8 de marzo se prepara una gran manifestación en la Universidad de Varsovia, pero Kuroń y Modzelewski son arrestados un día antes, acusados de encabezar los movimientos de protesta. Los acontecimientos se escalan. Cada día aparecen nuevos focos, ya arde todo el país, en cada

ciudad universitaria se organizan concentraciones, a las que se unen alumnos de secundaria y obreros. Hay más detenciones. Se cierran algunas facultades (como, por ejemplo, la de Económicas, Filosofía y Psicología, en Varsovia), se echa del trabajo a varios intelectuales, profesores universitarios, muchos de ellos con el pretexto de su origen judío son forzados a emigrar y reciben pasaportes que el régimen, en su neolengua, llamaba "con derecho a cruzar la frontera una sola vez". Pueden salir, pero ya no pueden volver. Entre los primeros expulsados están Leszek Kołakowski y Zbigniew Bauman.

Cuando en agosto del 68 los países del Pacto de Varsovia entran en Checoslovaquia con el fin de sofocar la Primavera de Praga, Kuroń, Modzelewski y muchos de sus jóvenes seguidores ya están presos, afrontando los juicios. Esta vez ambos son condenados a tres años y medio de cárcel.

Cuando salen, en septiembre de 1971, encuentran el país como tras una batalla. Muchos amigos habían sido forzados a emigrar, la gente está desanimada y asustada. Pero muchos de sus seguidores continuaban, y ya todos tienen más claro que los cambios internos en el Partido no serán suficientes para cambiar el país, a pesar del pujante nuevo secretario general del Partido, Edward Gierek, y los momentos de bienestar provocados por créditos extranjeros.

Kuroń no encuentra trabajo, temporalmente consigue un puesto ficticio de secretario personal de un escritor. Publica algunas novelas policiacas con pseudónimo, pero sobre todo sigue su lucha en defensa de la tolerancia y la libertad, en la oposición contra el estado totalitario. En la organización de movimientos sociales, de pequeños grupos de ciudadanos, ve el camino que, sin salir de los cauces de la ley, puede cambiar el mundo. Firma la "Carta 59" y se vuelca en las protestas contra los cambios en la constitución que intenta introducir el Partido. Abandona definitivamente el marxismo para construir un nuevo sistema que defienda a los débiles y a los oprimidos, basado en la solidaridad social y la democracia.

En 1976, después de las huelgas de obreros silenciados por el poder, Kuroń es uno de los principales fundadores de los KOR (Comités de la Defensa de los Obreros), la primera organización legal que apoya a los

obreros y ofrece ayuda a los que padecen represiones y a sus familias, difundiendo las noticias de las huelgas, presionando —muchas veces con éxito— para que se libere a los detenidos. Un año más tarde, los KOR se transforman en una plataforma del movimiento democrático KSS KOR (Comité de Autodefensa Social KOR) y amplía su terreno de actuación a la lucha contra la impunidad de las autoridades, la creación de medios sin censura, editados y difundidos fuera de circulación oficial, y el fomento de pequeños clubs y grupos de apoyo.

Según las palabras de Seweryn Blumsztajn, uno de los jóvenes seguidores de Jacek:

> Esta era una de las mejores épocas de Jacek, iba delante como un huracán, y nosotros detrás de él. Nos parecía haber descubierto una solución al comunismo. […] Empezaron a pasar cosas increíbles. Se creaban nuevos comités, nuevos periódicos y editoriales, sacábamos a la gente de las cárceles. Jacek estaba en todas partes, era nuestro maestro, jefe y el alma de todo ese movimiento. ¿Cómo lo ha hecho? Nos educó para ser comunistas de ideas y terminamos en las cárceles comunistas.

La casa de los Kuroń es el centro logístico del movimiento y el punto al que llega toda la información sobre las represiones y desde donde se pasa la información a los medios independientes, a los periodistas extranjeros, a toda la gente que pueda ayudar. El mismo Kuroń publica artículos con pseudónimo en la prensa polaca de la emigración trazando la estrategia de KSS-KOR. Las noticias difundidas por él (o su mujer, cuando Jacek está detenido) y su círculo más cercano llegan a la población a través de los canales no oficiales, también desde la Radio Free Europe (Radio Europa Libre), que emite desde Occidente.

Era un viajero incansable, estaba en todos los sitios donde hacía falta, se reunía con los grupos de opositores, con la gente descontenta, inculcaba optimismo en los espíritus desvanecidos, agotados por las adversidades. Su frase “No ataquéis los comités [del Partido], organizad los vuestros [de la autodefensa social]”, con la que llamaba a renunciar a actos violentos contra el Partido, y, en cambio, a organizar estructuras propias, paralelas, era la más repetida en todos los rincones del país. Con su envolvente carisma convencía a la gente, incluso a los reacios a dar la cara, para que se implicaran aunque fuera en una parte mínima.

Junto con los KOR aparecieron editoriales clandestinas que, en papel

casi de estraza, en sótanos o pisos particulares, imprimen libros hasta entonces inaccesibles y boletines de prensa.

En esta época todo activista, todo sindicalista aprendía de memoria un número, un número grabado a fuego. Cuando eran detenidos, aprovechaban la primera oportunidad para gritar a cualquiera: "Soy tal, trabajo en tal sitio. Llama a este número y di que me han detenido". Y después, más pausado y vocalizando bien decía "393964". Ese era el número de teléfono de Jacek Kuroń. El detenido sabía que Kuroń comprobaría la detención y la haría pública casi de inmediato. Cuenta uno de ellos que, cuando le arrestaron, el mismo jefe de la comisaría le dijo: "No os preocupéis, ya habla de vosotros Free Europe".

En 1977 se crea la Universidad Volante, un sistema de cursos clandestinos, organizados en casas particulares, en los se trata temas imposibles de tocar en las aulas. El año siguiente, un grupo de eminentes científicos y pensadores crean la TKN (Towarzystwo Kursów Naukowych, 'Asociación de los Cursos Científicos'), que acoge bajo sus alas los cursos de citada universidad. El mismo año, Jacek Kuroń es uno de los conferenciantes. La policía secreta intenta sabotear las actividades de la TKN, infiltrando a soplones, o directamente mandando grupos de "estudiantes" que en el mejor de los casos intentaban reventar las reuniones o en el peor empezaban a pegar los presentes, como pasó una vez en la casa de los Kuroń, donde policías de incógnito pegaron a Gajka y dejaron inconsciente y con conmoción cerebral a su hijo de 21 años.

Todas esas actividades, los KOR, la TKN y los movimientos sociales en contra del Partido, traspasan las fronteras. Bronisław Geremek contaba muchos años más tarde que, cuando en 1978 habló con un distinguido periodista americano y le explicó la situación, este dijo: "Es imposible que sea verdad. En un país soviético no pasa que den una paliza y luego les dejen libres. Si tienen motivos, pegan y acto seguido los mandan a los *gulag*. No puede ser, no me cuadra". Y, sin embargo, era lo que pasaba.

Llegaron los años ochenta y a los problemas sociales se unió, otra vez, el desplome de la situación económica. A las huelgas en los astilleros de Gdańsk y Szczecin se suman las fábricas del centro y minas del sur de Polonia. Nace la Niezależny Samorządny Związek Zawodowy Solidarność

(‘Federación Sindical Independiente Solidaridad’), con Lech Wałęsa, un electricista del astillero de Gdańsk, como líder. Kuroń es uno de sus estrategas y asesores a, y en las reuniones cautiva con su carisma a cientos de oyentes, formula las propuestas de actuaciones que van a llevar a la toma pacífica del poder, siempre evitando la violencia e intentando negociar con el Partido.

Al principio Solidarność no pide lo imposible, solo reclama pan y libertad. Quiere que se legalicen los sindicatos obreros independientes, se garantice derecho a la huelga, la seguridad para los huelguistas y la libertad de expresión. Reclama que los presos políticos salgan de las cárceles y que se readmita a los obreros despedidos. Pide la subida de salarios, el mejor aprovisionamiento, cartillas de racionamiento para la carne, para asegurar que todos tengan acceso a artículos que escasean, bajar la edad de jubilación, subir las pensiones, mejorar la seguridad social… Un trozo de pan y una brizna de libertad para ser solo un poco más libres.

El piso de Jacek Kuroń otra vez sirve como punto de contacto. La información sobre las huelgas que llega ahí se pasa inmediatamente a los medios occidentales. Según las palabras del historiador Andrzej Friszke:

> Sin ninguna duda, sin Jacek Kuroń no habríamos tenido la revolución obrera del agosto del ochenta. Sin él no se hubieran formado las elites obreras que dirigían la huelga. Sí, se detenía e investigaba a la gente, pero no se encarcelaba bajo cualquier pretexto durante diez años. ¿Por qué Lech Wałęsa y Anna Walentynowicz podían hacer lo que hacían y no iban a la cárcel? Porque tenían encima el paraguas de los KOR y Jacek difundía la información sobre cualquier detención, cualquier despido. […] Si no fuera por la red de los KOR, las noticias de que alguien está haciendo huelga en Tczew o Mielec no nos hubiera llegado ni en un mes, si es que hubieran llegado. La documentación que nos dejaron los archivos del servicio secreto es una prueba de ello. Vemos el registro día tras día: alguien llama a Kuroń y dice que la fábrica de Tczew está en huelga, él manda a una persona para comprobarlo, luego pasa la información a la radio Free Europe. Free Europe lo dice en antena y las protestas crecen.

A pesar de todo, el Partido —de momento— no se ve renunciando al poder. Se baraja la posible intervención militar por parte de la URSS. Un nuevo secretario general y primer ministro, Wojciech Jaruzelski, general del Ejército, toma el mando.

Durante los meses siguientes, el Ministerio de Defensa analiza todos los posibles escenarios de la intervención. La situación se encona con las

revueltas en Bydgoszcz, una ciudad industrial a 180 kilómetros de Gdańsk, donde en marzo tiene lugar lo que se llamaría luego la "provocación de Bydgoszcz": en la sesión del Comité Regional en la que hablaba el vice primer ministro y también tomaban parte varios miembros de Solidaridad, un grupo de milicias comunistas pega brutalmente a los sindicalistas invitados.

Al mismo tiempo, crece el miedo a la intervención rusa, las maniobras de los ejércitos de los estados miembros del Pacto de Varsovia cubren el país de incertidumbre.

EL LARGO INVIERNO

El 13 de diciembre de 1981, domingo, a las 00:00, empiezan las detenciones. La policía instala puestos en las calles, entran los tanques, se corta la programación normal de la televisión y de la radio, no funcionan los teléfonos. Se empapelan las calles con el bando militar. Wojciech Jaruzelski lee en la televisión un comunicado proclamando la ley marcial. Durante todo el día será el único programa transmitido por los medios de comunicación, intercalado con grabaciones de música clásica. Las siguientes semanas las universidades y las escuelas permanecerán cerradas, se dejará de imprimir la prensa, salvo dos periódicos del Partido. Durante meses, habrá toque de queda, control de correspondencia, de comunicaciones, de movimiento de personas. El poder quiere manifestar con ostentación que el Gobierno está al mando. No se conforman con oír las conversaciones telefónicas, quieren que los ciudadanos sepan que les están escuchando y surge una costumbre que solo en países comunistas tiene sentido: cada pocos segundos la voz de un funcionario interviene en conversaciones telefónicas diciendo "La llamada está siendo controlada", para que nadie tenga duda de que la libertad ha terminado.

Se ha instalado una dictadura militar dentro de un sistema totalitario, una doble dictadura. Se interna a más de 10.000 opositores. No hay cárceles para tantos, se usan los centros de vacaciones, apartados de las ciudades, vacíos en invierno. Jacek Kuroń es arrestado el mismo día. Por primera vez se detiene también a su mujer y a su hijo.

Viene la noche negra, pero Kuroń no se resigna. En marzo de 1982 escribe un artículo (que pasan clandestinamente desde la cárcel), “Tesis sobre cómo salir de una situación sin salida”. Llama a la huelga general para obligar al poder comunista a llegar a un compromiso con la sociedad.

En mayo del 82 su mujer Gajka cae enferma en un centro de internamiento, la mandan al hospital (demasiado tarde, según su médico). En septiembre muere el padre de Kuroń, y a él le dejan estar en la iglesia solo quince minutos, antes del funeral. El 22 noviembre de 1982 le sacan unas horas de la cárcel para que vea a su mujer en el hospital. El médico (Marek Edelman, en aquel entonces prestigioso cardiólogo, años atrás último jefe del levantamiento del gueto de Varsovia, después del suicidio de Mordechai Anielewicz) le dice que es el final, que la muerte es inminente. Jacek vuelve a la cárcel a las pocas horas. Gajka muere sola por la noche.

Kuroń superó todas las detenciones, los días de cárcel, pero nunca pudo superar la muerte de su esposa, su Gajka. No podía soportar su ausencia. Tuvo un sueño recurrente, soñaba con una niña de 16 años, cuando él tenía 8, en la época de la ocupación alemana. Era una niña judía que sus padres ocultaban de los nazis. Para que no la encontraran estaba escondida en un piso vacío, y, para aliviar su soledad, le dijeron a Jacek que la acompañara. Estaban todo el rato juntos, contaban historias, reían, y, en las frías noches de invierno, para darse algo de calor, dormían juntos en la única cama pegada a una pequeña estufa. Pero un día al despertarse Jacek vio que el cuerpo de la niña estaba helado. Mientras él dormía, la niña judía tomó una píldora de cianuro. Ya no podía soportar más la tensión y la incertidumbre, y en el silencio de la noche se escapó de su lado.

Ahora Kuroń sentía el mismo desgarro por la ausencia de su esposa. Nunca nada sería igual en la vida de Kuroń. En todas las fotos del funeral de su mujer se le ve cabizbajo, totalmente abatido.

En 1984 es llevado, por fin, a juicio. Antes de que este finalice, el Gobierno concede una amnistía por el cuarenta aniversario de la PRL (República Popular de Polonia). La dictadura afloja un poco la mano. Kuroń se incorpora de nuevo a sus tareas de consejero de Solidaridad.

Durante la negra noche polaca los ciudadanos intentan sobrellevar la dictadura con un humor ácido, se lanzan al aire, como copos de libertad,

multitud de chistes, como este: “La diferencia entre la democracia y la democracia popular es la misma que entre una silla y la silla eléctrica”. Como en una silla eléctrica se siente también Jacek.

Pero en 1986 hay otra amnistía, el clima político mejora. Kuroń no para, tendrá, de forma intermitente, nuevas detenciones y periodos de cárcel. Aboga siempre por usar las vías legales: no operar de manera clandestina y ampliar el espacio de la libertad por trozos, con pasos pequeños. Y esta estrategia va a terminar torciendo la mano del poder.

LA LIBERTAD

Poco a poco, la oposición se consolida. Pero es un movimiento diferente, ya no es la oposición de “los buenos marxistas” frente a los burócratas del Partido, ahora es “la oposición democrática” frente al poder comunista.

Se llega a una especie de tablas en la lucha entre unos y otros: “El poder comunista es demasiado débil para destruir la oposición democrática, pero la oposición democrática es demasiado débil para expulsar al poder comunista”, diría Michnik.

Tenían dos salidas: la guerra civil o el pacto, y optaron por el pacto. La verdad es que la oposición liderada por Solidaridad siempre había reclamado el acuerdo. Al final, los comunistas ceden. Kuroń, de forma obsesiva, siempre plantea el acuerdo con el adversario: “La utopía impuesta es una contradicción en sus términos. El mundo se puede transformar contando con la gente y no caminando encima de cadáveres”, solía repetir. Pactar con el enemigo para disfrutar de la libertad común. A pesar de todo, a pesar de la represión y de la cárcel, pactar para lograr la libertad.

Y pactaron. Se puso en marcha la Mesa Redonda. No era solo una metáfora, era una enorme mesa redonda donde se sentaban los diferentes miembros en los plenarios, una enorme mesa en un gran salón del Palacio Presidencial. Kuroń dice: “En épocas pasadas al Palacio Real se solía entrar para matar al rey o para avasallarse y fortalecerlo, nosotros entramos en el Palacio Presidencial para coger el poder y recuperar la libertad”.

Los comunistas pusieron su veto a doce personas propuestas por Solidaridad, entre ellas Kuroń y Michnik. Pero en este caso Wałęsa no

cedió, y exigió que ambos fueran incluidos en la Mesa Redonda. Junto a los miembros de uno y otro bando, participaron como observadores miembros de la Iglesia católica y de la protestante.

Se formaron multitud de comisiones y subcomisiones, más de setecientas personas participaron en los debates. No fue fácil ni sencillo, las conversaciones duraron dos meses. Este proceso de negociación pública, con observadores y periodistas que difundían los debates, fue el mejor sistema de publicidad para la oposición, para que fueran conocidos todos sus líderes y sus propuestas. Uno de los opositores diría que durante este tiempo "la oposición democrática estaba entre la mesa redonda y la celda cuadrada".

Al final, el 4 de abril 1989, se firmaron los Acuerdos de la Mesa Redonda. Fue un acuerdo extraño y complejo: se reconocía a los sindicatos independientes, se creaba el Senado, desaparecido desde 1946, se permitía la prensa más o menos libre y se convocaban elecciones libres, aunque con fuertes restricciones.

Se acordó que en las siguientes elecciones para el Sejm ('Parlamento') solo un 35 por ciento de escaños sería de elección libre entre todos los candidatos, el restante 65 por ciento se repartiría obligatoriamente entre el Partido Comunista y sus aliados. Es decir, los comunistas tenían garantizado que 322 de los escaños del Sejm serían suyos porque la oposición no podía presentar candidatos para estos puestos. Los restantes 161 eran libres, y se podía elegir tanto a comunistas como a miembros de la oposición. En cuanto al Senado, sus cien escaños eran de libre elección. Finalmente, se aprobó que fuera una legislatura de dos años, y que en las siguientes elecciones todos los escaños fueran libres.

Estos acuerdos crearon un sistema de votación complejo, cada votante tenía en sus manos entre tres y cinco papeletas. Las elecciones eran a doble vuelta, solo los candidatos que superaran el 50 por ciento de votos emitidos serían elegidos de forma directa, el resto debía pasar a una segunda vuelta. Por ello la oposición dedicó mucho tiempo y esfuerzo a "enseñar a votar". Los polacos estaban acostumbrados a votar sin mirar la papeleta que entregaba el Partido, ahora tenían que decidir cómo y qué votar. Surge así *Gazeta Wyborcza*, el *Periódico Electoral*, el periódico que dirigió Adam

Michnik. Aún mantiene el nombre y sigue siendo el más importante de Polonia.

Los comunistas están eufóricos, tienen garantizada la mayoría amplia en el Parlamento y piensan, además, que van a ganar también entre los escaños libres. La oposición democrática debía de tener una enorme confianza en sus fuerzas y su apoyo popular para aceptar este acuerdo extraño.

Y llegó el día de las elecciones, los resultados fueron abrumadores para la oposición democrática: de los 161 escaños libres en el Sejm logran 160, con porcentajes altísimos. De los cien puestos del Senado sacan en primera vuelta 99. En la segunda vuelta solo participaron el 20 por ciento de votantes. La oposición ya sacó en la primera todo lo que podía sacar, la segunda vuelta se convirtió únicamente en una lucha entre diferentes facciones del Gobierno comunista. Los comunistas estaban aterrados por la derrota, la oposición abrumada por la victoria. Pero dieron un paso al frente y asumieron gran parte del poder.

Uno de esos diputados que ganó su escaño en primera vuelta fue Jacek Kuroń, con un 65,85 por ciento de votos a su favor. Su lucha contra el Gobierno había terminado. Durante años tuvo una carpeta especial en los archivos del servicio secreto. Su equipo de seguimiento de la policía secreta constaba de diez funcionarios por turno. Después, ya en democracia, los policías que participaron en su vigilancia contaban con orgullo: “Yo hice seguimiento a Kuroń”.

En el año 1989 se cierran los archivos del servicio secreto: 36 años, 130 volúmenes, 250 páginas cada uno, 35.000 páginas que recogen la vida de Jacek Kuroń, lo que hacía, lo que soñaba, a lo que renunciaba, las transcripciones de las escuchas, los informes de los chivatos, las cartas de la cárcel…

Pero ya está, ya terminó. La primera anotación es de 1963; la última, de 1989: “El sujeto ha sido elegido diputado del Sejm y, por consiguiente, ya no actúa contra el Estado. Se cierra el caso”.

LA DECEPCIÓN

Tras las elecciones reina un entusiasmo enorme; a pesar de no tener

mayoría en el Congreso, el triunfo de Solidaridad había sido tan abrumador que los comunistas tuvieron que ceder el poder. Michnik, en su periódico *Gazeta Wyborcza*, que para esa época ya era el más importante de Polonia, escribió: “El presidente vuestro, el primer ministro nuestro”.

Ya tenían el poder, ahora tocaba desmontar todo el sistema comunista. Y Polonia vivió una orgía de capitalismo. En las universidades se organizaban clases de capitalismo y libre mercado.

El ministro de economía, Leszek Balcerowicz, diseñó un sistema de privatización exprés y abrió las puertas a un capitalismo salvaje. Kuroń, que fue nombrado ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, apoyó el plan con el mismo entusiasmo con el que en su juventud apoyara a los comunistas. En su programa semanal en la televisión pública, todos los martes, explicaba las reformas, cómo iban a ser, qué sacrificios habría que hacer. Él pensaba que con su Ministerio de Trabajo podría hacer frente a las heridas más trágicas que producía el plan del ministro de Economía. Pero se equivocó, la privatización exprés trajo una economía de nuevos ricos y un colapso social. Millones de obreros se quedaron sin trabajo, muchos emigraron.

A la vez, muchos de los anteriores sindicalistas y políticos de oposición se sumaron a la búsqueda de dinero fácil. Pero Kuroń jamás abandonó su pequeño apartamento en el barrio de żoliborz, en Varsovia. Y se encontró con el mismo drama personal con que se encontró Ortega y Gasset cuando comprobó que la república recién inaugurada tomaba caminos hacia el radicalismo: “No es esto, no es esto”. Kuroń debió tener el mismo desasosiego cuando comenzó a ver las duras secuelas del nuevo Gobierno: “Pudimos hacerlo de otra manera”, diría más tarde. Pero esta confesión se convirtió para él en responsabilidad y culpa personal.

Estaba aterrorizado por la pobreza, la alienación y el paro. Repetía una y otra vez: “No es verdad que la transformación necesitara tanto sacrificio, pudimos hacerlo de otra manera”. Kuroń, ministro de Trabajo, con unos trajes que nunca se adaptaban a su cuerpo, con corbatas que parecían estar fuera de lugar, vio pronto que el capitalismo salvaje se llevaba todo por delante. Que con su Ministerio de Trabajo no podía parar el enorme desempleo, que no podía amparar a los millones de parados. Pero no se rindió.

Un día cuando iba por la calle se cruzó con un sintecho, que se le acercó y le dijo: “Eh, ministro, dame 10.000 para una botella de priva”. Y Kuroń, que era un desastre absoluto en su economía personal, empezó a revisar los bolsillos, pero no encontraba ni una moneda, no llevaba nada encima: “Lo siento, tío, pero no llevo ni un *zloty*”. Al oír esto, el hombre tuvo una reacción inesperada: “Joder, ministro, tú estás peor que yo, toma mis 10.000 para que puedas comprarte priva”.

Y Kuroń los cogió. Al día siguiente fue al banco, abrió una cuenta e ingresó los 10.000 del sintecho y un tercio de su sueldo. Nunca dejaría de hacerlo en el futuro. En su programa de televisión pidió a los polacos que, si podían, ingresaran donaciones en esa cuenta. Así surge la fundación SOS. Una fundación que repartía en las calles sopa caliente para los sintecho y los pobres que no tenían absolutamente nada. Se hizo muy famosa la sopa de Kuroń. Muchos otros polacos ingresaban donaciones dicha cuenta.

Muchas veces, el ministro se ponía un delantal blanco y servía, él mismo, sopa caliente por la calle con un enorme cazo redondo. Cuenta su nieto que, años después, muchas personas se le acercaban a pedirle la receta de la famosa “sopa de Kuroń”, y dice, con acierto, que siempre le daban ganas de decir: “La receta de la sopa de mi abuelo es muy sencilla: donar un tercio de tu sueldo para los pobres”.

Kuroń se equivocó en casi todo, pero jamás en lo esencial: la lucha por la libertad y la defensa de los humildes como compromiso personal, cuando era marxista, cuando era de Solidaridad o cuando era ministro. Siempre defendió la solidaridad de tú a tú, más allá de las instituciones. Tenía una enorme fe en la parte buena de la naturaleza humana.

“Era un raro ejemplo de mezcla de un rebelde y un hombre de compromiso, siempre dispuesto a ir a socorrer, perdonar, negociar, hablar. Era la conciencia del mundo de la política polaca”, escribió de él *Gazeta Wyborcza*, después de su muerte.

Kuroń terminó sus días con un sabor amargo por no haber podido ayudar desde el Gobierno a todos los pobres, a todos los desempleados. Y los más humildes de Polonia le siguen recordando, le han hecho un homenaje cotidiano y permanente en el mismo lenguaje. Porque incluso hoy, ningún parado polaco dirá que va a cobrar el subsidio de desempleo,

siempre dirá que va a cobrar la *kuroniówka* (lo de Kuroń), el seguro de desempleo que él introdujo siendo ministro.

LA MASACRE

Primero cayó Trond. Ni lo vio venir. El rayo verde del láser se paró en su nuca y Monica dijo enojada: “No le apuntes a nadie con el arma”. Pero la bala ya estaba siguiendo la trayectoria del rayo, la Glock disparó y Trond cayó desplomado. Monica clavó la mirada en el asesino y en su uniforme de policía: “¿Cómo? ¿Este no ha venido aquí a protegernos?”. Instantes antes los tres iban escaleras arriba —desde el muelle donde atracó el pequeño ferry hacia el edificio de recepción—, primero Trond, detrás Monica, y a su lado el policía.

Ahora Trond estaba muerto el en suelo. Monica gritó y en un intento desesperado de salvarse echó a correr. Pero el policía movió lentamente la pistola hacia ella y la disparó directamente en la cabeza. Monica cayó al instante. El asesino se volvió de nuevo hacia Trond y —como para asegurarse— descerrajó dos tiros a su cuerpo, que yacía inerte en un charco de sangre. Y otra vez a Monica. Una, dos balas más.

Trond Berntsen tenía 51 años y Monica Bøsei, 45. Los dos llevaban años trabajando en ese lugar. Él, policía que en su tiempo libre asumía el trabajo de guardia de seguridad, y ella, desde hacía veinte años, organizando el campamento. “Madre Utøya”, la llamaban todos. Ahora los dos estaban muertos.

La pareja de Monica, Jon, el capitán del ferry que acababa de traer al falso policía a la isla, se encontraba en este momento a escasos quince metros. El asesino trajo consigo una enorme caja negra y después de desembarcar le pidió a Jon que la subiera con el coche colina arriba y la dejara al lado del edificio de recepción. El camino era corto, apenas cincuenta metros, pero empinado, y la caja era muy pesada. Entre los tres la

cargaron en la parte de atrás del todoterreno, y el capitán, obediente, llevó el coche mientras que los otros empezaron a subir a pie. Ahora Jon había visto, desde arriba, como el policía disparaba. Vio como caían, primero el guardia y luego Monica. Y como el asesino los remataba en el suelo. ¿Pero de verdad lo vio? ¿De verdad es lo que pasó? ¿El policía disparando a la gente? Jon no está seguro. "No me acuerdo, no lo sé, creo que lo vi, creo que sí lo vi", repetía meses más tarde durante el proceso. Es una mala pasada que nos juega nuestra mente, dicen los psicólogos. Nos impide recordar lo traumático, para ayudarnos a sobrevivir, afirman. Pero una cosa estaba segura. Jon se encontraba a quince metros, mirando al policía ejecutar a dos personas inocentes. Algunos que estaban cerca empezaron a gritar y a correr con pánico; escapar, esconderse, huir. También Jon corrió en la dirección opuesta, para alejarse del asesino. Y solo pensaba en buscar y poner a salvo a su hija de 17 años, que estaba en algún lugar de la isla.

El homicida confesó meses más tarde que esos dos primeros asesinatos duraron un minuto escaso, pero a él le pareció una eternidad. Y añadió: "Cuando saqué la pistola, había como cien voces en mi cabeza gritando 'no lo hagas, no lo hagas'". Pero lo hizo. Y solo era el principio.

Eran las 17:21 del 22 de julio de 2011, viernes. Estaban en la Isla de Utøya, Noruega. Hacía un día desapacible y frío, después de otro de sol. Llovía a cántaros, la gente tenía que esquivar los charcos, pero el terreno ya estaba empapado y solo se salvaban los que llevaban botas de goma. Por lo menos, habían desaparecido los mosquitos, que en los días anteriores no dejaban vivir. Ahora la tierra devolvía el calor y entre los árboles, mesas y sillas vacías se formaban pequeños bancos de niebla. El agua goteaba de los tensores de las tiendas de campaña, algunas tiendas ya hacían agua. Pero parecía que a nadie en Utøya le importaba.

Las 564 personas, miembros de AUF, juventudes del Partido Laborista Noruego, en su mayoría de entre 14 y 20 años, estaban celebrando en Utøya su campamento anual de verano. Era una fiesta de juventud, con largas discusiones y charlas sobre política y visitas de celebridades de primer nivel —el día anterior el ministro de Asuntos Exteriores había hablado sobre Oriente Medio, esa mañana habían recibido la visita de Gro Harlem Brundtland, la primera mujer presidente del Gobierno de Noruega, una

verdadera leyenda para las chicas de AUF—. Y al día siguiente se esperaba la visita estrella: el mismísimo primer ministro Jens Stoltenberg. Los tres habían pasado en su juventud por campamentos en Utøya, y ahora eran ejemplos a seguir para los jóvenes laboristas.

Esas visitas levantaban pasiones, pero no menos importantes eran las discotecas, los conciertos, los partidos de fútbol, los karaokes, los juegos de "citas exprés", los primeros enamoramientos… El campamento de verano de AUF era, desde hacía años, un punto obligatorio para cualquiera que quisiera dedicar su vida a la política laborista, pero también para los chicos que se sentían atraídos por estos círculos. Era costumbre repetir año tras año, y, con el tiempo, traer a los hermanos pequeños, luego mandar a los hijos.

En la apertura del campamento, dos días antes, Eskil Pedersen, el presidente de AUF, había dicho: "Este va a ser un campamento inolvidable, legendario". Una frase que muy pronto iba a cubrirse con un velo negro.

Pero ahora, la tarde del 22 de julio, el ambiente estaba muy cargado. Una hora antes en Oslo, a 39 kilómetros de Utøya, estalló una bomba frente a los edificios gubernamentales, a escasos metros de varios ministerios y del despacho del primer ministro. Las imágenes que empezaban a llegar a través de internet eran muy confusas. En las pantallas de móviles se veía sangre y cristales rotos, se oían alarmas de coches, policías intentando controlar la situación. Las noticias eran ambiguas… ¿Un ataque terrorista? ¿Una explosión fortuita de gas? Todavía no se sabía nada.

Monica y Eskil habían decidido juntar a todos los chicos para trasladarles las primeras noticias. La reunión se hizo en el único lugar capaz de congregar a mucha gente en caso de lluvia, el edificio principal, en la colina más alta de la isla—donde estaban el comedor, los salones y la cafetería—. Pero aun así, había mucha gente y no todos podían entrar. El calor y el olor a humedad, a ropa mojada, se volvían cada vez más pesados e insoportables. Las botas sudadas que todo el mundo dejaba delante de la puerta y los chubasqueros que intentaban secar donde fuera desprendían un intenso tufo.

El objetivo de la reunión era transmitir la información sobre lo que pasaba en Oslo, pero, más que nada, calmar a los chicos. Y hacía falta.

Familiares y amigos de muchos de los jóvenes trabajaban en el Gobierno, en la zona afectada. Pero Monica y Eskil hicieron todo lo posible para que no cundiera pánico. Contaron lo poco que se sabía de momento, prometieron mantenerlos a todos informados, aconsejaron que cada uno que lo necesitara pidiera ayuda en el puesto de enfermería o que acudiera a los responsables de los grupos, que llamara a los padres o amigos, para tranquilizarlos, para tranquilizarse. Se suspendió la discoteca prevista para la noche, seguramente también la visita del primer ministro esperada para el día siguiente, pero nada más. Para levantar los ánimos se prometieron barbacoas por la noche, con salchichas hasta hartarse. "Podemos estar tranquilos, estamos en Utøya, en el lugar más seguro del mundo", dijo Eskil, otra frase que pronto desearía no haber pronunciado nunca.

Apenas terminada la reunión, desde el puesto de AUF en tierra firme, donde atracaba el ferry, les informaron por el *walkie-talkie* que acababa de venir un policía con intención de ir a la isla para ocuparse de la seguridad. Faltaba poco para las 17:00, media hora antes de que Monica viera el rayo verde apuntando a su amigo.

Pero cuando los cuerpos de Monica y Trond ya estaban en el suelo, a unos doscientos metros, en los edificios en la colina y el campo colindante, lleno de tiendas de campaña montadas de cualquier manera, decenas de chavales estaban todavía comentando en círculos la recién acabada reunión. Los responsables de los grupos regionales intentaban calmar a los suyos, organizar actividades para la tarde. Muchos chicos se quedaron en la cafetería y los salones. Era el único sitio donde cargar los móviles, así que siempre estaba lleno de bullicio. Otros volvieron a sus tiendas de campaña, se dispersaron por la isla a sus tareas, a llamar a sus familias. La lluvia parecía dar una pequeña tregua.

Anders Behring Breivik, que es como se llamaba el falso policía, después de matar a Monica y Trond, no persiguió a Jon, ni tampoco entró en el edificio blanco de recepción. Lo rodeó y se dirigió directamente a la colina, hacia la cafetería. Sabía que no tenía mucho tiempo y que si quería matarlos a todos, más de quinientas personas, tenía que buscar grupos grandes y darse prisa. Pero, aunque se movía con paso firme, no corría ni se apresuraba. Mientras iba colina arriba, sacó el rifle y empezó a disparar a

los que se cruzaban en su camino. Alto, con cara inmóvil, pelo rubio y corto, fijado hacia atrás, vestía uniforme de policía, pantalones negros con cintas reflectantes de cuadros a la altura de los tobillos, perneras metidas en las botas. Con todas las placas y pertrechos que pensamos que un agente de la ley debe llevar. Así que sus víctimas al verlo no sospechaban nada, incluso se acercaban buscando amparo. Hasta que veían, incrédulos, cómo el policía les disparaba a ellos y a sus amigos.

El siguiente en morir fue Rune Havdal, otro guardia de seguridad de la isla. No llevaba armas, solo un chaleco con grandes letras que lo identificaban como guardia. Al fin y al cabo, solo iba a vigilar que ningún niño hiciera bravuconadas por la noche. El alcohol y las drogas estaban prohibidos en la isla, y también las navajas o cualquier herramienta cortante, así que el trabajo de los guardias era más parecido al de un padre firme que al de un policía encargado de perseguir delincuentes. Rune no tenía ninguna oportunidad de salvarse. Cinco tiros del rifle dejaron su cuerpo inerte en el camino hacia la cafetería.

Son las 17:23. La siguiente es Hanne Balch Fjalestad, enfermera que cuidaba de los jóvenes (su hija también estaba en la isla), tres disparos. Breivik ya está delante de la cafetería. Casi nadie todavía se da cuenta de lo que está pasando. Hay gente corriendo y gritando, pero ¿adónde corren? y ¿por qué gritan? Los que sí han oído los disparos no los reconocen, piensan que son fuegos artificiales.

Algunos miran con curiosidad por la ventana e incluso salen fuera para ver qué pasa. Snorre, de 30 años, cae al lado de Hanne. Tres disparos. Su novia, Renate, lo ve todo desde la ventana de la cafetería. A Snorre, y también a Rolf, 25 años, les impactan tres balas.

Estalla el pánico, los que han visto los disparos intentan huir, como sea, por las puertas, por las ventanas. Unos se quedan paralizados, sin poder moverse; otros buscan escondites en el propio edificio, detrás del piano, detrás de los altavoces, en el baño… Muchos no saben ni qué es lo que pasa, solo ven a sus amigos correr y gritar desesperadamente, gritar algo sobre un policía. Los que escapan por las ventanas van descalzos o en calcetines (“¡Las botas! ¡Las botas se quedaron en la entrada!”), casi sin ropa de abrigo, sin darse cuenta de que el cristal de la ventana está roto y

que están sangrando. De hecho, son muy pocos los que ven al falso policía disparar, la mayoría no sabe ni de qué escapan ni por qué.

Es una estampida. Todos corren, a donde sea, pero corren. Hasta llegar a la orilla. Pero Utøya es una isla, ya no hay adonde escapar. La tierra firme está a seiscientos metros a través de las gélidas aguas del lago Tyrifjorden. En esos primeros minutos casi nadie de los que llegan a la orilla decide escapar a nado. Nadie se cree todavía que la situación puede ser tan grave.

Mientras tanto, Breivik, pistola en mano, después de dar unos disparos en las ventanas y paredes, entra en el edificio de la cafetería. Son las 17:26. Primero accede al salón pequeño. La mayoría ya ha escapado, pero todavía hay como unas veinte personas dentro. Muchos siguen sin entender qué pasa, esperando que el policía que acaba de entrar les explique la situación, asuma el control y los proteja. Pero Breivik empieza a disparar, de manera metódica, en la cabeza primero, luego rematando en el suelo. A los que están de pie, a los que intentan esconderse detrás del piano, uno, dos, tres… siete muertos. Un chico le ataca con las manos, pero Breivik lo aparta y lo mata de un tiro. Hay heridos, hay muchos que tratan de escapar, pero las puertas son estrechas y Breivik aprovecha esos segundos que tardan en salir para dispararlos.

Renate se esconde en el baño. Está horrorizada, acaba de ver morir a su novio. Es consciente de que no es un buen escondite, que si el asesino entra ahí no habrá salvación. Pero es lo que hay. Aterrorizada, consigue marcar el número de la policía. Esta es una de las primeras llamadas que llegan de la isla y alerta sobre el ataque (un año más tarde, en el proceso, se reprodujo la grabación íntegra, y esta heló la sangre a toda Noruega).

Son las 17:27. Breivik pasa a la sala grande. Los que todavía quedan dentro parecen paralizados por el miedo. Algunos ni se mueven cuando el asesino recarga el arma. Un chico intenta esconderse detrás del altavoz. Breivik necesita varios disparos para, finalmente, matarlo. Otra chica está hablando por teléfono con su padre. Grita aterrorizada. Agarra el teléfono rosa como si pudiera escapar por la línea telefónica, como si la voz de su padre, que estaba a cientos de kilómetros, le pudiera salvar. Pero no hay piedad, la bala entra por su oreja izquierda y sale por la derecha, haciendo pedazos el teléfono. La llamada se corta.

Son las 17:28. Aproximadamente a la misma hora, el MS Thorbjørn, el ferry que conectaba la isla con la tierra firme, el mismo que tan solo veinte minutos antes habíatraído al asesino a la isla, zarpa con nueve personas a bordo. El ferry, antes de convertirse en MS Thorbjørn, había sido una lancha de desembarco de la armada sueca, la AUF la compró en 1997 para usarla en Utøya. De su pasado, el buque solo conservaba la proa abatible de acero a prueba de balas. En los últimos años, en vez de a militares, servía a los jóvenes laboristas. Tenía capacidad para hasta cincuenta personas y un coche. Un barco que podría a la vez salvar como mínimo a cincuenta jóvenes escapa ahora, escasos minutos después de los primeros disparos, con tan solo nueve personas a bordo. Una de ellas es el capitán Jon Olsen, que desorientado después de correr por la isla en busca de su hija, se da cuenta que es una tarea imposible y vuelve al muelle para asegurar la embarcación. Ahí se encuentra con su grumete, que al ver como Breivik mataba a Monica ni había bajado del barco. Y también está ya a bordo Eskil Pedersen, de 27 años, presidente de AUF, el jefe máximo de toda la organización. Eskil, en el momento de los primeros disparos, estaba en el edificio de recepción con dos de sus asistentes. Oyeron algunos ruidos, pero no los identificaron como disparos. Uno de los ayudantes al bajar vio los cuerpos de Monica y Trond, oyó los gritos de los pocos que presenciaron el asesinato, vio como todos escapaban con pánico y como el asesino se dirigía hacia la cafetería. Pensó que no había tiempo que perder, que la situación era muy grave, que fuerzas enemigas responsables del atentado en Oslo ahora también atacaban a las juventudes del Partido en la isla. Por eso llamó a su jefe, y Eskil bajó enseguida. Sin pensarlo dos veces, embarcan y junto con el capitán, el grumete y otros cuatro chicos, deciden escapar sin mirar atrás; una actuación polémica, que más tarde apenas fueron capaces de explicar de manera racional. Cuando estaban a mitad del trayecto tomaron otra decisión importante que influyó en el rumbo de los acontecimientos y, seguramente, en el destino de muchos de los que se quedaron en la isla. Los nueve tripulantes han pensado que el muelle en tierra firme tampoco es un lugar seguro. El falso policía, al llegar a la isla, había dicho que detrás vendrían dos compañeros suyos: ¿y si el asesino tenía cómplices?, ¿si eran más de uno?, ¿si era un golpe de Estado? Así que

deciden cambiar de singladura, y el capitán lleva el barco a una granja llamada Bratån, a pocos kilómetros de la isla, donde un amigo suyo, combatiente de Afganistán, guardaba algunas armas.

Como consecuencia de esta decisión, el ferry no pudo tomar parte en el rescate cuando más falta hacía, y Eskil, el presidente de la organización, abandona a sus jóvenes militantes y no aparece hasta casi medianoche, cuando todo ha terminado.

Son las 17:30. Breivik pasa otra vez por la sala pequeña donde solo quedan cadáveres, sale del edificio y se dirige hacia las tiendas de campaña. Deja atrás trece muertos. Ya son veinte en total. Dispara algunas veces más y mata a otras dos personas. Grita: "¡Vais a morir hoy, marxistas!". En la mitad del campo gira a la derecha, hacia el bosque, y en pocos metros llega al sendero que circunvala la isla, desde el norte hacia el sur, por la parte oeste, el famoso sendero del Amor, como lo llaman los chavales. ¡Cuántos jóvenes han paseado por ahí hablando de la vida, de la política, del futuro, de lo que sea con tal de pasar el tiempo a solas con sus parejas! Toda la orilla oeste de la isla es de difícil acceso, la tierra se corta en un escarpado acantilado de varios metros de altura. De hecho, esta parte del sendero está protegida por una valla de alambre y madera, para evitar que nadie caiga y se haga daño. Varios grupos de jóvenes habían escogido ese camino para huir, y ahora corren desorientados arriba y abajo, según de donde vienen los disparos. La mayoría siguen sin saber de qué escapan, quién es el asesino y cuántos son. Solo saben que hay muertos, han visto sangre, algunos están heridos.

Un grupo de once amigos decide echarse al suelo y fingir que están muertos. Lo propone uno de ellos, y todos obedecen. Tal vez así engañarán a los asesinos, incluso si estos pasan al lado y los ven, pensarán que ya están muertos y seguirán su camino. Eso hacen, se tumban uno al lado de otro, medio escondidos en la hierba, pero no se percatan de que se les ve desde una parte más alta del camino. O tal vez sí, pero deciden arriesgarse. Se tumban y toman posiciones raras, las piernas esparcidas, las manos encima de otros, como si fueran ya víctimas del tiroteo:

Tore, de 21 años, líder de su agrupación; Bano, de 18 años, hija de inmigrantes kurdos, vista como una futura estrella del Partido; Silje, Tarald, Monica, Anders, Andreas, todos de 18 años; Åsta, de 16;

Maria y Marte, de 17, amigas del colegio que se cogen de la mano, “todo irá bien”, susurran para calmarse.

Cuando oyen acercarse al asesino, ni se atreven a parpadear. “Que no se dé cuenta, que piense que estamos muertos…”. Pero Breivik llega justo desde la parte alta y no cree a sus propios ojos al ver los once cuerpos, uno al lado de otro, como si estuvieran esperándole. Su rifle tiene un nombre grabado en la culata, Gungnir, igual que la lanza del dios nórdico Odin. El láser del rifle es de color rojo, no verde como el de la pistola. Y ahora Breivik, creyéndose Odin, lanza el rayo rojo y el rifle empieza a escupir balas. Varios tiros a cada uno, siempre en la cabeza, buscando muerte segura. Marte oye todo, le llegan los suspiros de sus amigos, algún gemido, pero ninguno se levanta, y Marte siente como la mano de su amiga afloja el abrazo, se va. Y seguido, ella también recibe el disparo, la sangre le cubre la cara. Breivik no ha tardado ni dos minutos en asesinar a diez personas. Marte, por algún milagro, sigue viva, herida gravemente en la cabeza, pero viva.

Son las 17:32. El asesino reanuda su marcha. En un sitio la valla de alambre que protege el camino tiene un agujero, asegurado de manera provisional con un tronco de madera. Ahora el tronco está apartado y se ve que el boquete da paso al acantilado. Breivik se acerca al borde y mira abajo.

Unos minutos antes un grupo de chicos ha intentado pasar por ahí en busca de refugio. Entre las rocas hay unas pequeñas cuevas, unas cavidades de apenas medio metro de profundidad donde se podrán esconder, piensan. Pero el acceso es difícil, casi de escalada. Simon, de 18 años, se queda ayudando a los demás a bajar, sujetándolos fuerte por los brazos hasta que las piernas encuentran apoyo en el saliente. Se queda arriba hasta que el último de ellos ha bajado y conseguido un hueco en el que agacharse, por pequeño que sea. Entonces se desliza también él, pero ya es tarde, y ya casi no hay donde esconderse. Unos cuantos se aprietan más para dejarle sitio. Una chica, la última en la fila, con la que Simon paseó la noche anterior por el sendero del Amor, le sonríe y le agarra fuerte, para que el joven no caiga del borde de la roca. Ella está llamando ahora a su padre, pero Simon, precavido, le susurra: “No podemos hablar, no podemos hacer ruido”. Le

quita el teléfono de la mano y lo deja en la piedra al lado. Breivik para, mira hacia abajo y ve solo un pie. Dispara y Simon, herido en el tobillo, cae con un grito. Breivik dispara otra vez. La conexión abierta en el teléfono de la chica no se corta y el padre al otro lado del hilo oye lo que cree que es la muerte de su hija y de su amigo, dos tiros. El cuerpo de Simon cae más abajo y se queda colgado en la roca. Pero la matanza no ha terminado. Breivik sigue disparando, da muerte a cuatro jóvenes más, hiere a otros. Cuando ya no ve a nadie vivo decide seguir por el sendero. Son las 17:40.

La isla apenas tiene 520 metros de largo y 330 de ancho, se puede recorrer en pocos minutos. Ahora más de quinientas personas corren caóticamente en busca de un refugio. Breivik llega al extremo sur de la isla, Sydspissen. Antes que él, muchos llegaron aquí, en oleadas, en grupos, solos. Arribaban exhaustos, sin aliento, después de una huida despavorida, y se paraban en seco. De aquí no se puede escapar, la única salida es seguir a nado. De hecho, ahora ya muchos deciden hacerlo. La tierra firme, una franja verde pespunteada con casas blancas, parecía un oasis de seguridad. Los jóvenes se quitan la ropa y empiezan a nadar. El agua, después de intensas lluvias montaña arriba, está helada. Son solo seiscientos metros, pero hay corrientes y el lago puede ser peligroso. Algunos se lanzan sin pensar, otros prefieren esconderse detrás de las rocas o en los arbustos, y esperar.

Adrian, de 21 años, lleva botas de montaña atadas con varios nudos y bien amarradas a los pantalones, no tiene fuerzas para desatar los cordones. Todos los de su grupo ya están nadando y han hecho buen trecho del camino. Adrian titubea, pero después de unos minutos se lanza al agua con la ropa puesta. No es una buena idea y pronto se da cuenta de ello. Las botas le arrastran hacia abajo y cada vez que intenta quitarlas se hunde. Piensa que no lo conseguirá, que solo le quedan fuerzas para regresar a la isla. Se da vuelta y en el agua se cruza con otros que están nadando en dirección opuesta, hacia tierra firme. Una chica intenta decirle que no, que no vuelva, que los disparos se oyen cada vez más cerca, pero Adrian sabe que no podrá nadar más. Cuando el agua ya solo le llega hasta la cintura ve, de repente, al asesino aparecer detrás de los árboles. Es la primera vez que Adrian está cerca del falso policía, antes no sabía ni de quién escapaban.

Ahora se queda paralizado. “Parecía un nazi. Uniformado, rubio, mirada de acero. A escasos diez metros de mí”, comentaba más tarde.

Pero, casualidad, Breivik no lo ve y empieza a disparar a los que están nadando. Los primeros tiros caen lejos, solo levantan unos géiseres de agua. Algunos aciertan, y el agua se tiñe de rojo. Adrian, convertido en una estatua de piedra, ni parpadea. Breivik está a punto de irse cuando lo ve. Levanta el rifle y apunta al chico. Este grita desesperado: “¡No me mates! ¡Por favor, no!”. Grita, o tal vez solo balbucea, porque la garganta también la tiene como paralizada. Y, sin embargo, pasa algo, el asesino baja el arma y se aleja.

Adrian no puede creer que siga vivo, no entiende por qué Breivik le acaba de perdonar la vida. Con las fuerzas al límite, solo logra arrastrarse a la orilla y tumbarse en el suelo. Saca el móvil de la blusa que había dejado ahí antes de lanzarse al agua. Durante la huida, reiteradamente intentaba llamar al 112, pero sin éxito, después de dos señales, la conexión se cortaba. Ahora marca una vez más el número de la policía: “La ayuda ya está en camino”, le tranquiliza la agente, “Escóndete y espera”. “Estoy bien escondido”, dice Adrian. Pero no es verdad. Está en la orilla, a plena vista, y no tiene fuerzas ni para quitarse la ropa mojada. Se agarra al teléfono como la última salvación, la única conexión con el mundo civilizado. Adrian no puede entender por qué el asesino le ha perdonado la vida. Estaba a pocos metros, con el rifle ya apuntando a su cabeza. Y, de repente, ese acto de perdón. ¿Por qué?, se preguntará durante meses, pero cuando llegue la respuesta no le dará alivio, justo lo contrario, le dejará desahuciado.

Breivik dirá en el juicio que bajó el arma “porque ese chico no le pareció izquierdista, que tenía cara más bien de derechas”. Tal vez, los rasgos faciales de Adrian, hijo de unos inmigrantes polacos, eran diferentes de los de los otros chicos noruegos. Pero no era la respuesta que el joven esperaba oír, no le gustó que, aunque fuese por un instante, el asesino le considerase “uno de los suyos”.

Adrian se queda en la orilla, incapaz de moverse. Como él hay más gente en Sydspissen. Los que se esconden entre las zarzas, los árboles, o incluso están sumergidos en el lago, ocultando las cabezas detrás de algunas rocas. Pero sobre todo hay ropa, mucha ropa desperdigada por el suelo, de

los que han escapado a nado.

Mientras tanto, los que se lanzaron al agua también están perdiendo fuerzas. Entre ellos está el hijo de uno de los guardias de seguridad, asesinado al principio de la matanza. El chico de diez años lo vio todo, escapó en pánico, y luego solo repetiría “han matado a mi padre” a todos que se cruzaron con él en los setenta minutos siguientes. “Mi padre está muerto”, dijo también a Emma mientras intentaban pasar a nado los seiscientos metros que les separaban de la tierra firme. El agua estaba a diez grados, pero ellos seguían. “Hazlo por tu padre; nada”, le repetía Emma, cuando veía que el chico flaqueaba. Ella tenía una herida de bala en el brazo, pero la adrenalina hacía que ni se hubiera dado cuenta de ello.

Son las 17:44. Los jóvenes que al principio habían decidido esconderseen el interior de la isla, entre las tiendas de campaña, llegaron al pequeño edificio granate, la *skolestua* (‘escuela’). Deciden atrincherarse dentro, cierran con llave la puerta, se protegen detrás de las mesas, las camas, los colchones.

Breivik, después de dejar con vida a Adrian, llega a la *skolestua*. En el bosque mata todavía a dos personas que corren entre árboles, pero ahora duda. No le parece prudente entrar en el edificio. Los chicos podían organizarse y atacarle por detrás, aunque sea con piedras o palos de madera. Dispara dos veces en la puerta, luego en la ventana. Se oyen gritos. Así que hay gente dentro, piensa. Pero ya no le quedan muchas balas. Decide ir al edificio de recepción, donde está la caja que trajo consigo en el barco, y coger más munición. Se aleja. Los 47 jóvenes que están escondidos en la *skolestua* respiran con alivio.

Breivik acaba de llegar al edificio blanco. Son las 17:59. Luego vuelve a la cafetería. Dentro no hay nadie vivo, solo cadáveres. Por lo menos eso parece. El suelo cubierto con ropa, zapatos, muebles, todo desparramado, todo bañado en sangre, huele a orina… Y teléfonos móviles, muchos teléfonos, llamando sin parar. Breivik coge uno y marca el 112.

Policía: Policía, emergencias.

Breivik: Sí, hola, me llamo comandante Anders Behring Breivik, del Movimiento de Resistencia Anticomunista de Noruega.

P: ¿Sí?

B: Estoy ahora en Utøya. Quiero rendirme.

P: Ok. ¿Desde qué número me llama?
B: Desde un móvil.
P: ¿Llama desde su móvil?
B: Sí. No es mi móvil, es de otro…
P: ¿Otro?, ¿cuál es su nombre? ¿Hola… hola?

La conversación se corta y Breivik espera la rellamada. Pero en el registro de emergencias entró como "número anónimo". La policía no sabe ni quién era ni desde dónde llamaba, ni siquiera, si algo de lo que había dicho era verdad. Al no recibir la llamada de vuelta, Breivik decide seguir matando. Ahora se dirige al norte.

Son las 18:13. Llega a una pequeña caseta que cumple la función de estación de bombeo. No cree su suerte. Ve a varios chicos intentando esconderse detrás del diminuto edificio, acurrucados, pegados unos a otros. Para tenerlos más a tiro intenta engañarlos. "¿Habéis visto al asesino?", "¿Sabéis dónde está?". Nadie se mueve. "Todavía no lo hemos cogido, pero tenemos que evacuaros, hay un bote esperando, salid rápido". Algunos le creen y salen lentamente. "Rápido, no hay tiempo". Más chicos se atreven a abandonar su escondite y acercarse al falso policía. Una joven le pregunta: "¿Tienes alguna identificación? ¿Cómo sabemos que eres un policía de verdad?". Breivik empieza a disparar. Mata a catorce.

Luego sigue por el sendero del Amor. El helicóptero, que desde algunos minutos sobrevuela la isla, capta en vídeo su paso por este punto. Breivik sigue adelante. El helicóptero llama también la atención de los chavales que siguen escondiéndose donde pueden. Algunos salen para dar señales al piloto. No saben que el helicóptero no es de la policía, sino de una cadena de televisión, y que, como mucho, puede retransmitir su muerte en directo.

A las 18:24 Breivik marca otra vez el 112. En rigor, había intentado llamar alrededor de diez veces, pero las líneas estaban saturadas. Esta vez la llamada se traspasa a la comisaría Søndre Buskerud, diferente de la anterior, y a Breivik le parece que otra vez tiene que pasar por lo mismo, hablando con alguien que no le toma en serio. Quiere pedir que le conecten directamente con el comando de las fuerzas especiales Delta.

P: Policía. Emergencias.

B: Hola, me llamo Anders Behring Breivik.
P: Sí, hola.

B: Soy comandante del Movimiento de la Resistencia Noruega.

P: Sí, hola.

B: ¿Me puede pasar con quien dirige la operación de los Delta?

P: Sí, pero… ¿de qué se trata?

B: Estoy en Utøya.

P: Está en Utøya, sí.

B: He completado mi misión y quiero entregarme.

P: Quiere entregarse. Ok.

B: Sí.

P: ¿Cómo dice que se llama?

B: Anders Behring Breivik. *(En este punto Breivik está ya visiblemente irritado).*

P: ¿Y es comandante de…? *(La operaria sigue haciendo sus preguntas y apuntando todo, se oyen las teclas, la voz es tranquila e impasible).*

B: La organización se llama Caballeros Templarios de Europa, pero somos miembros de... del Movimiento Noruego de Resistencia Anticomunista en Contra de la Islamización de Europa y Noruega.

P: Sí.

B: Acabo de completar la operación en nombre de los Caballeros Templarios…

P: Sí…

B: …de Europa y Noruega.

P: Sí.

B: Y ya que la operación está terminada… es posible la rendición a las fuerzas Delta.

P: ¿Quiere rendirse a Delta?

B: Me puede… ¿Me puede pasar con el responsable de Delta?

P: Sí, bueno… De hecho… está hablando ahora con una persona que tiene un tipo de responsabilidad general…

B: Bien. ¿Puede simplemente averiguar qué tiene que hacer y devolverme la llamada? *(Casi como diciendo a un niño tonto, ¿me puedes de una vez pasar con alguien mayor?).*

P: Emm…

B: Estupendo, adiós. *(Breivik, enojado, corta la llamada antes de que la operaria le responda).*

P: Pero ¡no tengo su teléfono! ¿Hola?

Otra vez la conexión entra como anónima, con el servicio “solo emergencias”, sin datos SIM, y la policía no puede devolverla.

Después de la primera llamada de hace media hora, Breivik mata todavía a veintidós personas más. Casi en el momento de la segunda conexión, el equipo Delta, de diez personas, llega a la isla y seis antiterroristas se encuentran a trescientos metros de Breivik, aunque ellos no lo saben, ni siquiera saben a quién o a quiénes se enfrentan. Breivik tampoco se da cuenta de que los Delta ya están allí, listos para aceptar su rendición. Y sigue matando.

Son las 18:28. Breivik llega otra vez a Sydspissen, el cabo sur. Ahí,

entre las rocas, hay muchos chicos, una veintena. Breivik se acerca y, otra vez fingiendo ser un verdadero policía, pregunta a uno que qué ha pasado, que dónde está el asesino. De lejos, en el continente, ya se ve una larga cadena de ambulancias con las luces azules, un helicóptero sobrevuela el cabo. Parece que la pesadilla ha terminado. Un chico que en este momento está hablando por teléfono con su padre, aliviado dice al micrófono que la ayuda ya ha llegado. Pero Breivik levanta el arma y dispara. Otra vez empiezan los gritos, los jóvenes se dispersan, algunos se lanzan al agua. Breivik sigue disparando, mata a cinco. Es el mismo sitio donde antes perdonó la vida a Adrian. De hecho, Adrian sigue en la misma roca, con su ropa mojada, cubierto con un chubasquero que alguien dejó en la orilla. El joven había pasado todo ese tiempo agarrado al teléfono, hablando, mandando mensajes, creyendo que ya estaba seguro, cuando, de repente, el asesino asoma otra vez entre los árboles.

Adrian finge estar muerto, se acurruca cubierto con varias prendas de ropa, solo el pelo rubio sobresale de debajo del chubasquero. A unos metros, en la roca, aparece un niño de 10 años, hijo del primer guardia asesinado. “Has matado a mi padre, no me mates”, grita. Breivik baja el arma; luego dirá en el proceso que a los niños pequeños no les iba a matar, porque todavía no estaban adoctrinados en el marxismo, que su objetivo, sus verdaderos enemigos políticos, eran solo los miembros de AUF (la “enemiga” más joven que asesinó, Sharidyn, había cumplido 14 años apenas cinco días antes).

Luego Breivik empieza a dar puntapiés a los cuerpos en la orilla, quiere rematar los que tal vez siguen vivos. También se acerca a Adrian y dispara, pensando que apunta a la cabeza. Será el chubasquero mal puesto lo que le confunde, o puede que ya oiga a los Delta, que están a tan solocien metros, pero la bala dirigida a la nuca va hacia atrás y acierta en el hombro del joven.

Será el último disparo que el asesino haga en la isla. Son las 18:31.

Breivik va otra vez hacia el interior de la isla y, al ver a la brigada de seis policías Delta, tira el rifle y levanta las manos. Se terminó.

La matanza en Utøya había empezado casi ochenta minutos antes. Han pasado setenta minutos desde que los servicios de emergencia fueron

alertados por primera vez sobre el tiroteo. Pero también han pasado casi tres horas desde que la descripción del asesino y la matrícula de su coche llegaran a manos de la policía; porque la policía disponía de esos datos incluso antes de que Breivik apareciera en Utøya.

EL RESCATE

Ese mismo día, el 22 de julio de 2011, tres horas antes, a las 15:18, un chico con un ramo de rosas rojas pasaba cerca de los edificios del gobierno en Oslo, y vio algo que le llamó la atención: un policía, con casco como de operaciones especiales, con una vistosa pistola colocada en una funda amarrada al muslo. Los dos hombres se cruzan en la acera y se miran. Algo en la cara del policía inquieta al chico, hasta tal punto que se da la vuelta para seguir al otro con la mirada mientras este se aleja. El policía sube a una furgoneta civil y empieza a circular en dirección contraria por una calle unidireccional. Al chico de las rosas todo le parece tan inusual que apunta los datos: Fiat Doblo, color plateado, VH 24605.

Siete minutos más tarde, a las 15:25, delante de los edificios gubernamentales estalla una bomba de 950 kilos que ha sido colocada en una furgoneta blanca Volkswagen Crafter, y mata a ocho personas, hiere a dos centenares más, y destroza algunos edificios. La furgoneta estaba mal aparcada, en una zona prohibida, donde, sin embargo, desde siempre entra y aparca todo el que quiere y los guardias se limitan a buscar a los conductores y pedirles amablemente que retiren los vehículos, o, en el peor de los casos, a avisar a la grúa. Esta vez también el guardia de seguridad unos minutos antes de la explosión hace una llamada a la policía, a la sección de tráfico, para preguntar por el nombre del conductor.

Gracias a las cámaras de seguridad, a las 15:31 la policía ya sabe que la explosión fue causada por un coche bomba, y que el conductor, vestido de uniforme de policía, después de aparcar se fue a pie, con paso apresurado.

Cuatro minutos más tarde, a las 15:35, Andreas Olsen, el chico del ramo de rosas, llama a la policía y cuenta lo que vio: un policía armado, poco antes de la explosión, alejándose en un coche civil en dirección contraria. Da la matrícula y la descripción del vehículo y del conductor.

Así que, diez minutos después del estallido de la bomba, la policía ya tenía en sus manos datos clave. Todavía se podían haber evitado los 69 muertos de Utøya.

La operaria que atiende la llamada se da cuenta de su importancia y pasa la información a su jefa. Sin embargo, la nota en un pósit amarillo no llama la atención en medio de la confusión que reinaba en estos momentos en el centro de operaciones. Faltan las directrices claras, los cargos que debieran organizar las actuaciones coordinadas se dedican a llamar uno por uno, a ver qué oficiales estaban en casa para poder incorporarse. Un caos: las carreras de la gente, el ir y venir, los gritos, los timbres de todos los teléfonos a la vez… Y mientras los minutos pasaban, el pósit seguía olvidado en la mesa y el asesino, sin que nadie le parase, se alejaba dirección Utøya, cruzándose por el camino con varios coches de policía que, a toda mecha, con sus luces azules de emergencia puestas, iban directo al centro de Oslo.

Entretanto, al centro de operaciones llegan más relatos de testigos presenciales, con descripciones parecidas a la de la primera llamada. A las 15:55 alguien se acuerda de la nota amarilla, pero incluso así la información no llega a la mayoría de los policías en el terreno. No hay ningún sistema de envío masivo e inmediato ni de avisos urgentes.

En esos momentos, los chicos en Utøya, reunidos en el edificio de la cafetería, escuchaban turbados las noticias de Oslo. “Tranquilos, estamos en el sitio más seguro del mundo, aquí no nos va a pasar nada”, les calmaba Eskil.

Breivik seguía su ruta, ahora estaba pasando por Asker og Bærum, un pueblo entre Oslo y Utøya. La oficial de policía de ese distrito acababa de recibir la información sobre la furgoneta y la pasó inmediatamente a las tres patrullas que tenía operativas en la zona, a las que pidió actuar de manera urgente. Sin embargo, dos de las tres desoyeron la orden y decidieron, primero, terminar las tareas diarias que estaban haciendo en ese momento, como el traslado de un preso o la elaboración de informes.

Nadie detuvo a Breivik. Tampoco se usó la extensa red de cámaras de control de tráfico de Oslo, ni se pasó la información a los medios de comunicación, para su difusión. Nadie dio aviso de seguridad nacional,

aviso que hubiese obligado a cerrar las carreteras por las que Breivik circulaba ahora sin ser molestado.

Poco antes de las 17:00, el asesino llega a Utøykaia, el muelle donde atracaba el MS Thorbjørn, y embarca en el ferry. Dice que viene para ocuparse de la seguridad de la isla y no levanta ninguna sospecha del capitán ni de Madre Utøya. En el corto trayecto entre la tierra firme y la isla, apenas habla, se apoya en la barandilla, lejos de los demás, y, nervioso, sorbe algo por el tubo de su mochila Camelbak. Es ECA, una mezcla fabricada por él mismo, un cóctel de efedrina, cafeína y aspirina. Una suave droga que mejorará el rendimiento de su cuerpo.

A las 17:21 empieza la matanza; el falso policía asesina a Trond y a Monica. Cinco minutos más tarde los servicios de emergencias reciben por teléfono la información sobre el tiroteo, del capitán del barco y de varios jóvenes. Las llamadas de emergencia en Noruega son redirigidas automáticamente a la comisaría más próxima. En la de Hønefoss hay en este momento una sola persona y dos líneas en funcionamiento. La centralita se atasca y las llamadas entrantes se acumulan. Casi al mismo tiempo, también en Oslo, se enteran de la desesperada situación en Utøya, muchos jóvenes llaman primero a sus padres, y estos avisan a la policía. Hege, una de las chicas de Utøya, al salir corriendo del edificio principal se para y llama a su padre, oficial de policía de alto rango. Casualidad, el hombre en este momento está en el centro de operaciones en Oslo, y, de inmediato, pasa el teléfono al responsable de los Delta que tiene al lado.

Así que, apenas diez minutos después de los primeros asesinatos, las autoridades están avisadas y la ayuda empieza a salir de ambos sitios, del norte de Hønefoss y del sur, de Oslo. Ahora que los profesionales están en el camino, ¿qué puede ir mal? Sin embargo, el entramado de acontecimientos y casualidades desafía al sistema policial y hace que se tambalee la seguridad que los ciudadanos tienen en él.

En un helicóptero, los 39 kilómetros que separan Oslo de Utøya se puede recorrer en pocos minutos. Seguramente, nada salvaría a Monica y Trond, ni a los trece jóvenes de la cafetería, tampoco a los diez amigos ejecutados en el sendero del Amor; pero, con el helicóptero, la policía podía haber llegado antes de que Breivik asesinase a más gente.

Pero los Delta no tienen helicóptero propio, suelen pedírselo al Ejército o a la policía. La policía de Oslo tiene un helicóptero que el 22 de julio estaba totalmente operativo y listo para despegar. Sin embargo, todos los pilotos estan de vacaciones, no hay nadie capaz de pilotar. Días más tarde se supo que, cuando estalló la bomba en Oslo, uno de estos pilotos estaba en casa y llamó a la oficina ofreciéndose para volver de inmediato al trabajo. Pero sus compañeros de la comisaría le dijeron que no hacía falta. Unas horas más tarde ya nadie se acordaba del piloto y a los Delta se les informó de que el helicóptero no podía usarse por falta de tripulación. Así que las fuerzas especiales salieron por carretera en varios vehículos pesados. Tardaron media hora. Hacía muy mal tiempo, las condiciones eran pésimas y el tráfico denso, como justificaba luego la tardanza el jefe de los Delta.

Y en el norte la situación también se complica. Desde Hønefoss, el camino más rápido es por el lago, pero la embarcación, propiedad de la policía, no se puede usar de inmediato, hay que inflarla y repostar el combustible. Casualmente, la estación de bomberos de la ciudad tiene una lancha preparada y lista para salir en cualquier momento y desde ahí llaman a la policía para ofrecer su ayuda. Pero el operador en la comisaría dice que no hace falta, que la policía tiene su propia barca inflable. Cuando se dan cuenta de que sería mejor usar la de los bomberos, no consiguen comunicarse por teléfono. El operador marcaba repetidamente un número equivocado.

Así que la primera patrulla de dos agentes de Hønefoss llega en coche a Utøykaia a las 17:50. Están fuertemente armados y de tener una embarcación podrían estar en pocos minutos en la isla. Pero reciben otras órdenes —observar desde lejos y esperar a los Delta—. Oyen los disparos. Distinguen claramente que hay dos tipos de armas que nunca se disparan a la vez. Es un solo tirador, concluyen. Además, los disparos no llegan al mismo tiempo de sitios distintos. Otro argumento que confirma su hipótesis. El reglamento policial dice claramente que, en situaciones de riesgo de vida, los agentes están obligados a intervenir. Pero los dos policías prefieren obedecer lo que se les ha dicho por teléfono: “observar y esperar”.

En este momento Breivik ya ha asesinado a mucha gente, y ya está marcando por primera vez el 112 para rendirse. Los dos policías se

esconden detrás de un contenedor en el muelle, por si el asesino desde lejos les dispara a ellos.

Ya desde el continente se ve que hay jóvenes en el lago nadando desesperadamente hacia la tierra firme. Eso levanta la curiosidad de los turistas del *camping* situado justo enfrente, también de los lugareños que ven desde sus ventanas un inusual panorama: cabezas de chicos en el lago, disparos, humo. Siempre hubo pequeñas riñas entre los jóvenes de Utøya y los campistas y lugareños, normalmente por ruidos, por la megafonía demasiado alta que traía a la orilla los gritos durante los partidos de fútbol o las discotecas nocturnas. Pero esta vez era diferente. Algo iba mal. Los jóvenes en el agua no participaban en ninguna competición, luchaban por su vida.

Los primeros campistas sacan sus pequeños botes al agua y ponen los motores en marcha. Al llegar a los jóvenes no pueden creer lo que oyen y ven. Los chicos están heridos, congelados de frío, muertos de miedo y de cansancio. Gritan, o lo contrario —están como catatónicos, paralizados—. Lo que cuentan parece no tener sentido. ¿Disparos en la isla? ¿Policía matando? No hay tiempo que perder. Antes de que lleguen los agentes ya hay cuatro botes de civiles que recogen a los supervivientes del agua y los trasladan al *camping*. Ahí se les ofrecen mantas, toallas y ropa. Las embarcaciones son pequeñas, solo llevan de tres a ocho chicos a la vez, así que hacen varios viajes. Rápido se dan cuenta que lo que han oído es verdad, porque el asesino desde la isla les dispara también a ellos. Lo que no impide que, sin dudarlo, vuelvan, una y otra vez, a por más chicos. Mientras, la policía no deja que las ambulancias se acerquen demasiado a la orilla, “porque la zona no está todavía asegurada”.

Entretanto, hay problemas de comunicación entre los Delta y los policías del norte, unos usan las líneas digitales, otros las analógicas, los sistemas no están bien conectados, no hay manera de acordar una actuación conjunta. Apenas se oye lo que dice cada uno por teléfono. Como consecuencia, el punto de encuentro de ambas fuerzas se establece no en el muelle de Utøykaia, a seiscientos metros de la isla, sino en otro sitio, a casi tres kilómetros de distancia. Los que ya han llegado a la altura de la isla dan vuelta y se alejan. Los Delta tampoco tienen embarcación propia, esperan

poder contar con la de la policía; sin embargo, los agentes de policía no lo saben, de hecho, creen que los antiterroristas vienen en helicópteros.

Una vez juntos, los diez deltas, fuertemente armados, con equipamiento táctico, cascos y escudos incluidos, embarcan en un pequeño bote inflable. Como era de esperar, con tanto peso el motor pierde fuerza, y a unos cientos de metros se para. La embarcación hace aguas y empieza a hundirse.

Otra vez, al rescate llegan los civiles, los mismos que estaban ayudando a los jóvenes en el lago. La primera embarcación coge a todos los policías, pero también es un barco pequeño, su motor no tiene potencia suficiente. En seguida se acerca otro, y los deltas se reparten entre dos botes. Ahora, por fin, pueden ir a toda velocidad hacia la isla. Son las 18:27. Tarde, demasiado tarde.

Como recoge el *Informe Gjørv* (informe de la comisión del 22 de julio, encargado por el Parlamento para esclarecer los hechos), de haber actuado adecuadamente —sin milagros, solo con corrección y eficacia— con los medios disponibles, la policía podía haber llegado mucho antes y haber salvado más de veinte vidas, una vida por cada minuto de demora.

El primer grupo de policía llega a la isla en un bote de recreo, al mismo muelle usado por MS Thorbjørn. Unos jóvenes que están cerca les indican que los últimos disparos habían llegado del norte. Ahí se dirigen los cuatro policías de la primera embarcación. Cuando llega la segunda, se oyen nuevos disparos desde el sur. Los seis policías corren en formación hacia el sur, hacia el edificio de la escuela. Ven a Breivik. Gritan "¡Policía! ¡Alto! ¡Manos arriba!".

Breivik, lentamente, tira el rifle y levanta las manos. Se terminó.

EL DESPUÉS

Las primeras horas después de la detención de Breivik siguen siendo caóticas. La policía no está segura si el asesino actuaba solo, ya que sus primeras declaraciones son ambiguas. Incluso se detiene a un chico en la isla, Anzor, de 17 años, que quedó incomunicado durante varias horas sin poder contactar con sus padres, que le estaban buscando desesperadamente entre los supervivientes. La razón, según la policía, Anzor estaba muy

tranquilo, demasiado tranquilo, sin rastro de la histeria de los otros chicos. No sabían que Anzor ya vivió de niño escenas peores en su Chechenia natal, que ya en su corta vida había visto muchos cadáveres y muerte.

Pero, en este momento, lo importante eran los supervivientes. Otra vez, usando sobre todo los botes de los lugareños y los turistas, luego también el reaparecido MS Thorbjørn, se traslada a los vivos al muelle, y, luego, como se puede, en ambulancias, autobuses, coches particulares, hacia hospitales y el Hotel Sundvolden, donde se estableció la base de operación y se daba alojamiento y cuidado a los jóvenes y a sus familiares, que pronto empezaron a llegar al lugar. La situación seguía siendo dramática, no se sabía quién había muerto y quién estaba vivo. Todos intentaban localizar a sus amigos, los teléfonos pasaban de mano en mano, ya que la mayoría de los chicos había perdido los suyos en la isla. Muchos estallaban en llanto al enterarse quién y cómo había muerto, o gritaban de alegría al ver caras conocidas. Hasta el domingo no se sabía el número exacto de muertos; dos días después de la masacre, la policía todavía hablaba de 84 víctimas, cifra que luego bajó a 69 (resultó que algunos cuerpos se contaron dos veces). El último cadáver se identificó una semana después.

El sábado, a dos de la madrugada, todos los supervivientes estaban ya en tierra firme. En la isla solo quedaron los cuerpos y algunos de los agentes de policía que los custodiaban. Dejó de llover y el silencio era total. Los policías jamás olvidarán esa noche. Estaba oscuro, el cielo estaba muy nublado. Ellos susurraban entre sí. Sabían que, esparcidos por la isla, había decenas de cuerpos, cubiertos con mantas blancas.

En los campamentos, a veces, tocaba luna nueva y no había nubes. Era espectacular, un negro intenso con millones de estrellas tintineantes en el cielo. Ese día no hubo cielo despejado, pero decenas de estrellas cruzaban las nubes y bajaban al suelo de Utøya, decenas de luciérnagas, amarillas, azules y verdes parpadeaban en la isla. Algunos eran solo rápidos reflejos de luz, otros eran insistentes, se enciendían una y otra vez. Son los móviles de los chicos muertos que reciben mensajes y llamadas de sus amigos y familiares. Los policías sobrecogidos verán durante toda la noche esta sinfonía dramática de teléfonos sin dueño, de amigos que lanzan un desesperado grito que en la isla es solo un chispazo de luz en la noche

negra, hasta que uno a uno, los móviles se van durmiendo porque se les agota la batería.

Desde el primer momento, la información sobre lo que pasaba en la isla llegaba a todo el mundo a través de internet, aparecían mensajes en Facebook ("Estoy en la isla. Hay tiroteo. Llamad a la policía. Os quiero") o en Twitter ("¡Están disparando en Utøya, mi hermana está allí y acaba de llamar a casa!", decía el primer tuit sobre Utøya). El helicóptero que sobrevolaba la isla y que tantas esperanzas dio a los jóvenes no era de policía (este seguía tranquilamente en su pista de despegue en Oslo), era un aparato alquilado por NRK, la agencia noruega de noticias, primero para cubrir el ataque en Oslo, y, luego, para sacar videos de la isla. Gracias a él tenemos imágenes escalofriantes de la última media hora de la masacre.

Los periodistas intentan conseguir primicias como sea. A una joven, Stine, le llaman de la radio, para que entre en antena contando lo que está ocurriendo. Stiene se está ocultando entre las rocas, el asesino está cerca, la chica oye disparos. "No puedo hablar, hay tiroteo, me estoy escondiendo", susurra y corta la conexión. El periodista no se da por vencido, manda un mensaje "Llama si cambias de opinión". A Adrian también le llama varias veces un periodista de un periódico sensacionalista, quiere detalles. Luego, cuando Adrian ya no le responde, repetidamente manda mensajes pidiendo fotos.

En la gasolinera Sundvollen, que al principio se estableció como punto de encuentro, una falsa policía se cuela entre los jóvenes haciendo preguntas como si fuera agente de la ley. Es periodista, los chicos la descubren y la echan fuera, furiosos.

La agencia nacional NRK tampoco quería perderse ninguna noticia y colgó en sus pantallas un mensaje: "¿Tienes fotos o noticias sobre lo que pasa? ¿Estás en Utøya? Contacta con nosotros".

Pero, en los meses posteriores y durante el proceso, también salieron a la luz historias de héroes. En la sala del juzgado se oyeron historias de solidaridad y de amistad que dura más allá de la muerte. En momentos de crisis surge a la vez todo lo malo y todo lo bueno. Oddvar, Hege, Toril, Brede, Marcel, Line…Todo el mundo oye los nombres de los campistas, los pescadores y los lugareños que no dudaron ni un segundo en salir a rescatar

a los jóvenes, incluso cuando las balas les caían cerca. Cuatro botes partieron en los primeros minutos, había unos doce cuando la policía estaba todavía muy lejos. Entre todos pusieron a salvo a más de doscientos jóvenes.

"Has hecho un trabajo extraordinario", dijo el fiscal durante el juicio a Oddvar. "Fuimos muchos, no fui solo yo", oyó como respuesta.

Destaca la heroicidad de Kristoff (que guio a un grupo de los más jóvenes y los puso a salvo), de Simon, de los amigos de Ina… Ina resultó gravemente herida en los primeros minutos del tiroteo en la cafetería, intentaba esconderse detrás del piano, pero el asesino la vio y la disparó cuatro veces. En los brazos, en el pecho… una bala le impactó en la mandíbula, casi arrancando parte de su cara. Pero Ina sobrevivió y salió arrastrándose, intentando escapar. Sus heridas eran demasiado graves para que pudiera hacerlo sola, se hubiera desangrado si no fuera por un pequeño grupo de jóvenes. Juntos se escondieron debajo de una rampa de patinaje, mientras, aterrorizados, oían a Breivik acercarse. Pero ninguno intentó salvarse a sí mismo, ninguno abandonó a Ina. Se agacharon debajo de la rampa y se organizaron para que Ina sobreviviera. Cada uno se ocupó de una de sus heridas, usando como vendas su propia ropa, taponando la sangre con lo que tenían a mano. Una joven se puso debajo para darle calor. Aun así, parecía que Ina se iba, la chica perdía la conciencia y volvía en sí, en un momento oyó a uno de sus compañeros decir: "Ella no va a sobrevivir". Pero seguían presionando las heridas, para que no se desangrara. E Ina pudo ir al juicio para contarlo.

Y el lunes 25 de julio, tres días después de la masacre, las plazas de todos los pueblos del país se llenaron de ciudadanos pacíficos. Las multitudinarias "marchas de las rosas" inundaron las calles. Miles y miles de rosas rojas y blancas se levantaron por encima de las cabezas de los manifestantes en memoria de los jóvenes de Utøya.

Se veló a los muertos y se ayudó a los vivos. Ese año, el Partido Laborista y AUF registraron un aumento de adscripciones. También otros partidos vieron el mismo fenómeno, los ciudadanos querían participar en la política.

Esta no es una historia sobre el terrorismo ni sobre islamófobos ni

extremistas, tampoco sobre la (in)eficacia del sistema. Es un drama de una sociedad libre y frágil, porque la libertad supone riesgos. Es la historia de unas instituciones que tienen carencias y defectos, y de unos ciudadanos que se niegan a resignarse ante el terror.

Cuando todo parecía fallar, los ciudadanos salieron de sus tiendas de campaña, de sus casitas de la costa, para rescatar a los jóvenes, a pesar de que la zona no estaba asegurada, a pesar de no sabían qué les esperaba, incluso suponiendo que al otro lado les esperaba el asesino.

Es la historia de unos jóvenes idealistas que pensaban que la política era el arte noble para mejorar la vida de la ciudadanía.

Es la historia de una pequeña isla que tiene forma de corazón, de una pequeña isla que se ha negado a sucumbir al terror y al odio. En la actualidad Utøya sigue acogiendo durante el verano a los jóvenes laboristas que hablan y hablan de política, y se enamoran en el sendero del Amor.

Hay un pequeño monumento, un aro cilíndrico de acero donde están perforados los nombres de los asesinados y su edad. Recuerda un poco a la Sala de los Nombres del Museo del Holocausto de Jerusalén, pero aquí no hay fotos, solo nombres. El aro de acero está suspendido de tres pinos. Debajo crecen flores que atraen a las mariposas. Cuando hay rocío, el agua se condensa en el acero y gotea, como si fueran lágrimas silenciosas.

NOTAS

1. Salazar fue un apellido señero de la nobleza vizcaína que extendió por todo el mundo su linaje. Al norte de Burgos, España, sobrevive un pequeño pueblo con ese nombre, con casas solariegas de piedra de sillería como testigos mudos del pasado.
2. El nombre de la ley se refería a que el Parlamento aprobó una ley que prolongó a tres años el servicio militar obligatorio para prepararse para la guerra. Jaurès siempre se opuso con firmeza a esta ley que anunciaba la guerra.
3. De hecho, esta referencia a Cottin le vino luego bien al anarquista que quiso asesinar a Clemenceau, diciendo que era antimilitarista, ya que después de la absolución de Villain la presión pública hizo que se le conmutara la pena de muerte por diez años de cárcel. Cottin moriría veintidós años más tarde, en julio de 1936, en el frente de Aragón, luchando por la República en la Columna Durruti.

Índice

AVISO AL LECTOR
LA GRAN HUELGA MINERA DE 1890
EMILIANO ZAPATA: LA REVOLUCIÓN DE LOS CAMPESINOS
JAURÉS: APÓSTOL DE LA PAZ, DEFENSOR DE LOS OBREROS
VIENA LA ROJA: UN TECHO PARA SOÑAR
DELENDA EST MONARCHIA (LA PROCLAMACIÓN DE LA II REPÚBLICA EN ÉIBAR)
CLEMENT ATTLEE: UN REVOLUCIONARIO CON ALMA DE CONTABLE
JACEK KURÓN: LA UTOPÍA INALCANZABLE. A VECES. INCLUSO CUANDO GANAS, TODO ESTÁ PERDIDO
UTOYA: LA FRAGILIDAD DE LAS SOCIEDADES LIBRES
NOTAS